K R I S H N A M U R T I

El Cantor y la Canción

(Memorias de una amistad)

Sidney Field Povedano

EDITORIAL ORIÓN
MÉXICO

1988

Titulo de la obra en inglés:
Krishnamurti - The Singer and The Song
Memory of a friendship

Traducción de Quintina González y Margarita B. Vda. de Martín del Campo

Derechos reservados conforme a la ley
© Copyright by el Autor

PRIMERA EDICIÓN 1988

Impreso y hecho en México.
Printed and made in Mexico.

Editorial Orión. Sierra Mojada 325. Méx. 10, D.F.

Como la mente-corazón no sabe cómo cantar,
en vez de eso persigue al cantor.

Krishnamurti

Deseo expresar mi agradecimiento a la Krishnamurti Foundation Trust. Ltd. por permitirme usar la discusión inédita sobre muerte y reencarnación así como las dos cortas selecciones de sus pláticas. También estoy en deuda con Mrs. Nancy Bullock, por transcribir el cassette de la discusión, y a Mrs. Mary Zimbalist y Mrs. Mary Lutyens Links por supervisar la exactitud del texto.

P R E F A C I O

La semilla de esta corta narración sobre Krishnamurti, fue plantada primero en Costa Rica, años antes de que yo lo conociera personalmente. Esto no es de ninguna manera un intento de un bosquejo biográfico del Instructor del Mundo, sino más bien un enfoque sobre ciertos elementos y hechos sobresalientes en mi larga y significativa amistad con Krishnamurti, el ser humano, un amigo que yo siempre he evaluado afectuosamente.

I

En mi casa en Costa Rica en donde yo nací. Krishnamurti era una palabra familiar desde que yo puedo recordar. Mis padres, abuelos y unos pocos amigos íntimos eran los fundadores originales de la Sociedad Teosófica en ese país de América Central.

Más tarde también ellos se volvieron los primeros en representar la Orden de la Estrella de Oriente, fundada por la Doctora Annie Besant para preparar el camino para la llegada del Instructor Mundial.

Siendo niño pequeño a menudo me detuve a observar una gran fotografía iluminada de Krishnamurti, un hermoso joven en su traje hindú, colocada prominentemente en el cuarto de mis padres y me preguntaba qué clase de persona era él realmente, si un joven común y corriente como yo pudiera hablar con él algún día pidiéndole su consejo. Yo había oído tanto sobre los grandes cambios espirituales y sociales que él iba a traer al mundo, y me preguntaba si esos incluirían limitar la autoridad de los padres sobre los hijos, de modo que los chicos pudieran contestarles sin ser castigados, y si las tareas escolares serían eliminadas.

Nosotros éramos una familia de creyentes dedicados a Krishnamurti y a su futuro papel en el mundo. Creíamos que era nuestro buen karma hacer nacido en un tiempo cuando este gran hombre revelaría de nuevo al mundo las verdades que Buddha y Cristo habían enseñado.

Aunque vivíamos en un pequeño país católico no había compromisos en nuestra posición a este respecto. Los miembros de la Orden de la Estrella de Oriente usaban orgullosamente la pequeña estrella de plata de cinco puntas, emblema de los miembros en la Orden. Los hombres la usaban en la solapa de sus sacos, las mujeres sobre sus blusas, y prontamente se explicaba su significado a cualquiera que lo preguntara. Mi hermana, Vera, que se había casado recientemente dentro de una prominente familia católica, había colgado una gran fotografía de Krishnamurti en la pared de su alcoba en el lado que le pertenecía en la cama doble. Su marido Max, hijo de un expresidente de Costa Rica, Bernardo Soto, y además Coronel en la Armada inexistente en Costa Rica, era de mente amplia, pero también cauteloso, prontamente colgó una foto igualmente grande del Papa sobre su lado de la cama. Un curioso par aquellos dos, presidiendo sobre la cama matrimonial, el viejo Pontífice romano y el hermoso joven Brahmín.

Nosotros éramos libres de cualquier influencia eclesiástica, pero cada domingo en la mañana asistíamos a una especie de escuela dominical de Krishnamurti patrocinada por la Orden de la Estrella de Oriente. Los actos siempre se abrían con una declaración de los propósitos de la Orden, no diferente de una Invocación de alianza con Krishnamurti redactada en un florido español, expresando la creencia de los miembros en la próxima venida de un gran maestro espiritual en la persona de Krishnamurti, y nuestro compromiso de prepararnos nosotros mismos para ser dignos de su enseñanza. Cada joven, hombre o mujer en el grupo tomaba su turno para leer la Invocación. Yo odiaba ver llegar mi turno. Era como levantarme en la clase a recitar alguna cosa que no había preparado. Al leerla yo vacilaba, titubeaba, tosía, parpadeaba. El adulto encargado me veía con una severa mirada, los chicos se reían y yo me sentía como un tonto. Después seguía una solemne plática de algún prominente teósofo exhortándonos a vivir la clase de vida que el futuro Instructor del Mundo aprobaría. El pequeño ritual se volvía un terrible fastidio, pero no había manera de zafarse. Krishnamurti, los domingos en la mañana era una costumbre que no podía ser violada

Observada con igual celo era la costumbre de usar esa pequeña estrella de plata que estimábamos tanto. Era una insignia de distinción y por la violenta oposición de la iglesia a ello se había vuelto sinónimo con la causa de libertad individual y libertad civil. La iglesia no perdía oportunidad de expresar sus sentimientos sobre el asunto. Mi hermano y yo asistíamos a una escuela particular para niños donde uno de los temas requeridos era la religión, enseñada por un sacerdote regordete. Nosotros estábamos dispensados de tomar esas clases como lo eran otros estudiantes no católicos por requerimiento de sus padres, pero éramos puestos aparte por el sacerdote, que en otros casos era jovial, con una severa y dura mirada como si él la fijara en la controvertida pequeña estrella usada a plena vista sobre nuestros trajes, en esa clase particular solamente y tan sólo por provocar al sacerdote quien inmediatamente procedía a persignarse. ¡Nosotros estábamos en liga con el diablo!

La abierta lucha entre la iglesia militante y un pequeño pero articulado grupo de intelectuales, artistas y “libres pensadores” había sido integrado por algún tiempo, pero finalmente se había desbaratado a causa del más desagradable acontecimiento: el nuevo asunto fue el problema de la moneda que había sido recientemente emitida por el Banco Internacional de Costo Rica, (ahora el Banco de Costa Rica) el primer Banco nacionalizado en el país, el cual había sido fundado por mi padre y del que él era presidente. Para honrarlo el Consejo Directivo había decretado que su retrato apareciera en los billetes de diez colones. El retrato se hizo con la inconfundible pequeña estrella que muy a la vista lucía en la solapa de su saco. Nadie se hubiera fijado especialmente en ello si no fuera por la clerecía militante que levantó su voz airada contra ello, en las páginas del periódico “La Información”, controlado por el gobierno. Ellos culparon a los herejes teósofos y miembros de la infame Orden de la Estrella de Oriente de haber conspirado por medio del flujo natural de la moneda para introducir a Krishnamurti y su sacrílego

dentro de cada ciudad, pueblo y aldea en el país. “El Presidente del Banco Internacional no nos engaña cuando usa esa pequeña estrella tan cursi en la solapa en su retrato sobre los billetes de diez colones” -escribieron ellos. “Para cada uno de nosotros es claro que esta insignia de herejía, la cual se ha puesto de moda entre muchos descreídos, incluyendo inocentes jóvenes del pueblo, solamente significa una cosa “¡Yo creo en Krishnamurti!”

Así pues, cuando la iglesia, respaldada por la devota esposa del Presidente González Flores lanzó su mayor ataque sobre Krishnamurti, el hermoso joven hindú pareció destinado por un raro azar a convertirse en un factor en la vida política del país. Levantándose en favor de Krishnamurti estaba mi abuelo materno, el artista Tomás Povedano de Arcos, cuyos duros artículos sobre la intolerancia de la iglesia, publicados en el periódico de oposición “La Prensa Libre” atrajo el apoyo de un gran número de jóvenes de la nueva generación. También en apoyo de Krishnamurti vino Federico Tinoco, uno de los más distinguidos e influyentes ciudadanos. El era un hombre brillante, educado en Oxford, rico, miembro del Congreso. Secretario de Guerra prominente teósofo, orgulloso miembro de la Estrella de Oriente e íntimo amigo de la familia. Agudamente consciente de las realidades políticas y poseído de un insaciable apetito presidencial. Tinoco se lanzó al combate con un gran ímpetu. En declaraciones públicas por medio de la prensa, él provocó al Presidente González Flores a salirse de la segura e inconveniente neutralidad que él había asumido en el asunto Krishnamurti. Contando con su gran apoyo popular. Tinoco agudamente denunció a su superior por ocultarse tras las faldas de su católica mujer en vez de salir a la defensa de las libertades civiles que él había prometido guardar.

Los partidarios del Gobierno pidieron su dimisión, pero el Presidente lo mantuvo en su acuesto, presumiblemente figurándose que podía tener un manejo más efectivo de su indócil Ministro mientras tuviera él las riendas del Gobierno, que estando fuera de éste.

La iglesia contra Krishnamurti era el asunto más inflamable del día, culminando en la quema del hermoso y recientemente edificado Templo Teosófico, donde los miembros de la Orden de la Estrella se reunían. Un cura de ojos malignos orgullosamente confesó haber incendiado el lugar. Hubo fuertes protestas públicas, principalmente de los estudiantes contra el gobierno y la iglesia. El más amargo conflicto fue manejado por las hábiles manos de Tinoco[1].

Al final, el Gobierno conservador de González Flores fue derrocado por un desafiante golpe de Estado ejecutado por Tinoco.

El nuevo Presidente tenía grandes planes para el país y el país lo miraba con grandes esperanzas.

Siendo un fuerte partidario de Krishnamurti, él vio la oportunidad de que fueran traducidas algunas selecciones de su pequeño libro “A los Pies del Maestro” que aparecían regularmente en el periódico “La Información”, diario del Gobierno.

Era un tiempo de festividades. Había reuniones y banquetes en honor del nuevo progresista presidente. El día del Loto, celebrado por los budistas en todo el mundo el 8 de Mayo, el aniversario del nacimiento de Buddha, era un día de significado especial para los teósofos y miembros de la Estrella de Oriente. En esta ocasión mi familia, considerada como líder teosófico en el país, celebró una gran reunión Blavatsky-Krishnamurti.

En particular esta reunión fue de gran etiqueta en honor del Presidente Tinoco. Asistieron importantes figuras públicas. Algunos miembros del Gabinete, deseando agradar al Jefe Ejecutivo, se habían unido a la Sociedad Teosófica y a la Orden de la Estrella de Oriente. Ser miembros de estas dos organizaciones se había vuelto de moda. Algunos lo consideraban una osadía. Era una manera de decir a la iglesia que ellos eran emancipados. Los políticos que cortejaban el favor del Presidente, pretendieron abrazar la Teosofía y la creencia en el futuro papel de Krishnamurti; pero después, el domingo iban a la iglesia a confesar su pecado.

Todos ellos se habían reunido esa tarde en la grande y elegante sala de recepción de nuestra casa en San José, capital de Costa Rica, y se mezclaban con los leales. Era una multitud vibrante y ruidosa. Al fondo del salón, cerca del gran piano se pusieron dos grandes caballetes sosteniendo retratos de Madame Blavatsky y Krishnamurti, pintados por mi abuelo Tomás Povedano de Arcos, que había sido pintor de cámara en la corte de la reina Cristina de España. Su cuadro de la fundadora rusa de la Sociedad, era más bien desagradable con su intensa, hosca y melancólica mirada y su chal desteñido alrededor de su cabeza, pero la pintura de Krishnamurti con el turbante azul celeste y el doti dorado, era hermosa, yo siempre lo pensé así. Las dos pinturas expuestas lado a lado sobre sus caballetes exhibían un extraordinario contraste en actitudes y color.

La esposa del presidente, María de Tinoco, amiga íntima de mi madre, abrió la sesión. Ella era una señora muy agradable, alta y corpulenta, con una bonita cara infantil y una voz suave y acariciante. Era muy emotiva, y cuando habló acerca de Krishnamurti su voz se volvió trémula y su pecho oprimido. Con oratoria altisonante otros le siguieron, exaltando la gran misión de Mme. Blavatsky y la gran misión por venir de Krishnamurti.

---

[1] Federico Tinoco (1870 - 1931), presidente de 1917 a 1919.

Después hubo piezas musicales, piano, violín cantos, etc. Mi hermana Flora generalmente cantaba en esas ocasiones. Champagne y refrescos completaron la festividad. Allí hubo alegría y amistad filtre aquellos que orgullosamente usaban sus pequeñas y brillantes estrellas de plata, y unos cuantos que felizmente se tambaleaban.

La siguiente mañana el retrato de Mme. Blavatsky fue devuelto a la Logia Teosófica. El retrato de Krishnamurti volvió al estudio de mi abuelo. Siempre sentí tristeza de que se lo llevaran de allá. Me parecía que pertenecía a nuestro salón, pero mi abuelo era muy posesivo en cuanto a este retrato. Krishnamurti se había convertido para nuestra familia como un pariente lejano que en una tierra distante hubiera alcanzado celebridad y fama a quien deseábamos encontrar algún día.

Exactamente veinte días más tarde celebramos otro aniversario. Mi día de cumpleaños. Doña María, siempre atenta e interesada y a la vez consciente de que estábamos planeando ir a los Estados Unidos, me dio un presente que pensó mejoraría mi inglés y mi carácter. Era "A los Pies del Maestro" en su idioma original. Esto no cumplió su objetivo y molestó a mi padre cuando me oyó leer en él. Determinó mi padre que algo debería ser hecho para mejorar mi inglés. Tuve horribles pensamientos de ser internado en la escuela inglesa de San José. Afortunadamente Doña María llegó con una feliz solución. Su hermana mayor Marian Le Capellain, una severa solterona que vivía con los Tinoco y había sido educada en Inglaterra, estuvo de acuerdo, se nos dijo, de enseñar a mí y a mi hermano como hablar apropiadamente el lenguaje del Rey.

Fue divertido dirigirnos todas las mañanas a la mansión presidencial, pasando por la guardia militar en la puerta armados con un solo libro. "A los Pies del Maestro". Miss Le Capellain, que no compartía las ideas filosóficas de su hermana y de su cuñado, y que se sintió punto menos que extática ante su nuevo empleo educativo, la compensó con otro tónico libro: la Biblia, la que ella nos leía diariamente: pero su hábito de llegar siempre tarde a la clase, en la biblioteca con sus filas de libros, y mi manía de curiosear en los alrededores del domicilio presidencial mientras mi hermana se entretenía con una versión española del "Katzenjammer Kids" publicado en un periódico local, produjo inesperado rendimiento; y una estrecha y fácil amistad con el Presidente a quien yo descubrí primero solo en el salón comedor tomando su desayuno. El no me era extraño a mí ni yo a él. Lo había conocido en mi familia desde que yo recordaba, pero de una manera formal y un tanto alejada. Aquí conversamos animada e informalmente cuando me ofreció pan dulce y galletas mientras él saboreaba su café negro y mordisqueaba un pedazo de tostada con mermelada. Hablamos acerca de sus proezas como estrella que había sido del football Soccer y sus cabalgatas. El amaba los caballos. Me contó historias de hazañas retadoras y corrigió mi pronunciación cuando le leí algo de "A los Pies del Maestro" esperando conseguir su aprobación a espaldas de su muy británica cuñada. Me contaba chistes y yo me reía, a veces hasta criticábamos. Yo estaba siempre fascinado por aquel hombre, su extraordinario aspecto y su aparentemente infinita colección de resplandecientes uniformes. El parecía siempre confiado en sí mismo y seguro, pero algunas veces, cuando estaba en reposo, yo tenía el sentimiento de que había una gran tristeza en su mirada.

Tinoco era una figura dominante, alto y de complexión poderosa. En su juventud él tuvo reputación de ser muy hermoso, pero en los años de su juventud había contraído una enfermedad venérea que lo dejó totalmente sin cabello sobre su cuerpo. En París había logrado una recuperación parcial de su aspecto anterior con un gallardo bisoñé, pestañas postizas y cejas pintadas de negro. Debido a que su piel había adquirido una blancura enfermiza, sus grandes ojos negros aparecían más negros que ala del cuervo, y como la vida lo había amargado, ellos brillaban con una luz inflamada, excepto cuando él recibía la visita del joven que tenía dificultades con su inglés y acudía a él con reverencia. Entonces él era siempre gentil, amable y paciente.

"Don Pelico" como era afectuosamente conocido entre sus amigos, era un hombre notable, verdaderamente un carácter salido de la Edad Media.

El país, viviendo encasillado en la era de la razón, estaba abierto a la franca amistad y al optimismo. Los bonos de Krishnamurti subieron dramáticamente.

Desgraciadamente el régimen de Tinoco duró tan sólo dos años. La nave del Estado entró a aguas turbulentas cuando Washington rehusó reconocer su administración porque él había llegado al poder por medio de la fuerza. Por lo tanto, los préstamos esenciales de los que él dependía para la realización de sus más importantes proyectos, se fueron por el caño. Tinoco, de todas maneras estaba determinado a triunfar. El trataría de conseguir préstamos de los gobiernos europeos. Le dijo a mi padre, quien había infructuosamente intercedido en su favor en Washington, que antes de terminar, crearía en Costa Rica una sociedad de la cual Krishnamurti estaría orgulloso. Pero la oposición a su gobierno creció en Washington, llevando a los gobiernos europeos a que le volvieran la espalda. Tinoco, el hombre de ideales y principios, poco a poco se convirtió en el hombre de poder, que buscaba ciegamente su propio provecho. Frustrado y confundido a cada paso, disolvió la Asamblea Legislativa y se convirtió en el primer dictador de Costa Rica en la historia. Las dificultades de Tinoco aumentaban diariamente. Julio Acosta, otro amigo intimo de la familia, un notable educador, prominente teósofo y miembro de la Estrella de Oriente, reunió un ejército de voluntarios en la provincia de Guanacaste y principió un avance contra el Dictador en San José.

El hermano de Tinoco, Joaquín, de quien él era devoto, fue asesinado. Mientras tanto, el crucero Lexington de los Estados Unidos, echó anclas en la bahía de Limón, en el Caribe de Costa Rica, listo para cualquier emergencia. Una desordenada multitud de jóvenes pro-Tinoco apedreó la Legación Americana en San José y trató de prenderle fuego, un acontecimiento que, encima de otros problemas, envió al acosado Ministro Benjamin Chase, un amigo nuestro, de vuelta a los Estados Unidos con un choque nervioso.

Tinoco vio los letreros sobre la pared y decidió actuar rápidamente. Cayó como una tormenta sobre el Banco Internacional y enfurecido le pidió a mi padre que le entregara todas las reservas de caja del banco, unos 35.000.000 (treinta y cinco millones). Una mera pequeñez en estos días de inflación, pero una buena suma en la mitad de los años veinte, en la pequeña Costa Rica. El paranoico Dictador, enloquecido por la pena de la muerte de su hermano y la inminente separación de su familia, amigos y país, se volvió contra mi padre. Lo acusó de haber puesto una mano en las últimas maniobras en Washington y de unirse a las fuerzas de Acosta, a su espalda. Declaró que había perdido su propia fortuna personal luchando contra los grupos rebeldes en todo el país, e hizo el cargo "al bandido Acosta" con la culpa de robar sus valiosas propiedades en Guanacaste. ¡Alguien tenía que pagar por todo eso!

La inmediata respuesta de mi padre fue poner su renuncia junto con la de todo el Cuerpo de Directores.

La prensa voló con la sensacional historia y esparció las noticias. De la noche a la mañana esto fue un escándalo nacional. El fin de Tinoco. Pero él tuvo la suficiente avidez de dinero para requisar las reservas de la Caja del Banco y volar a Francia.

La iglesia, envalentonada por el reciente giro de los acontecimientos volvió a su ataque contra Krishnamurti, ¿cómo podría alguien apoyar a Krishnamurti como Tinoco lo hizo obrando de otra manera?

Los días que siguieron fueron caóticos. El país estaba sin gobierno. Las tropas de Acosta aún no habían llegado a la Capital. Bandas de ladrones saqueaban las tiendas, se hacía fuego abiertamente en las calles. Los ciudadanos fortificaban sus casas contra los saqueadores. Nuestra propia casa estuvo bajo el fuego de fusiles por tres días mientras nosotros nos refugiábamos en la bodega de los vinos. Tinoco más tarde se desdijo de toda responsabilidad por el desconsiderado ataque. Le creímos. Tal vez tuvimos en cuenta el largo pasado de amistad. Era un hecho que mi padre tenía enemigos políticos en el país, que Tinoco en esos momentos ya no tenía el mando y que se abría un sésamo, un tiempo para establecernos en otro feudo. De cualquier manera la vida fue dura e impredecible durante esos mortales días del régimen de Tinoco. Los bonos de Krishnamurti se desplomaron.

Eventualmente, Julio Acosta[1] el nuevo héroe y su armada de voluntarios entraron a un nuevo y desierto San José, no muy pronto. Vivir en una húmeda bodega no era nuestra idea de "hogar dulce hogar". Acosta se inauguraba como Presidente y rápidamente reanudó la publicación de las selecciones traducidas de "A los Pies del Maestro" en "La Información". Él ofreció amnistía a sus anteriores enemigos y, como Tinoco celebró una nueva era de libertad y respeto hacia las minorías. La vida volvió a la normalidad.

Los bonos de Krishnamurti empezaron nuevamente a recuperarse despacio.

II

Dos años más tarde, en el verano de 1925, nos instalábamos en nuestra nueva casa de Hollywood y estábamos esperando a Krishnamurti y a su hermano Nitya a quienes habíamos invitado a tomar el té. Mi padre se había encontrado ya con Krishnamurti porque había hecho él solo un viaje a los Ángeles antes de decidir la venta de nuestra plantación de café en Costa Rica e instalarse en Hollywood.

Yo estaba en mi adolescencia y para mí era una ocasión memorable. Después de todos aquellos años de oír acerca de él y su misión, de contemplar su retrato y de pensar en él, iba por fin a cobrar vida. Yo estaba emocionado pero también turbado. Tenía la seguridad de que él vería a través de mí, precisamente a un muchacho ordinario quien había fracasado por completo en vivir los preceptos de la Orden de la Estrella. Yo entonces tuve el deseo de que la visita fuera pospuesta. Si yo me empeñaba, quizá fuera capaz de mejorarme a mí mismo. Pero necesitaba tiempo. Fue hacia la mitad de la semana cuando mi padre anunció la inminente visita para el siguiente domingo. No me quedaba mucho tiempo para mi propio mejoramiento. Estuve fuertemente tentado de fingir una enfermedad o solamente permanecer fuera con el pretexto de tener que asistir a una actividad extraordinaria en la escuela. Pero el deseo de encontrar al gran Maestro sobrepasó las otras consideraciones. Esperé su llegada arriba de la escalera mirando por la ventana hacia la calle. Mi corazón batía fuertemente.

Una grande y brillante limosina negra se paró frente a la casa. Dos delgados y esbeltos jóvenes vestidos elegantemente se bajaron de ella. Inmediatamente reconocí a Krishnamurti. El y su hermano caminaban lentamente hacia la puerta del frente deteniéndose por un segundo para comprobar el número de la casa sobre el pórtico.

[1] Julio Acosta Goria (1872 - 1954), presidente de 1920 a 1924.

Cuando la campana toco, mi corazón batió duramente contra mis costillas; pensé que podía oírlo cualquiera. Oí la voz de mi padre saludándolos a la entrada y sus voces. Mi madre mi hermana Flora y mi hermano John fueron entonces presentados y todos ellos entraron al salón. Mi Madre me llamó. No tenía ya escape. Mis rodillas temblaron y mi boca me supo a serrín.

Mi padre me presentó a los visitantes quienes sonrieron. Llamándome por mi primer nombre estrecharon mi mano. Cada uno de ellos dijo algo que yo no oí realmente por el batir de mi corazón. Los maravillosos y expresivos ojos negros de Krishnamurti se clavaron en mí y me paré ante él inmóvil y sin palabras. Pienso que él estaba consciente de mi estado interno de excitación porque momentáneamente él quitó su atención en mí y habló a los otros miembros de la familia. Le agradecí mucho esto. Pronto empecé a recuperar mi compostura.

Nitya bien informado sobre la situación del mundo, dominó la conversación. Habló con el pulido inglés de un caballero y con incisiva agudeza de las posturas infladas de los llamados líderes del mundo. Era muy divertido y nos tenía desternillándonos de risa, particularmente a su hermano quien explotó con su risa contagiosa y juvenil. Un conocido periodista amigo de nosotros, quien había rogado ser presentado a Krishnamurti, era la única otra persona presente, además de la familia en esta pequeña reunión para el té. Después éste hizo notar que aunque Krishnamurti era el más bien parecido de los dos, en su opinión Nitya era el más adecuado para el papel del futuro Instructor del Mundo. Todos estaban muy bien impresionados de Nitya. Él tenía un encanto especial y hacía que uno se sintiera agusto con él. Sin embargo, la gran belleza física de Krishnamurti y la extraordinaria y luminosa cualidad de pureza que irradiaba de él, lo ponía aparte. Ya sea que uno creyera en las declaraciones hechas por él o no. Cualquiera que lo encontrara estaba de acuerdo en que él era un especial y único ser humano, y mucho más porque él parecía totalmente inconsciente del hecho de que no era como los demás hombres.

Sencillo y vibrantemente vivaz, uno era inmediatamente atraído hacia él. Preguntó sobre Costa Rica y dijo que le gustaría visitarla algún día, y volviéndose a mí preguntó acerca de mis actividades en el High School de Hollywood, al cual asistía. Tuve que admitir que no era particularmente buen estudiante aunque trataba de serlo. El río y dijo que a mi edad también había sido un mal estudiante. El pronto saldría para Europa, me dijo, después a la India, y me pidió lo visitara en Ojai a su regreso a los Estados Unidos el próximo año lo cual me agradó inmensamente.

Antes de partir trajo a colación un tema que instantáneamente tuvo respuesta en todos nosotros. Habló acerca de Tinoco, quien, por ese tiempo, se había convertido en una leyenda en Monte Carlo, donde había gastado parte de su mal habida fortuna en las mesas de juego de sus casinos. Nos dijo que él había encontrado al exdictador recientemente en París y que éste y su esposa lo habían invitado a comer. Habían estado encantadores con él, y habían hablado con interés y afecto de la familia Field. Después Krishnamurti nos contó una historia que era muy típica del hombre: después de comer Tinoco sacó una pequeña caja de la bolsa de su saco. La abrió, enseñándole una asombrosa colección de diamantes de diferentes formas y tamaños, y ofreciéndole tomar uno. Krishnamurti cortésmente rehusó el generoso obsequio, diciendo que eran muy hermosos pero que él no se interesaba en diamantes. Yo pensé: ¡Dios mío, se necesita un gran carácter para rehusar el regalo de un diamante! Cuando mi padre le habló del gran apoyo que Tinoco había demostrado hacia Krishnamurti en Costa Rica. Éste se sorprendió porque el exdictador no lo había mencionado, aunque su esposa, nos dijo, había dicho que ellos siempre fueron constantes partidarios de él desde la fundación de la Orden de la Estrella de Oriente. A nuestras repetidas preguntas sobre nuestros anteriores grandes amigos en Costa Rica, Krishnamurti fue de propósito vago, o más bien no sabía las respuestas. El, sin embargo, recordó muy claramente la extraordinaria apariencia del hombre. Este había descartado sus brillantes uniformes en esta época y escogió aparecer en público envuelto en una gran capa negra con filetes rojos y en su cabeza un gallardo sombrero cordobés, el tradicional sombrero andaluz.

Yo pienso que Nitya tal vez no se sentía bien en ese momento, porque Krishnamurti mantenía su mirada sobre él con preocupación y de súbito se levantó para irse. Yo oí a mi padre referirse al joven Maestro Hindú como "Krishnaji" pero no sabía si era apropiado que yo me dirigiera a él en esa forma. De esta manera cuando caminamos afuera hacia el carro después de la visita, le pregunté "¿Deberé llamarlo a usted como señor Krishnamurti, o señor Krishnaji?"

Él sonrió divertido y dijo sencillamente: "Llámame Krishna".

Algunos meses después de este primer encuentro, Nitya murió en Ojai en tanto que Krishnamurti viajaba a la India. Él ha escrito acerca de la gran pena que él sufrió cuando supo de la muerte de su hermano. Este fue un punto crucial en su vida.

Después de su regreso a los Estados Unidos, yo lo llamé en Ojai e hicimos una cita para encontrarnos en la casa del señor y la señora John Ingelman, donde siempre se alojaba cuando estaba en Hollywood. Yo seguía sintiéndome muy autoconsciente y tímido con él y como él nunca ha sido conocido como gran extrovertido, nuestra conversación era necesariamente de alguna manera elaborada. Hubo sin embargo un tema que inmediatamente lo interesó y ayudó a establecer una fácil comunicación: automóviles. Descubrí que él conocía mucho acerca de automóviles y le gustaban los caros y rápidos carros europeos. Tenía un gran Lincoln, me dijo,

pero iba a cambiarlo por un Packard, el cual en su opinión, era el mejor carro americano y me ofreció manejarlo. Se interesó sobre la clase de carro que yo llevaba y me acompañó afuera para verlo. No era un Packard ni un Lincoln, pero para un muchacho de 16 años era un carro del cual podía sentirse orgulloso, este elegante y vistoso Jordán, que hace mucho desapareció del mercado, y que estaba parado en la curva. Había sido construido especialmente para la célebre diva de la Opera Metropolitana, Geraldine Farrar, y mi padre lo había comprado en Hollywood para mi hermano y para mí por una fracción de su precio original.

Algunas semanas más tarde lo visité en Arya Vihara en Ojai. El había ya adquirido su Packard y con gusto me mostró todas sus especiales características. Era hermoso, azul cielo, pulido roadster convertible. El no me pidió que lo manejara y me sentí aliviado. La idea de dañar a esta hermosura me estremeció con aprehensión. Me dijo orgullosamente el tiempo que había hecho en su primer viaje entre Hollywood a Ojai. Me sentí envidioso. Me preguntó qué tiempo hacía yo. Vacilé en admitirlo pero era mucho mayor que el suyo. Me prometí hacer algo acerca de esto. Me quedé para el lunch y encontré a Rama Rao, una persona muy fina y gentil con suaves y amables ojos que brillaban con humor.

Un par de semanas más tarde hice a Krishnamurti otra visita en Arya Vihara. Esta vez usaba el Cadillac de la familia. (Mi padre nunca me prestaría este nuevo Cadillac por algún otro motivo que no fuera el ir a ver a Krishnamurti en Ojai). Yo me las arreglé para hacer un tiempo menor al anterior, de dos minutos y medio. El se sorprendió un tanto escéptico. Estaba preparado para esto: le mostré a él el marcador que había puesto al salir de mi casa en Hollywood y el tiempo que marcó al llegar a Arya Vihara. Se convenció y me dio una pequeña plática de la velocidad, a lo cual de alguna manera le faltó convicción. Le prometí tomarlo con calma. Después de todo, no había razón de velocidad ahora: el récord había sido hecho.

Entramos a la casa y ahí me encontré a Rajagopal por la primera vez. Me agradó. Tenía una mente rápida y sentido del humor. Tomamos el almuerzo y Krishnaji durmió su siesta. Más tarde salimos para una larga caminata atrás de Arya Vihara y tuvimos nuestra primera plática seria. Le pregunté si estaba en contacto con Nitya en el otro lado. “Nitya está aquí -dijo él- envía su amor”. Pero no se extendió más. Cuando lo presioné para una explicación él se detuvo en seco sobre la marcha y me miró directamente. Dijo que lo importante no era si la personalidad sobrevivía al cuerpo o no tras la muerte, sino la calidad de la relación aquí y ahora.

“¿Ha sido usted siempre clarividente?” -Le pregunté esperando que él se extendiera sobre este tema.

“La clarividencia realmente no ayuda -dijo él. Yo puedo ver a mi familia en la India cada vez que quiera. Todos ellos están en la miseria”.

Cuando regresamos a Arya Vihara, el Topa Topa, el pico más alto de esta quebrada cadena de montañas que acuna el valle, fue bañado por breves momentos por un suave rosa púrpura que no se hubiera encontrado en la paleta de ningún pintor.

Regresé a Arya Vihara un par de semanas más tarde. Krishnaji se veía muy bien. Hoy estaba radiante. Estaba afuera haciendo algo de jardinería y vino directamente a mi carro, antes de que yo tuviera la oportunidad de bajarme. Me dijo alegremente que unos pocos días antes había manejado su Packard hasta Hollywood y había roto mi récord por buenos dos minutos. Antes de que yo pudiera decir algo, exclamó: ¡Fúmate eso!

¿No ha tenido usted una boleta de infracción a causa de la velocidad? -le pregunté- esperando que así hubiera sido.

El se rió y sacudió su cabeza como un muchacho que hubiera hecho una desobediencia y se hubiera salido con la suya: luego dijo que eso había sido temprano en la mañana. Apenas si había tráfico en la carretera. No obstante, había sido un logro impresionante.

Sabía yo cuán rápido había manejado para alcanzar mi récord y cuáles dificultades había afrontado.

“Yo no puedo competir con usted. Usted tiene a los Maestros de su parte”.

Krishnaji se rió y apuntando a su Packard en el garaje dijo: “Este es el que está de mi parte”.

De esta manera terminó mi competencia de velocidad con Krishnamurti. Un brillante Packard roaster y lo que yo consideraba la protección de la Fraternidad Blanca, eran ventajas que yo no podía vencer.

Krishnaji estaba muy interesado en lo que los jóvenes pensaban y sentían y me pidió si podía hacer alguna reunión entre mis compañeros. Esto era fácil. Con la mitad de la fama que ya tenía, todos querrían encontrarse con él, especialmente las jóvenes quienes lo consideraban como “un sueño”. La joven con quien yo andaba entonces, Dorothy Taft, una hermosa muchacha cuyo prominente padre negociaba con fincas urbanas y había desarrollado y fraccionado la mayor parte de Hollywood occidental, estaba encantada con el proyecto de encontrarse con el hermoso joven brahmín. Ella escogió un grupo de sus amigas que pertenecían a la exclusiva escuela Malrborough para señoritas, todas muy atractivas e impresionantes. Nos encontramos en su casa de Sunset Boulevard en una tibia tarde de domingo.

Krishnamurti estaba muy nervioso y vacilante sobre lo que diría a un grupo de muchachas jóvenes. Le dije que no se preocupara, que las muchachas probablemente no estaban tan interesadas en lo que él les dijera como en encontrarse con él reunidas en un mismo cuarto. Esto lo puso aún más inquieto. Los padres de Dorothy y su

hermana actriz Sally, nos recibieron en la puerta de entrada. Después Dorothy escoltó a Krishnamurti, quien iba elegantemente vestido hacia el salón. Yo estaba detrás de él y pude oír las exclamaciones de ¡Ah! y ¡Oh! de las chicas excitadas cuando lo tuvieron a la vista. Krishnamurti fue presentado por Dorothy como si se tratara de presentar a una superestrella. El me miró aprensivamente y se sentó rodeado de un semicírculo de encantadoras y femeninas quinceañeras interesadas en agradarle y dispuestas a ser impresionadas por él, sentadas en las sillas y en cojines en el piso, clavando sus ojos en el joven hindú autoconsciente y turbado. El sacó su pañuelo y secó el sudor de su rostro. Así lo hice yo también. El silencio que siguió empezó a preocuparme. ¿Qué sucedería si él permaneciera sentado allí en completo silencio? -pensé. Tenía yo la experiencia de cuán fácilmente Krishnamurti podía entrar en un largo y profundo silencio. Después, un súbito cambio ocurrió en él. Estaba ya calmado y sereno y empezó a hablar. Habló sobre el diferente estilo de vida de los jóvenes en América y en la India; sus diferentes actitudes hacia el noviazgo, el matrimonio y el establecimiento de una familia. Las muchachas parecían encantadas con la breve charla. Hubo preguntas después, a las cuales contestó muy adecuadamente. Algunas de las jóvenes habían comprado ejemplares de "A los Pies del Maestro" antes de la reunión y pidieron su autógrafo. Hubo refrescos, muchos agradecimientos y la insistencia de las muchachas de que fuera a su escuela y hablara a todo el cuerpo de estudiantes. Krishnamurti prometió que lo haría y nos marchamos. Ya dentro del carro él me preguntó si yo creía que había manejado bien la situación y le dije que lo había hecho muy bien y reflexioné por la primera vez sobre el interesante fenómeno que iba a ocurrir muchas veces en el futuro cuando el tímido, inseguro y autoconsciente joven se volvería súbitamente lleno de aplomo y autoridad, con una fuerza real y potente.

Llevándolo de regreso a casa de los Ingelmans le pregunté si había estado consciente de la fuerte atmósfera sexual que reinaba en el salón. Él dijo: "Por supuesto".

-"Y eso, ¿no lo distrajo? -pregunté. "¿Qué puede usted hacer acerca de eso?"

-"Usted guarda su fuerza sexual, no permite que lo perturbe".

"Usted es diferente -dije. Es muy difícil controlar los pensamientos. Ellos van a donde quieren ir. Estoy seguro de que cada muchacha en ese cuarto estaba fantaseando acerca de tenerlo a usted en su cama".

"¡Oh, Dios mío!," exclamó él.

Su Packard había sido, o bien llevado al servicio o bien prestado a un amigo. De cualquier manera él estaba sin carro este fin de semana y yo voluntariamente me ofrecí a manejar para él después de las horas de escuela.

Estaba muy alegre de que yo manejara para él y me hizo sentir que le hacia un gran favor, cuando era lo contrario, realmente. Me preguntó si podría recogerlo en el Hotel Ambassador al día siguiente antes de la comida, alrededor de las seis. Me dio el número del cuarto al cual yo irla para recogerlo.

Puntualmente a las seis me dirigí al Hotel Ambassador dejando el coche afuera y fui directamente al cuarto que él me había indicado, lleno de curiosidad por saber a quién había ido a ver. Mi mente imaginaba toda clase de cosas.

Toqué la puerta y esperé. Entonces oí algunos pasos que se aproximaban. La puerta se abrió. Me encontré cara a cara con John Barrymore. Me miró de arriba a abajo desdeñosamente. Dije que estaba allí para recoger al señor Krishnamurti. Este reconoció mi voz, vino y me presentó al gran actor, quien me dio un áspero "¿Cómo está usted?" volviéndome la espalda, probablemente preguntándose por qué Krishnamurti permitía a su chofer andar sin uniforme durante su trabajo.

De regreso a su casa Krishnamurti me dijo que el había conocido a Barrymore a través del agente del actor, Henry Hotchener, a quien yo conocía y que había estado casado con la anteriormente cantante de Opera, Marie Russak, una prominente teosófica amiga de Mrs. Besant.

A Krishnaji le gustaba Barrymore. Pensaba que era un hombre interesante y agudo. Le pregunté: "¿De qué habla usted con Barrymore?"

-"Principalmente de la vida de Buddha"- contestó Krishnaji. Me dijo que Barrymore se interesaba en el budismo y pensaba que la renunciación del Buddha era uno de los más dramáticos e inspiradores acontecimientos en la Historia. Le dijo a Krishnamurti que le gustaría representar el papel de Buddha en una película cuando fuera capaz de vender la idea a alguno de los magnates del cine.

Krishnaji que siempre ponía de relieve el lado positivo de una persona, se impresionó con el hecho de que Barrymore, un alcohólico, se abstenía por completo del licor en los fines de semana cuando su hijo, John, venía a visitarlo. Para Krishnamurti ése era un sacrificio de amor que demandaba respeto.

Krishnaji había invitado al célebre actor para ir a Arya Vihara en Ojai, para almorzar con él, una invitación la cual, según Krishnamurti que me contó la historia, Barrymore aceptó alegremente, después de prometer con solemnidad permanecer ese día como el más sobrio de su vida.

Libre de cualquier influencia alcohólica, en un día brillante y soleado, salió para Ojai para pasar el día con su distinguido amigo Krishnamurti. Mientras se dirigía hacia Ventura fue asaltado por una gran sed. Estacionó su costoso Lincoln convertible fuera de un bar y entró a pedir un vaso de agua, de acuerdo a su historia. El mesero le trajo en su lugar una cerveza. Usted nunca puede realmente confiar en los meseros -dijo Barrymore a Krishnaji-

que añadió al ver el fresco líquido dorado pensó: ¿Qué puede hacer una poca de cerveza a un hombre de propósitos? Otro poco de cerveza siguió y otro y otro. ¿Cuántos?, él no podía recordar. Algún tiempo después su sed se apagó, abandonó el bar, salió hasta su carro y milagrosamente llegó a Arya Vihara, con una hora de retraso para el almuerzo. Krishnaji, anfitrión, perfecto, lo había esperado. Barrymore salió tambaleándose de su carro y con paso inseguro subió las gradas del recibidor de Arya Vihara, tocó la puerta y prácticamente cayó en los brazos de Krishnaji.

Krishnaji, que estaba muy divertido con todo el incidente, me dijo que Barrymore, a despecho de su estado de intoxicación fue un perfecto caballero durante toda la visita, contando historietas cómicas en la mesa, burlándose de algunas de las estrellas principales de Hollywood y bebiendo galones de café negro.

Temeroso de que el notable visitante no fuera capaz de llegar a Hollywood, Krishnaji lo invitó a pasar allí la noche. Barrymore no quiso ni oírlo. Nunca sería capaz de causar a Krishnamurti tal inconveniencia. El había podido llegar a Ojai y sería una maldición que no pudiera regresar a Hollywood. Y así lo hizo.

Al día siguiente, dándose cuenta de que las cosas no habían ido de acuerdo a lo convenido, Barrymore escribió a Krishnamurti una carta disculpándose por haber caído de su gracia, e incluyendo una gran fotografía de él mismo dedicada: “Al único hombre que he encontrado que recorre el sendero del Gran Príncipe Hindú Siddartha Gautama”. En su carta Barrymore añadía que estaba aún más determinado que nunca a producir el film de la vida de Buddha con un ligero cambio en el reparto: Krishnaji representaría a Buddha, Barrymore representaría a Ananda, el discípulo favorito de Buddha.

Consciente de que Krishnaji no estaba entusiasmado acerca de representar el papel de Buddha en la pantalla, Barrymore decidió ahora que él haría el papel principal en la vida de Ananda, con Buddha relegado a un papel secundario. Krishnaji volvió a Hollywood. Había prometido llegar a comer, como muchas veces lo hacia entonces. El gozaba llegar a nuestra casa, le gustaba la comida vegetariana de mi madre, especialmente su arroz español: las historias de mi hermano John acerca de sus últimas aventuras amorosas y desde luego, ser tratado como un ser humano normal en una familia que lo amaba.

Recuerdo esa ocasión particularmente bien, porque había sido un día de la mayor prueba para mi padre, quien era presidente del Field Building & Loan Association. Esa tarde había peleado con su secretario tesorero, un hombre que se llamaba Charles Matthei, después de una tormentosa sesión. El señor Matthei que tenía mal temperamento, había jurado matar a mi padre antes de que terminara el día. Nosotros esperábamos ansiosamente la llegada de Krishnaji, sentíamos que con él en la casa nada violento podría ocurrir, al menos por esa tarde.

Krishnaji era siempre muy puntual. Esa tarde, como si hubiera sabido la situación, llegó más temprano de lo que lo esperábamos, para nuestro mayor alivio. Cuando él entraba y saludaba a la familia yo noté que tenía su mano derecha ligeramente extendida enfrente de él. Me preguntó dónde estaba el baño, y después de mostrárselo le pregunté si se había lastimado su mano. “No”, replico, “es el perfume de Norma Talmadge. Explicó que Barrymore lo había llevado por la tarde a la casa de Norma Talmadge y que él no podía deshacerse de su perfume después de que ella le dio la mano.

En la mesa, a la hora de la comida, mi padre le platicó a Krishnaji sobre el incidente de Matthei y sobre la amenaza colérica de ese hombre. Cuando la comida terminaba, mi madre hizo notar cuán agradecida estaba de que nada hubiera ocurrido, indudablemente como resultado de la benéfica presencia de Krishnaji, una observación que a él lo mortificó. Después de un momento se oyeron sordos toques sobre la puerta de la entrada. Se produjo un efecto de temor sobre todos nosotros, como si hubiéramos sido conectados súbitamente con un alambre eléctrico. Literalmente nos paramos de nuestros asientos, especialmente Krishnaji. Él, de hecho captó en el aire el mismo pensamiento de todos nosotros: ¡Matthei está afuera con una pistola! Todos nos miramos sin decir palabra. El suspenso era insoportable. Yo miré a Krishnaji; su expresión serena me confortó. Rápidamente me levanté y fui a la puerta.

El que llamaba era un vendedor de tapetes. Ruidosamente de esta manera todos los otros supieron que estaban a salvo, pues yo le dije que no comprábamos tapetes esa noche. Pude oír que ellos se reían con alivio, conforme el desengañado vendedor arrastraba los pies bajo el fardo de los tapetes.

Hablando sobre el asunto del peligro inmediato, Krishnamurti nos dijo de una ocasión cuando él caminaba solo en el Parque Nacional de Yosemite y un gran oso grisáceo vino amenazante hacia él. Krishnaji se paró silencioso ante el animal, a sólo unos pies de él, quieto, calmado y sin miedo, -según dijo-. Ellos se miraron uno al otro por un largo rato, después el oso calmadamente se devolvió. Lo mismo hizo Krishnamurti. Sin embargo, cuando él regresó al interior de su casa su cuerpo temblaba todo. Explicó que el temor, a menudo es solamente reacción física del cuerpo cuando se siente amenazado.

Yo vi a Krishnamurti varias veces antes de que partiera para la India y para Europa ese año. Fuimos varias veces juntos al cinema, como él le llamaba, y comíamos juntos. En esa ocasión me preguntó qué pensaban y qué hacían los jóvenes de mi edad. Le dije que ellos estaban principalmente interesados en los deportes, el sexo y rebelarse contra la autoridad.

“Rebelarse sin inteligencia no lleva a ninguna parte” -dijo él- una observación que ya había expresado en otra ocasión.

“¿Por qué no les dice eso usted mismo?” -le sugerí. “Sería maravilloso que pudiera usted hablar en una asamblea en la High School de Hollywood. A los muchachos les encantaría oírlo”.

Krishnamurti asintió en que esto era una buena idea. Le gustaría hacerlo. Desgraciadamente nunca se hizo. Pronto, después de nuestra conversación, él dejó el país y a su regreso, el siguiente año, yo me había ya graduado en la High School de Hollywood.

De todas maneras persistí en el asunto, pero nunca pudo ser arreglada una fecha conveniente para ambos, y así todo el asunto se enfrió y finalmente desapareció a lo largo de ese bien conocido camino de las buenas intenciones.

Sabiendo que yo llevaba una intensa vida social, Krishnamurti, me pidió antes de irse si yo podía llevarlo a alguna de las reuniones. Estaba interesado en observar a los jóvenes de cerca. Le dije que me sentiría muy feliz de hacerlo. Pero muy pronto después de que lo dije sentí que me hubiera mordido la lengua por haber aceptado tan rápidamente. Porque era evidente que las reuniones a las que yo asistía en aquella época de mi escuela, no eran exactamente de la clase a las que yo hubiera llevado a Krishnamurti. Había otra clase de reuniones de los muchachos de la escuela de Hollywood, por supuesto, reuniones “nice”, como las llamaban los adultos, a donde iban acompañados por los mayores, pero yo generalmente las evadía, con el resultado de que pocas veces me invitaban. Así el proyecto de presentar a Krishnamurti a la joven generación de Hollywood, se fue desvaneciendo conforme pasaban los días. Me disgustaba desilusionarlo, pero no había otra solución para el problema. Después, inopinadamente, un amigo al que no había visto por algún tiempo, me llamó para invitarme a una reunión en su casa. Inmediatamente acepté y le pregunté si podía llevar conmigo a Krishnamurti. Se sorprendió por lo que yo proponía y pensó que yo iba a exhibirlo. Cuando le expliqué la situación dijo: “¡Por supuesto, me sentiría muy honrado!” El joven que ofrecía la fiesta era Stanley Rogers, cuyo hermano menor, Grayson, un atleta profesional, era buen amigo mío y cuyo padre, L.W. Rogers, era el Presidente de la Sección Americana de la Sociedad Teosófica. Stanley pertenecía a un grupo recién formado llamado “Los Jóvenes Teósofos de América”, del cual yo había sido, por un breve lapso, inexplicablemente electo presidente.

Fui a Arya Vihara para dar a Krishnamurti las buenas nuevas. El me preguntó con justo interés qué clase de reunión sería, porque yo le había descrito con tacto y restricción, por supuesto, algunas de las reuniones a las que yo asistía.

Esta es, “realmente, una bonita reunión” -le aseguré fingiendo entusiasmo, y “podemos salirnos en cualquier momento que usted quiera”. Yo no me atreví a decirle que era una reunión de jóvenes teósofos, porque pensé que él pudiera dejar caer sus manos desilusionado.

Cuando llegamos a la casa de Rogers en la Avenida Argyle en Hollywood, nos detuvimos en la puerta observando por un momento a las jóvenes parejas bailar. Esto era lo “in” en aquellos días: bailar tan juntos como se pudiera. Después de un momento de contemplar la escena, Krishnaji me lanzó una mirada perpleja. Precisamente el dueño de la casa nos reconoció y vino a saludarnos. La música se detuvo. Después la señora Rogers, una dama encantadora y afable, tomó a Krishnaji de la mano y lo presentó a la multitud de jóvenes. Las muchachas estaban emocionadas e inmediatamente rodearon al hermoso Brahmín. La música empezó de nuevo: ¿Querría él bailar? -le preguntaron. ¿Les hablaría más tarde? ¿Querría un poco de pastel y ponche? Tímidamente Krishnaji se mantuvo atrás de la insistente bandada femenina yendo a refugiarse directamente hacia la pared del salón. Arrinconado, buscaba ansiosamente una salida, cuando una chica grande y floreciente se llegó hasta él, lo tomó del brazo y lo invitó a bailar. Krishnaji protestó diciendo que él no sabía; ella hizo caso omiso de la objeción. Ella lo enseñaría. Diciendo esto la muchacha puso su brazo firmemente a su alrededor y literalmente lo arrastró a la sala del baile. moviendo todo el tiempo sus caderas al ritmo de la música. Las otras parejas sintiendo que ocurría algo poco usual. se replegaron discretamente hacia los lados esperando observar al Instructor del Mundo bailando el fox-trot.

La robusta muchacha continuó urgiéndolo, pero Krishnamurti no se movió; se volvió hacia mí pidiendo auxilio. Yo, listo para bailar, no había nada que pudiera o quisiera hacer. Entonces, de un solo impulso, se libró de los brazos de la muchacha y volviéndose determinadamente hacia mí -“Sidney, ¡llévame a casa!” dijo él bruscamente, disculpándose por su abrupta y violenta partida.

-¡Dios mío, la forma en qué bailan! -exclamó ya en el carro.

-Esta es la manera en que todos los jóvenes bailan.

-Esa es una forma sexual -dijo él sentenciosamente.

Si él hubiera sido otro, yo le hubiera discutido el punto extensamente, pero Krishnaji no era como cualquier otro. Estaba perfectamente claro que bailar no era su fuerte.

Krishnaji volvió a Ojai el siguiente año con la doctora Besant Rajagopal y Rosalind. Los devotos le habían preparado una bienvenida a él y a la doctora Besant en la Estación del Southern Pacific en el centro de Los Ángeles. Además, un pequeño grupo de espectadores curiosos, eran más o menos trescientos. Sus devotos,

principalmente mujeres, emocionadas, sosteniendo ramilletes de flores en sus manos. Mi padre, mi hermano y yo mismo, estábamos también entre aquellos para darle la bienvenida, aunque sin flores.

Cuando Krishnaji y la doctora Besant caminaron a lo largo de la fila de la concurrencia, hacia la limosina de John Ingelman, se produjo un coro de voces de bienvenida de las mujeres, quienes empezaron a regar las flores a sus pies. Krishnaji nos reconoció precisamente entonces, levantó una mano y empezó una especie de danza macabra tratando de evitar las tiernas flores a sus pies. Uno de los curiosos que estaba cerca de mi padre, se volvió a él y le dijo: "¡Si éste es el Cristo, yo soy el hermano del diablo!"

Mi padre le lanzó una dura mirada y le dijo: "¡Tal vez usted lo es!"

Debatiéndose en la lluvia de flores, Krishnaji y la doctora Besant llegaron finalmente al carro que los esperaba. Capté una mirada de Krishnaji al sentarse cerca de la ventana, una expresión infeliz en su cara cuando las flores caían hacia él, aplastándose contra el vidrio de la ventana, llenando el carro de arriba a bajo. Al momento de partir, la limosina de los Ingelman, colmada con las flores de la bienvenida, tristemente parecía una carroza funeral.

Unos pocos días más tarde me llamó Krishnaji para invitarme a una conferencia de la doctora Besant en el auditorio filarmónico de Los Ángeles. Desde que ellos llegaron de Ojai supe que Krishnaji y Rajagopal habían apartado un palco reservado cerca del escenario. El lugar estaba lleno. Puntualmente a las ocho y media la doctora Besant apareció en el gran escenario filarmónico, vestida con una túnica flotante de mangas largas que hacia juego con el blanco plateado de su abundante cabellera, recibiendo los aplausos de la concurrencia. Me puse a pensar cuán pequeña aparecía ella en ese gran escenario, y como me hubiera sentido paralizado de miedo si yo estuviera en su lugar. La doctora Besant, me había dicho Krishnaji, era una de las más grandes oradoras mundiales, pero yo me preguntaba si podría ser capaz de dominar este inquieto auditorio. Se mantuvo silenciosa y erecta en espera de que la multitud se aquietara. Después empezó a hablar deliberadamente lenta, con aquella hermosa y distintiva dicción de los ingleses cultos, y un magnífico dominio del lenguaje. Conforme penetraba en su tema, "LA CIVILIZACION, SU PASADO Y SU FUTURO", desarrolló un poder que mantuvo al auditorio clavado en sus asientos. Una extraordinaria transformación había tenido lugar. La pequeña dama de pelo blanco que sostenía la plática en la plataforma, se convirtió en una fuerza dominante de tremenda estatura manteniendo la atención de los presentes en la palma de su mano. Habló sin notas y sin la mas ligera vacilación: siempre la palabra correcta, la verdadera entonación, el correcto clímax en el preciso momento. Era una exhibición magistral de oratoria y un asombroso despliegue de conocimiento histórico. Krishnamurti me había pedido ir a Ojai el fin de semana para ver a la doctora Besant personalmente por tanto me fui directamente después de la conferencia, contento de evadir la multitud que intentaba subir al escenario para saludar a la famosa teósofa.

Algunos días más tarde estreché las manos de la doctora Besant en la casa rodeada de árboles de Arya Vihara. Me sentí muy impresionado por ella, pero en una forma diferente de la plática en la Filarmónica. Aquí, en la intimidad de su casa, ella era la personificación de la gentileza y de la gracia. Me sentí encantado por una suave y femenina cualidad que emanaba de ella, tan en contraste con el regio y austero estilo de su personalidad pública. Nos sentamos y hablamos largamente. Ella me contó que Krishnamurti le había hablado de mí y que parecía muy interesado en mi pasado en Costa Rica, en el papel que mi familia desempeñó en la fundación de la Sociedad Teosófica en aquel país, del trabajo en mi escuela y mis planes para el futuro. Cuando me levanté para despedirme, me senté como abrazado a ella, tal era la genuina dulzura y la calidad maternal que la rodeaba. Pude comprender muy bien la devoción de Krishnaji hacia ella. La doctora Besant salió para Europa algunas semanas más tarde. Krishnaji, Rajagopal y yo, volvimos al auditorio Filarmónico un poco después, esta vez para oír una conferencia del socialista británico John Strachey. Nos sentamos en el mismo palco que la vez anterior ocupamos para oír la plática de la doctora Besant y que fue la única similitud entre las dos pláticas. Con voz monótona condujo todo un desfile de estadísticas políticas y económicas, prediciendo la caída del sistema capitalista, consiguiendo espaciados y escasos aplausos a lo largo de su exposición. Francamente, toda esa oratoria me agobió, a pesar de que yo era entonces simpatizante del socialismo. Krishnaji estaba completamente aburrido, y yo recuerdo algunas observaciones cáusticas y divertidas de Rajagopal sobre los holgados pantalones de Strachey, su apariencia desaliñada, lo cual provocó en Krishnaji una risa ahogada aun cuando trataba de conservar una cara seria.

Este fue un período de relativa armonía entre Krishnaji y Rajagopal. Pero aun entonces yo sentí una corriente subterránea de celos de Rajagopal hacia Krishnaji. Era claro para mí que el brillante graduado de Cambridge resentía jugar allí un papel secundario. Sin embargo, nadie sospechaba que eventualmente ocurriría una abierta ruptura.

Cuando regresábamos a casa después de la Filarmónica esa tarde, Krishnaji me contó de un ofrecimiento que le había hecho recientemente la General Motors.

Ellos le darían un Cadillac de la nueva marca a su elección, si él les permitía usar su nombre y su fotografía en cartelones en todo el país, aprobando el Cadillac. Él pensó que todo esto era una gran broma, y se rió de ello. Muchos de sus amigos y admiradores ahora no se dan cuenta de cuan tremenda publicidad había recibido en

aquellos primeros días. Hermoso e impecablemente vestido, el joven Instructor del Mundo era tan conocido como una estrella del cine. Era un hombre joven de gran carisma y de extraordinario encanto.

Yo había estado viendo a Krishnaji en un promedio de dos veces a la semana cuando él permaneció en Hollywood en la casa de John Ingelman en Beachwood Drive. Nosotros hablábamos o íbamos a algún espectáculo o él venía a comer con mi familia. Ese fue un período justamente anterior a su partida para Europa cuando parecía que yo no podría llegar hasta él. Él estaba ocupado con entrevistas concedidas a la gente, reuniones con la prensa, dictando cartas. Mis acostumbrados problemas personales de la clase de problemas que tienen los jóvenes de 17 años, se habían agravado en ese tiempo. Sentí como imperativo hablar a Krishnaji acerca de ellos; pero parecía imposible llegar a él. Finalmente lo conseguí directamente por teléfono. Me dijo que fuera luego y así lo hice.

Como siempre, Krishnaji apareció sereno, feliz, enteramente sin preocupaciones. Ese día, su aura espiritual de paz tuvo un extraño efecto sobre mí. La aflicción demanda compañía. Me senté cerca de él en el sofá y con mucha excitación protesté porque nada me salía bien. La vida era un impedimento. Él permaneció silencioso. Continué expresando que él probablemente no podría entender a alguien con verdaderos problemas, porque su vida se había deslizado siempre suavemente. El tenía todo lo que toda la gente quiere: dinero, fama, amigos, independencia, la libertad de hacer lo que quisiera y todo eso sin haber hecho ningún esfuerzo para conseguirlo. Todo se le había dado en una bandeja de plata casi desde que era niño. ¿Dónde estaría él hoy si no hubiera sido por la doctora Besant y sus ricos e influyentes amigos? ¿Qué sabía él acerca de la soledad, el temor, el amor no compartido, el fastidio? Yo estaba tratando por todos los medios de obtener una respuesta de él; pero cuando más trataba yo de hacer esto, más tenía la sensación de que estaba dando coces en el aire. Un puro sentimiento de vacío finalmente detuvo mi diatriba.

Cuando terminé de desahogarme, él puso gentilmente su mano sobre mi rodilla y silenciosamente me miró. Súbitamente tuve el desconcertante sentimiento de que algo me había pinchado adentro y toda mi cólera había salido. Después de un momento prolongado él dijo: “Esta es una gran oportunidad para que usted me ataque, Sidney”, -lo cual me hizo sentir como un patán y un asno. Me di cuenta que todo lo que había dicho había sido sin sentido e infantil, abrupto; un arranque no provocado y muy rudo. Entonces él añadió: “¿Por qué no trata usted de ponerse a mi lado en mi defensa?”

Dije que yo desearía hacerlo, pero que todo eso parecía imposible. Hablamos un largo rato; me disculpé por mi conducta tan ruda y él puso a un lado todo gentilmente. Estoy seguro de que mi arenga nunca lo tocó. Precisamente por esto me sentí como un idiota.

La semana siguiente vi a Krishnamurti de nuevo en las oficinas de la Estrella en Beachwood Drive. Yo había ido allí para traducir algunas cartas al español, y él, llegó para ver a Rajagopal. Me preguntó entonces si me gustaría acompañarlos a él y a Rajagopal a ver un drama de Eugene O'Neill: “Lázaro Rio”, en el Teatro de Pasadena, la semana siguiente. Acepté alegremente. Por amigos de la familia que estaban en la industria del cine, supe que esta obra de O'Neill no era una de sus mejores obras, pero que Irving Pichel, el actor Shakesperiano que hacía el papel principal la haría valiosa. Para mí lo importante era sentarme cerca de Krishnaji. También sería ésta una buena oportunidad para conocer mejor a Rajagopal.

Esa tarde él estaba en uno de sus momentos agudos y divertidos. Reímos de sus chistes y de las mordaces observaciones que hacía de algunos de los más devotos de Krishnaji. Rajagopal era un guapo joven de mucha personalidad y encantos, quien se había llegado a Krishnamurti con credenciales de uno de los más prominentes líderes teosóficos C.W. Leadbeater.

Krishnaji lo nombró secretario general de la Orden de la Estrella, una posición que Nitya tenía antes de su muerte, y él había procedido a reorganizarla por completo. El era un buen organizador y un rudo trabajador. Era también muy mandón y podía ser inflexible en sus reglas de trabajo. Justamente lo más opuesto a Krishnaji. De todos modos, se hizo cargo de la Orden de la Estrella (la cual más tarde se convirtió en la Krishnamurti Writings Inc.) y manejó todo con mano firme.

Krishnaji, Rajagopal y yo habíamos comido juntos y nos dirigimos a Pasadena en el carro de Rajagopal. Después del arranque de hacia algunos días, yo me sentí maravillosamente tranquilo y feliz con él. Siempre era una gran diversión estar con Krishnaji cuando uno no sentía necesidad de discutir cosas serias, solamente agradable plática y chistes. A él le encantaban los buenos chistes, especialmente cuando ellos pinchaban a los egos grandes e inflados y siempre estaba divertido con las cosas tontas que dirían las gentes sobre el Instructor del Mundo. Se reía como un niño. Una explosión pura de diversión.

Como yo nunca había visto ni leído “Lázaro Río” no sabía lo que iba a pasar. Ni Krishnaji ni Rajagopal conocían algo acerca de ello, pero estuvimos de acuerdo en que si se hacía pesada la obra en la cuestión religiosa, nos saldríamos. Durante el intermedio nadie dijo nada acerca de irse. Con gusto volvimos a nuestros asientos para oír otra vez aquella maravillosa y vibrante risa de Irving Pichel cuando a Lázaro, al volver de la muerte, se le preguntó acerca de Dios. Era una risa que llenaba el auditorio como música y que decía diferentes cosas a diferentes personas.

De vuelta a casa platicamos sobre la obra. Yo pensé que había sido una representación inspirada, la cual me había tocado profundamente, no tanto por las palabras, las cuales a veces tenían gran poder, sino por la extraordinaria calidad de la risa de Lázaro. Krishnaji que no era particularmente afecto a las representaciones teatrales, parecía impresionado. Dijo algo sobre la profunda verdad de la tesis principal de la obra: que ningún ser humano puede formular pensamientos sobre Dios, pues no tiene otro recurso que responder con su risa.

Al día siguiente lo llevé de regreso a Arya Vihara. Era una hermosa tarde de primavera y Krishnaji habló con entusiasmo de la belleza de las verdes colinas, del árbol solitario en el camino, de las errantes nubes, de un pájaro en vuelo. -Le dije: "Usted ha alcanzado la unidad básica de la Vida, - ¿quiere esto decir que sabe usted exactamente lo que significa ser un pájaro en vuelo?"

El pensó un momento y dijo: -No es eso precisamente, sin embargo, por que yo conozco la verdadera belleza, comprendo el significado y la belleza especial de un pájaro en vuelo. Siguió diciendo: "-mientras se observan las diferentes manifestaciones de la naturaleza, no se vuelve usted un pájaro en vuelo, o un árbol en el camino, o una nube errante, pero porque usted ha tocado la verdadera fuente de la belleza, la naturaleza le revela su belleza interna".

Después llevé la conversación acerca de un problema que me estaba agobiando: le pregunté si trabajando en el mismo plan con la gente, ésta se revelaría como era, con toda su fealdad, con sus problemas y sus cosas buenas".

-"Eso no es la misma cosa" -contestó, y al tiempo que decía esto, yo fui consciente de cuán infantil y tonto sonaba mi problema.

Que esto le pareciera divertido, no me sorprendió. Pero sentí que desde la cumbre de la montaña donde él vive, algo de los pequeños problemas que afligen a los seres humanos no le interesaba realmente, y esto me molestó. Me dijo cómo atacar el problema, pero sentí que su contestación era inadecuada y superficial. Me sentí desilusionado y disgustado. Sin embargo, algunos años más tarde le hice la misma pregunta y con gran paciencia y comprensión de la situación a su más profundo nivel, me dijo cómo proceder. Yo seguí su consejo y me di cuenta de que él era un maestro en psicología. El me había dado la llave de oro para mi problema. Era como abrir una gran ventana en un cuarto atestado de cosas y sin aire.

Antes de llegar a Arya Vihara, pregunté a Krishnamurti sobre el sexo. "Yo he oído muy diferentes opiniones sobre su punto de vista en este asunto, -le dije.

-Olvide lo que ha oído -me dijo, y piense sencillamente sobre el sexo como energía, energía para ser usada, para alcanzar una meta.

El sabía que yo jugaba mucho tenis, y preguntó: "¿Se ocuparía usted del sexo antes de un partido de tenis?" Yo dije no, si quiero ganar. "Ese es precisamente el punto" -dijo él rápidamente. "Si usted quiere trepar a la cumbre de una montaña, tiene que conservar cada adarme de energía".

-¿Quiere esto decir que un hombre que desee alcanzar lo más alto debe ser un asceta?

-"De ninguna manera. El ascetismo como meta es destructivo. Existe la necesidad biológica del sexo y existe también la necesidad de conservar la energía para alcanzar una meta".

Yo sabía que Krishnaji había conocido al célebre autor D.H. Lawrence, un gran literato, mi favorito en aquel tiempo, y le pregunté si había leído una reciente entrevista que le hicieron, publicada en "Los Ángeles Times" en la cual Lawrence dijo que en su opinión, la liberación era solamente posible de momento a través del sexo. Krishnaji se rió. Después quedó silenciosamente pensativo por un momento. "La liberación es el sexo invertido" -dijo él.

-¿Qué quiere usted decir? -pregunté perplejo. "Piense en ello" -contestó medio sonriente.

Aún sigo pensando en eso.

Krishnaji estaba por salir pronto para Europa y para la reunión del Campamento en Ommen. Por tanto, mi familia lo invitó a él a Rajagopal y Rosalind Williams, quien había cuidado de Nitya en Ojai, y había estado viviendo con ellos en Arya Vihara. Esta fue la primera vez que la familia la veía. Rosalind era una hermosa muchacha rubia de ojos azules, y tenía una cualidad de honestidad y franqueza que la hacía muy atractiva. A todos nos gustó ella.

Fue una tarde social agradable durante la cual solamente una cosa permaneció clara en mi mente. Krishnaji preguntó a mi padre si me permitiría ir con él a la próxima reunión del Campamento en Ommen, en Holanda y a la reunión previa en el Castillo de Eerde. Yo me emocioné y la familia estuvo evidentemente complacida.

Krishnaji partió en unos pocos días pero yo no pude estar listo tan pronto. Por tanto, se decidió que yo iría solo tan luego que mi pasaporte estuviera listo y todos mis arreglos para mi pasaje por barco. Esto tomó más tiempo de lo que esperaba, por lo que resultó que mi partida fue hasta la salida del turismo de verano para Europa. La tardanza me favoreció porque me dio oportunidad de asistir a una serie de reuniones de despedida que me dieron mis amigos del colegio.

Todo esto era muy emocionante. Yo nunca me había separado de mi familia y nunca había visitado Europa. Era una gran aventura, aunque me producía también algo de temor.

Finalmente, el día de la partida, acompañado por toda la familia y algunos amigos, fui despedido en la estación del Sud Pacifico, en Los Ángeles, en donde el prestigiado tren Sunset Limited me llevaría a Chicago. Los aviones cruzaban el país pero solamente llevaban correspondencia, y sólo algún intrépido y solitario volador pensando establecer un nuevo récord de larga distancia. En Chicago me encontraron amigos que me pusieron a bordo del tren; Century Limited, hasta New York. Yo había estado en New York tres años y me gustó mucho, pero entonces iba con mis padres. En esta ocasión nadie me dijo qué hacer, a donde ir, a qué hora llegaría por la noche; pero tras dos días de "libertad total" me sentí un tanto confundido y asustado por la gran ciudad y ansiosamente llegué al gran crucero Rotterdam de la Américan Holland Line, en mi viaje hacia Holanda. Cinco días más tarde, tras de una apacible navegación y con una multitud jubilosa, arribé a Rotterdam, un puerto tremendamente activo, con cantidad de ciclistas en todas las calles. Tomé un taxi y me dirigí directamente a la estación del ferrocarril donde abordé un tren que corría sobre la planicie hermosamente cultivada con asombrosos campos de amapolas, crisantemos blancos, amarillas, rosa y llegué un par de horas más tarde a Amsterdam. Con algunos amigos que había encontrado a bordo fui en un barco de recreo a través de los canales de la pintoresca ciudad. Desde luego me sentí enamorado de Amsterdam y mi deseo era permanecer allí unos pocos días. Sin embargo, había prometido a Krishnaji ir directamente a Ommen. Por lo tanto hablé al Castillo de Eerde para informar que tomaría el tren de las cinco para llegar a Ommen ese día. Un chauffeur de Krishnaji con librea me encontró en la pequeña estación de Ommen con el convertible Mercedes Benz oficial y me condujo al Castillo de Eerde.

Era una tarde obscura por la neblina cuando llegamos a la propiedad del Castillo de Eerde. Nunca lo olvidaré. Caminamos lentamente por una amplia avenida de las altas y magníficas hayas, sus bellas copas meciéndose gentilmente y acercándose unas a otras en medio de la niebla hasta formar un murmurante dosel sobre nuestras cabezas. Era un túnel de brillantes franjas de terciopelo verde enmarcando la obscura silueta del viejo castillo del siglo XVIII a la distancia y verdaderamente reminiscente de una fantasía de Walt Disney a la entrada del legendario castillo de un príncipe encantado.

Las puertas de hierro ornamentadas se abrieron y entonces el chauffer detuvo el carro para permitirle el paso a un hermoso venado que cruzaba la carretera. El nos miró con curiosidad y siguió su camino. El chauffer me explicó que Krishnaji había dado órdenes de que el venado tendría derecho a caminar en los bosques por donde quisiera. Esto me encantó. El contratiempo inesperado me dio oportunidad de lanzar una primera ojeada al gran viejo castillo precisamente a la distancia apropiada alzándose serenamente en todo su digno esplendor frente a los prados y jardines rodeados por un amplio foso que se comunicaba por un puente ancho y elegante que llevaba a la entrada principal. Todo esto había sido obsequiado a Krishnaji con sus cinco mil acres de bosques y colinas que lo rodeaban, por el Barón Phillip van Pallandt, un rico aristócrata holandés y muy devoto amigo.

Supuse que Krishnaji me esperaría a mi llegada, o al menos alguien con una sonrisa y con palabras amables. Nadie había alrededor. El chauffer me mostró mi cuarto en el anexo, una nueva ala que había sido recientemente edificada para acomodar huéspedes. En ese momento una Mrs. Christie vino a mi encuentro con la nada buena noticia de que yo era uno de los primeros huéspedes en llegar.

Yo pedí ver a Krishnaji. En vez de eso apareció Lady Emily Lutyens, quien parecía estar a cargo de las cosas y aunque fría y reservada, tenía el encanto de la gente del viejo mundo, que era muy acogedor. Me informó que Krishnaji había llegado el día anterior de Londres con un fuerte resfrío y sería incapaz de ver a nadie por varios días. Mala suerte, pensé, me hubiera podido quedar en Amsterdam por unos pocos días como deseaba, paseando por sus alrededores, con algunos compañeros de viaje. Sin embargo, estaba aquí, en este lugar fabuloso, con Krishnaji a quien probablemente vería en un par de días. Las mujeres siempre lo estaban sobreprotegiendo. Mientras, había libros que leer y discos que tocar.

Tras de una comida muy silenciosa en el largo y formal comedor con su elegante decorado, vagué por los interiores admirando el antiguo e invaluable mobiliario, las pinturas, las tapicerías ancestrales y los objetos de arte. Era un magnifico lugar, regio aunque sin pretensiones, verdaderamente de acuerdo con su dueño.

Había empezado a llover cuando volví a mi cuarto. Súbitamente me senté terriblemente solo, a millones de millas lejos de mi casa y familia. Los pocos días siguientes fueron de lo más depresivos. Continuó lloviendo. No se podía salir ni para un paseo entre los hermosos bosques porque los senderos eran una serie de charcos impasables. Los pocos huéspedes que arribaban eran gente mayor que parecía que desaparecían dentro de sus cuartos para meditar y comulgar con los más altos niveles. Todo aquello era un terrible contraste con las últimas pocas semanas de paseos y diversiones. Me imaginé que este período de "quieta introspección" se me había planteado como un preludio necesario a las experiencias espirituales que estaban delante y por lo tanto parecía que no había nada que hacer más que esperar. Arrinconé a Lady Emily después de cenar y le pregunté acerca de la salud de Krishna: ¿Cuándo sería posible verlo? -Cuando él esté listo -dijo ella severamente, y añadió: "Ahora que Krishna ha alcanzado la unión completa con el Instructor del Mundo, ha sido decidido que nosotros deberíamos todos dirigirnos a él como "Krishnaji", no nada más Krishna, y siguió explicando el significado de este "ji" tras el

nombre de Krishna -un término honorífico de afecto y respeto. Yo pensé que esto era una buena manera de poner a la persona en un pedestal, algo que yo sabía que Krishnaji detestaba.

¿Por qué no habían llamado a Sri Krishna Sri Krishnaji?

De cualquier manera Krishnaji permanecía incomunicado. El tiempo empeoraba. Los libros que yo podía haber leído estaban bajo llave y los discos no podían ser usados sino con el permiso de Rajagopal y él no había llegado aun.

Algunos de los huéspedes más jóvenes empezaron a llegar, principalmente muchachas, pero éstas, infortunadamente no mejoraban mi situación porque estaban rodeadas de un aura de snobismo espiritual el cual era muy difícil de penetrar. Ellas habían estado juntas en las reuniones pasadas y tendían a formar un clan y no condescendían con un extranjero.

Se me ocurrió irme, al menos por unos pocos días. Quietamente, sin decirle a nadie, yo podría hacer un rápido viaje a París, divertirme un poco allí y volver antes de que notaran mi ausencia. Era una idea excitante. Llamé a una agencia de viajes en Ommen. Allí arreglaron boletos por tren y me reservaron cuarto en un pequeño hotel de París, el Hotel des Etats Unis. Yo partiría al día siguiente de Ommen y sabía que contaría con el amistoso chauffer para que me llevara a la Estación de Ommen y guardaría silencio por un poco de consideración.

Esa tarde el cielo se aclaró y brilló el sol por la primera vez en diez días. Pero no fue esa la única razón para que ese día tuviera un especial significado. Sentado en mi cuarto miraba hacia la entrada del castillo, di la bienvenida al sol que jugaba entre las copas de los árboles, cuando noté a una muchacha alta y esbelta vestida con una amplia y suelta bata de casa estampada de rosas rojas que cruzaba el prado en dirección al castillo. Ella caminaba erguida con un fácil balanceo y llena de autoconfianza, como si estuviera representando un papel para sí misma. Su largo cabello era negro y la rosa roja prendida en él hacía juego con las de su traje. Era la más brillante y alegre visión que había tenido allí desde mi llegada hacía diez días. Me sentí inmediatamente intrigado y decidido a encontrarme con ella enseguida. Peiné rápidamente mi cabello, salí y me senté muy excitado en la rampa del puente esperando para cuando ella saliera del castillo. Súbitamente ella estaba parada ante mí. Ambos sonreímos y dijimos "¡Hola!" Luego dije algo intrascendente sobre el buen tiempo después de tanta lluvia y me presenté yo mismo.

-"Mi nombre es Ruth Roberts" -dijo ella con un agradable acento inglés- "¿Es usted el joven americano?" -preguntó. "Sí, ¿cómo lo supo usted? ¿es usted clarividente? Ella sonrió con una risa cálida y alegre, que luego me agradó. -"Leí la lista de huéspedes"- añadió ella, -pero usted no habla como un americano.

Expliqué que había nacido en Costa Rica y ella respondió inmediatamente que le gustaba mi acento, el cual creí haber eliminado. Se sentó cerca de mí y hablamos un rato.

Ella poseía una altiva clase de belleza, ojos negros luminosos con un destello malicioso en ellos y un aire de independencia que me animó a hablar francamente. No mencioné mi plan de ir a París al día siguiente pero ella sintió mi gran desilusión de no haber podido ver a Krishnaji.

-"Es usted tonto si depende en Krishnaji" -dijo ella prosaicamente.

Ella tenía razón. Krishnaji mismo me había advertido sobre esto. Pero las cosas eran así. No me gustaba sentir de ese modo. Ella se alejó con una sonrisa de broma y yo observé sus movimientos felinos y sensuales conforme desaparecía en el anexo de la sección de mujeres.

Sentí una instantánea atracción hacia ella, pero ni por un momento imaginé que más tarde mi vida podía estar ligada con la suya. Había sido encantadora, pero era obvio que ella me consideraba como un niño. Titubeé sobre mi hasta ahora firme decisión de salir para París al día siguiente, pero me preocupaba la imagen inmadura que había proyectado. Quizá si fuera a París aunque fuera por pocos días, ella podría considerarme una persona más sofisticada a mi regreso. Tenía en mente las palabras de mi profesor de francés en la Escuela Superior en Hollywood, quien acostumbraba decir: "París hará de usted un hombre". Estaba preocupado con estos pensamientos cuando apareció Lady Emily con la noticia de que Krishnaji me vería mañana por la tarde a las tres. Así fue. París, por lo pronto fue olvidado, no así Ruth.

Yo estaba tan excitado por ver a Krishnaji que apenas si dormí esa noche. También me sentía herido por el largo silencio y me propuse ser frío, reservado y distante, o al menos dejarle ver a él cómo había sentido esos diez días pasados.

Toqué a su puerta del segundo piso del castillo exactamente a las tres. Mi corazón latía apresuradamente cuando oí su voz invitándome a que pasara. Juzgando por los anteriores informes de Lady Emily, esperaba que Krishnaji apareciera pálido, delgado y ojeroso. Pero el hombre que vi al abrir la puerta, sentado con las piernas cruzadas sobre un estrado bajo y vestido con un traje dorado sobre su dhoti blanco, era el más radiante y hermoso ser humano que nunca había visto. Literalmente quedé sin aliento al verlo inmóvil mirándome. Fue un momento inolvidable. Él sonrió y dijo: "Entra, entra Sidney". Me indicó un asiento sobre el estrado a su lado. Avancé vacilante y muy emocionado me senté allí, incapaz de pronunciar palabra. Por cortesía deseaba preguntarle por su salud, aunque ciertamente nunca lo había visto tan saludable desde que lo conocía.

Tras el largo silencio él dijo que estaba consciente de que yo me había sentido infeliz. Asentí. Él empezó a decir que era inevitable que yo me sintiera deprimido después de la actividad social de las últimas semanas. Yo me pregunté cómo sabia él esto, ya que yo no lo había visto, ni me había comunicado con él desde hacía dos meses, pero me figuré que era una suposición razonable. Sus ojos estaban particularmente luminosos al mirarme y dijo: "Me alegro que haya cancelado su viaje a París". Esto realmente me sobresaltó, pues yo no había hablado con nadie sobre esto. "París es una hermosa ciudad, pero un antro de corrupción" -añadió. Cuando recuperé la voz le dije que yo intentaba visitar París después del campamento y la conversación después se dirigió hacia las bellezas del castillo y todo el lugar, que él prometió mostrarme personalmente dentro de pocos días, cuando fuéramos a dar un largo paseo a través de los bosques y los pastizales. Hubo otro largo silencio, el cual sentí yo como una invitación a discutir mis problemas. Pero en este momento no tenía problemas de ninguna, clase. Sentía una gran paz. La visita llegó a su fin. Me levanté para salir y él me dijo que casi todos los huéspedes habían llegado, y que mañana en la mañana él daría una corta plática de bienvenida a todos nosotros en la biblioteca.

A las 12 del día en la siguiente mañana nos reunimos todos en la espaciosa biblioteca, sentándonos en un hermoso tapete persa frente a Krishnaji, quien se sentó con las piernas cruzadas sobre un sofá, única pieza del mobiliario que habían dejado en el cuarto, bajo uno de los magníficos tapices de gobelino del siglo XVII, hecho expresamente para el castillo. El comenzó su plática diciendo que todos nosotros habíamos estado juntos con él en las vidas pasadas y volveríamos a estar juntos en las vidas futuras. (Yo le mencioné esto a él hace poco y él dijo muy sorprendido: -"¿Dije yo eso?" -Fue una corta plática en la cual él brevemente nos indicó lo que quería hacer en el mundo: hacer a los hombres libres, ayudarlos a pararse sobre sus propios pies, libres de toda autoridad).

En alguna forma en el transcurso de la plática, algo extraordinario me ocurrió. Sin ninguna razón aparente experimenté una súbita oleada de intensa alegría en la región del corazón. Eso siguió y siguió en acrecentadas y más fuertes oleadas rítmicas y hasta pensé que iba a abrir mi boca y lanzar un grito de alegría. Me recordé la risa de Irving Pichel en "Lázaro Rio". Esta era la única cosa real, no invitada, no buscada que poseía todo mi ser. Fue una experiencia que prácticamente me dejó fuera de mi cuerpo, algo que nunca había sentido antes, ni pensado que pudiera sentir.

Después de la plática la mayoría de los huéspedes aprovechando la hermosa mañana de sol, se internaron en los bosques para un pequeño paseo antes del almuerzo. Yo permanecía solitario esperando preservar la fragancia de aquel momento hasta donde fuera posible. Solo y no perturbado, en la sombra de un alto olmo, la fuerza gozosa se fue aplacando con el ritmo de mi respiración, trayéndome a la vez un sentimiento de gran paz y amor. Pero conforme los días pasaron, eso se desvanecía en el ambiente. Recordé el prometido paseo con Krishnaji con la esperanza de que quizá él pudiera ser capaz de encender de nuevo la chispa interior que me había llevado a tal elevación unos pocos días antes.

Yo anhelaba hundirme en esa flama gozosa que me había hecho ver el mundo purificado e inocente, como si acabara de nacer esa mañana.

Krishnaji y yo fuimos a dar un paseo, pero la anhelada experiencia no ocurrió. No obstante había un sentimiento maravilloso de ligereza, claridad y serenidad. Caminamos descansadamente y casi en silencio bajo los grandes árboles y sobre algunos senderos pocas veces hollados, donde las mariposas de brillantes colores iban y venían entre la luz y la sombra. Krishnaji parecía intensamente consciente de los sutiles cambios en la naturaleza y aun de los insectos bajo sus pies, a los cuales tenía cuidado de no pisar. Le dije que yo creía que él había dado una plática inspiradora cuando dio la bienvenida a sus huéspedes, pero no dije palabra acerca de la experiencia espiritual que había tenido. Ello era muy nuevo, muy frágil para ser discutido, como una tierna planta que debe ser nutrida cuidadosamente sin exponerla a ningún viento fuerte. Sentí que debía cuidarla con mis propias manos sin influencia de nadie. Yo había experimentado previamente la manera como Krishnaji, en el momento más inesperado podía con alguna alusión casual que llevaría toda la fuerza de un huracán del Caribe, barrer con usted. No quise exponerme.

Por lo mismo, me mantuve alrededor del tema, ansioso de tener su punto de vista sobre un asunto de tan vital importancia para mí: "¿Antes de que usted alcanzara su meta de liberación, -le pregunté- tuvo usted algunas experiencias especiales, como . . . bueno, una gran sensación de alegría y libertad?"

-Sí. -Contestó.

-Y "¿qué hizo usted acerca de ello?"

-"Nada". "Nunca perseguí tales experiencias".

-"Pero si usted sintió que tal experiencia era una importante señal a lo largo del camino, ¿no la fomentó?"

-"Yo la miré con bastante comprensión, con afecto, para descubrir a dónde me llevaba".

Esta fue una contestación satisfactoria y me contenté con dejar las cosas así.

Los visitantes venían diariamente a ver a Krishnaji al castillo. Permanecían por unas cuantas horas o por dos o tres días. Entre ellos, en una visita breve, estuvieron dos de los "apóstoles" George Arundale había anunciado pomposamente hacía un año que había sido seleccionado entre otros, incluyendo a Arundale mismo, para ayudar al

Instructor del Mundo a esparcir sus enseñanzas. Ellos eran la hermosa y joven Brahmín, señora Rukmini Devi, esposa de Arundale y el obispo James Wedgwood, un descendiente del maestro alfarero Josiah Wedgwood. Rukmini se veía hermosa en un sari hindú lleno de colorido. Era franca y amistosa. Agradable a todos. El obispo Wedgwood, alto y moreno, hermoso en su vestimenta eclesiástica, con su bien labrada y grande cruz pectoral y su anillo episcopal, que aparecían repulsivos entre los huéspedes habituales del castillo. El se veía tieso y lleno de un sentimiento de autoimportancia, rebosando arrogancia espiritual. Me sentí tan alejado de él que ni siquiera quise presentarle una carta de introducción que traía para él, de un buen amigo mío que lo conocía bien. Me sentí tan completamente alejado de este señor que ni siquiera me molesté en darle la mano.

Krishnaji había estado muy contrariado por el anuncio absurdo y sensacional hecho por George Arundale y el Obispo Wedgwood, con respecto a que ciertas personas habían sido escogidas para ser "Apóstoles de Krishnaji". Arundale proclamó que el mensaje había venido de Lord Maitreya. Krishnaji rechazó enojado todo este asunto y declaró que él no tenía discípulos de ninguna clase. Aquellos que sabían cómo le disgustaba a él sentirse un elegido, nos sorprendimos de la moderación con la cual manejó el asunto en público, consciente de que su amor por la Doctora Besant, quien había sido mezclada en esto por su confianza en Arundale, le impedía decir algo drástico que pudiera mortificarla o herir sus sentimientos. Años más tarde, sin embargo, en Ojai, se expresó muy duramente sobre ese asunto, afirmando que tanto Arundale como Wedgwood habían tratado de usarlo a él para ampliar su situación. Yo discutí el asunto con Krishnaji personalmente y supe cuán ultrajado había sido por los métodos que ellos usaron para sus ulteriores fines egoístas.

Los largos días de verano se deslizaron felizmente hasta convertirse en semanas. Hubo algunos otros paseos con Krishnaji por los hermosos bosques y varias pláticas informales que nada tuvieron de profundo porque parecía no haber necesidad de nada más que gozar de su compañía.

La última plática que tuve con él, sin embargo, fue perturbadora. Había acabado de graduarme en la High School antes de partir para Eerde, y aunque yo no había sido particularmente devoto de la escolaridad, intentaba entrar al "College". Todo lo que necesitaba era un poco de estimulo, y no lo conseguí de Krishnaji. Cuando le pregunté si debería continuar mi educación y cursar una carrera, él respondió de la misma manera que había expresado en pláticas previas conmigo: que la única cosa importante en la vida era aprender a ser libre interiormente, incondicionalmente libre, para alcanzar la liberación. Todo lo demás era una pérdida de tiempo. "No pierdas tu tiempo. Cada día cuenta. Fija tu meta y concentra toda tu energía en realizarla", dijo él una y otra vez.

Olvidar todo acerca de la educación y de seguir una carrera y "conseguir ser liberado" no era el mejor consejo para ser dado a un impresionable muchacho que empezaba precisamente a abrir sus ojos a un mundo nuevo. Este consejo, supongo, estaba en línea con los puntos de vista de Krishnaji y con su sentimiento sobre el mundo entonces, pero juzgar por sus puntos de vista sobre la educación hoy en día, dudo mucho que fuera recomendable. A través de los años había habido cambios en la técnica de comunicación de Krishnaji, la cual, generalmente hablando, aparecía mucho más aguda y lúcida hoy. Quizá él mismo vislumbró esto desde hacía muchos años, cuando yo le dije a él después de una de sus primeras pláticas en Ojai que yo no había entendido lo que él trataba de decir, que era demasiado cortante y discontinuado. Él contestó, "Sí, yo fallé esta mañana. Estoy tratando de decir algo acerca de una nueva dimensión, de comunicar nuevos significados, pero mis palabras son interpretadas en la forma antigua. Como un pintor expresando algo nuevo, yo estoy aprendiendo una nueva técnica. Esto no es fácil". Se detuvo por un momento y después añadió: "Pero espera hasta que yo tenga sesenta. . ." De cualquier manera yo no quería que esa plática pusiera una sombra sobre la maravillosa experiencia que había sido Eerde. Por lo tanto, temporalmente la puse a un lado en mi mente.

Siguieron días de ocio contemplativo, así como días divertidos y excitantes. Hubo bullicio alrededor del pintoresco foso que rodeaba el castillo, hubo juegos, principalmente Volleyball, en el cual Krishnaji a veces tomó parte. Hubo la diversión de hacer amistad con gente interesante de muchos países y el reto de nuevos autodescubrimientos. Me sentí inmensamente agradecido a Krishnaji por haberme dado la oportunidad de estar aquí con él, un sentimiento que era difícil comunicarle, porque él se rehusaba a ser el apoyo de alguien. Todo este tiempo Krishnaji radiaba una calidad espiritual que agudizaba su percepción y su sensibilidad.

Durante todo este tiempo no pude ver mucho a mi excitante nueva amiga Ruth Roberts. Ella estaba generalmente ocupada con sus antiguos amigos. Entre ellos estaba un rico filósofo holandés, J.J. van der Leeuw, quien le había propuesto matrimonio. Koos, como todo el mundo lo llamaba, era un hombre muy alto y muy serio, tal como debía ser un filósofo. Además, él era totalmente calvo y se le adjudicaba un pequeño suceso que él erudito filósofo nunca se cansó de repetir. Parece que una tarde soleada estaba inocentemente bajo la ventana del segundo piso de uno de los cuartos en el edificio anexo, cuando súbitamente sintió una gota de materia pegajosa que cayó sobre su calva. Filósofo como era, permaneció calmado y silencioso, pensando que algún gran pájaro al pasar lo ensució. Era su karma. Hizo lo mejor que pudo. Lentamente y con un mínimo de escándalo como para no ser notado, agachó su cabeza para quitar aquella gota ofensiva. Entonces la terrible verdad se hizo evidente: la suciedad del pájaro era tan sólo una ordinaria pasta dental. Un truco muy sucio perpetrado por alguien con un

equivocado sentido del humor, pensó él. Lleno de justa indignación miró hacia arriba y de acuerdo a su propio decir, vio a Krishnaji y a Rajagopal ocultándose tras la ventana que estaba directamente sobre de él, cayéndose de risa. Koos airadamente se limpió como pudo y buscó el baño más cercano. ¡El tema de la liberación había llegado a un punto insoportable!

Más tarde y por diversión pregunté a Krishnaji si él o Rajagopal eran los responsables de haber exprimido la pasta dental sobre la cabeza calva de Koos, con malignidad certera. Krishnaji se rió con traviesa exuberancia y dijo simplemente que Rajagopal tenía un fantástico sentido del humor, y que Koos se había mostrado incomprensivo sobre ello.

Los días felices en el castillo de Eerde llegaron pronto a su fin. Los huéspedes empezaron a empacar, listos para mudarse a los terrenos del campamento a una milla del castillo. Había llovido temprano, aclarándose la última tarde cuando Krishnaji y yo fuimos a dar un paseo por los bosques. El cielo estaba hermoso. Tenía el calor y la luz del verano y el terreno bajo nuestros pies estaba lleno de hojas rojizas y de tierra húmeda. Caminamos en silencio por algún tiempo. El pensamiento de que yo nunca volvería a ver este lugar extraordinario, me cubrió con una sombra de tristeza. Traté de recordar algunos de los momentos más especiales y significativos de mi memorable estancia allí. En lugar de eso, un caleidoscopio de acontecimientos inconsecuentes y sin relación apareció en mi mente: Krishnaji caminando solo por los bosques luciendo su nueva barba negra con la cual se parecía más impresionantemente a Cristo. Lady Emily agitadamente me pidió que hablara en español con uno de los huéspedes, un prominente caballero de Puerto Rico, que se abstuviera de escupir mientras caminaba cuando salía a dar un paseo. Escupía en rápida sucesión de un lado a otro de la boca, con gran fuerza y propósito como si intentara ganar alguna clase de campeonato. “Eso es de lo más antiestético y poco higiénico”. -Dijo ella quejándose. Un joven estudiante de Londres lanzándose desnudo al viejo foso para recoger la pelota de volleyball con la que habíamos estado jugando, mientras los otros jugadores reían nerviosamente. Un visitante que procedía del Manor de C.W. Leadbeater en Australia, excitadamente explicó que él no podía entender lo que Krishnamurti estaba diciendo porque éste no era “discípulo del Bodhisattva”. Alta, divertida y amable, Ruth caminaba a trancos a lo largo del sendero del bosque con un ostentoso capitán del Ejército de California, mientras “el muchacho americano de Costa Rica” como habían dado en llamarme, los miraba desconsolado.

Sabía que no era posible ver a Krishnaji durante las pláticas del Campamento, por lo tanto, le dije adiós mientras nos habíamos detenido un momento en la puerta principal del castillo. Dije unas pocas palabras de gratitud que parecieron inadecuadas, y le di un abrazo. El me dijo cuánto se había alegrado de tenerme allí y que nosotros nos volveríamos a ver más tarde. Esa fue la señal que liberó de nuevo aquel maravilloso estallido de alegría y felicidad levantándome hasta la copa de los árboles y dejándome absolutamente sin palabras. Por fortuna yo le había dicho adiós, y así, nada más camine hacia el bosque. Era ya el atardecer cuando volví a mi cuarto en el anexo. Todos habían partido ya. Mientras esperaba al chauffeur que me iba a llevar reflexioné sobre este grande y gozoso regalo: el legado espiritual de mi viaje al castillo de Eerde, y me hice a la idea de que esta vez no lo perdería. Pero tenía que aprender con el tiempo que ésta no era la clase de experiencia que usted debe de tener en mente para manejarla. Era una cosa totalmente espontánea que ocurre o no ocurre y no puede ser invitada por persuasión o adulación. De cualquier manera era un gran principio para las sesiones del Campamento y para mí lo más importante sobre todo lo que seguiría. Justamente por eso, el inflamado canto en sánscrito de Krishnaji era siempre gozoso; su voz mezclada con el fuego crepitante, se elevaba con las danzantes llamas.

El campamento terminó y yo me fui a Bélgica y a París. París era hermoso y excitante, el lado soez de ello, sobre el cual Krishnaji me había ya advertido, era algo que usted podía tener cerca, pero sin quemarse.

Antes de dejar Eerde yo había recibido una carta de mis padres pidiéndome telefonear a Tinoco cuando estuviera en París. La señora Tinoco había escrito a mi padre diciendo que ellos habían sabido que yo estaba en el Campamento de Ommen y querían verme y saber las últimas noticias de Krishnaji. Por ese tiempo Tinoco había perdido toda su fortuna mal habida, estaba enfermo y vivía en una especie de desván. Con alguna dificultad encontré su pequeño refugio en un segundo piso en el barrio Latino, pero ellos no estaban en casa. Un amigo vecino de ellos me dijo que Tinoco había sido llevado al hospital hacía unos días, gravemente enfermo, y la señora Tinoco estaba viviendo con amigos. Este último me informó que el hombre fuerte de Costa Rica estaba en la pobreza, enfermo y desvalido, y se había estado ganando la vida esperando a los barcos de lujo en Cherburgo, envuelto en su capa negra y roja, tocado con su sombrero andaluz en posición gallarda, invitando a los turistas americanos ricos, siempre alertas a lo llamativo, para ser guiados en una gira turística por un precio convenido.

Unos pocos días después de mi visita, el legendario Federico Tinoco falleció; el hombre que había soñado en edificar una sociedad basada en las enseñanzas de Krishnamurti: el hombre que había sido entusiastamente bienvenido al poder por sus compañeros ciudadanos, sólo para ser temido y odiado por ellos al final; el hombre que había demostrado una paciencia tan gentil para enseñar a un pequeño niño a pronunciar las palabras difíciles del pequeño libro “A los Pies del Maestro”.

Krishnaji había hablado entusiastamente sobre Londres, su segundo hogar, pero yo encontré la ciudad, aunque históricamente excitante, en lo personal reservada y lejana. Tras de algunas semanas allí me sentí contento de abordar el barco de la Cunard Olimpic, en Southampton, de regreso a los Estados Unidos. Me encontré a los Arundale a bordo, y vi muchos de ellos, y después en Hollywood. Rukmini, como en mi primer encuentro con ella, era encantadora y natural. El "Apóstol" George, era otra cosa. El daba la impresión de ser un hombre muy competente y que probablemente hubiese hecho un excelente vicepresidente en cualquier corporación. Tenía magnetismo personal, y era excelente narrador. El era un hombre de muchos talentos, erudito y académico. Su atractiva personalidad atraía a cuantos lo conocían. Amaba la controversia; un buen argumento lo deleitaba. Mis pocas palabras de crítica aquí evocarían indudablemente mofa hacia mí y quizá hasta una risa contenida como invitación a continuar. Siempre era agradable y estimulante estar con George Arundale.

París, Londres, Nueva York, Chicago, fueron excitantes y divertidas para un muchacho de 17 años, pero terreno poco apropiado para cultivar esa rara flor espiritual que yo había encontrado en Eerde, la cual ahora me parecía como un lejano sueño.

Abordé el tren Sunset Lmtd. en Chicago en mi camino de regreso a Hollywood, deprimido y descorazonado y preguntándome si podría otra vez tocar aquella profunda y purificadora fuerza. Estaba parado contra el lado de la barandilla en la sección abierta del carro observatorio que avanzaba rápidamente a través del desierto de Nuevo México, sin pensar algo en particular, tan sólo absorto en la basta monotonía de la escena desértica, caliente y polvosa, cuando un gigante girasol crecido descuidadamente a un lado entre las vías, a unas cuantas pulgadas afuera de la total destrucción, pasó rápidamente por mi cara, increíblemente cerca con su grande faz dorada, momentáneamente saliéndose del mundo. Como traído por un resorte, el gran gozo autoexiliado en esas pasadas pocas semanas, saltó fuera de mí como para saludar a la flor encantadora a un lado de la vía: una jubilosa explosión del glorioso placer. El tren siguió veloz mientras yo observaba el magnifico florecimiento lentamente desvanecido y finalmente desaparecido en la distancia. Exteriormente nada había cambiado. La misma gente gorda y embotada aun sentada en el carro observatorio, viendo el mismo abrasador y polvoso desierto, sin embargo, milagrosamente todas las cosas habían cambiado para mí. La más alta perfección revelaba un desierto que era una maravilla de belleza. La gente a mi alrededor, gorda y fea, de alguna manera había adquirido una cualidad de la cual yo no había sido consciente antes, algo quizá profundo en ellos mismos, que tocó la vida de la hermosa flor que ellos ni siquiera habían notado. Verdaderamente eso fue el comienzo de una maravillosa experiencia, una vez más, totalmente inesperada y no invitada. Me preguntaba cuánto tiempo iba a durar, pero me prometí a mí mismo no preocuparme por eso ahora.

A mi regreso traía conmigo una carta de Krishnaji a mi padre, en respuesta a una de mi padre a él, la cual le entregué en mano en Eerde. Eso lo complació enormemente.

Eerde, Holland,
Junio 19, 1927

Mí querido señor Field:

Mucho agradezco a usted la carta que me mandó con Sidney. Estoy muy contento de tenerlo aquí y espero que él también lo esté.

Estoy muy contento de que usted haya comprado esos quince acres de la propiedad de la Estrella en Ojai; pero como en el presente estamos muy bajos financieramente, temo que no podamos pagar a usted ahora la tierra, pero si usted bondadosamente nos espera algún tiempo con la idea de darnos la primera opción, le estaré muy agradecido. Me alegra mucho que la propiedad esté en sus manos y no en las de algunos extraños. Como sus terrenos colindan con la propiedad de la Estrella, eso será muy útil para el Campamento. Yo estaba y estoy ansioso de adquirir ésta para redondear la posesión; pero como ya dije y usted sabe, que estamos muy mal financieramente, espero la conservará para nosotros y nos la venderá en un futuro próximo.

Conozco a Mr. Hall, es muy capaz para conseguir tierra para todos nosotros y estoy realmente muy agradecido a él por todo el trabajo que se ha tomado en conexión con la propiedad de La Estrella.

Usted sabrá por Sidney de todo nuestro trabajo aquí y por lo tanto no lo molesto con tales cosas; pero permítame asegurarle cuán feliz me siento por tener su amistad.

Por favor de mi afecto a John y a toda la familia.

Sincera y afectuosamente,
J. Krishnamurti

Walter Field Esq.,
1305 Crescent Hights Boulevard,
Hollywood, Ca.

Castle Eerde,
Ommen, Holland
June 19, 1927

My dear Mr. Field:

Thank you very much for your letter which you sent by Sidney. I am so glad to have him here, and I hope he will be happy too.

I am so glad that you have bought those fifteen acres just off the Star land at Ojai; but as ~~at present~~ we are so low financially, I am afraid we cannot at present buy the land from you, but if you will kindly keep it for some time with the idea of giving us the first option, I shall be very grateful. I am very glad that the land is in your hands, and not in some stranger's. As your land adjoins the Star land, it will be very useful to the Camp. I was and am eager to get it so as to round out the land; but as I said and as you know, we are very low financially, so I hope you will keep it for us and sell it to us at a later time.

I know Mr. Hall is very able in getting land for us all, and I am really very grateful to him for all the work he has done in connection with the Star land.

You will be hearing from Sidney of all our work here, and so I will not bother you with such things; but let me assure you how happy I am that I have your friendship.

Please give my love to John and to the family.

Sincerely, + affectionately
J. Krishnamurti

Walter Field, Esq.,
1305 Crescent Heights Boulevard,
Hollywood, California

III

Krishnaji volvió a Ojai el siguiente año. Trajo con él a un amigo íntimo, Jadú Prasad, a quien yo conocí en Eerde y me agradó mucho. Jadú tenía una personalidad cálida y abierta, una mente aguda y un delicioso sentido del humor.

Un poco después todo el grupo de Arya Vihara vino a comer a casa. Rosalind y Rajagopal se habían casado recientemente, por lo tanto la ocasión de la comida tenía un significado particularmente festivo. Fue una reunión divertida durante la cual Krishnaji se divirtió mucho con una escapada de mi hermano John, a quien aludía en su carta que me escribió en junio 5 de 1931. John había ido a una reunión con su amiga favorita y aun cuando fue durante los días de la prohibición, él bebió mucho. Un amigo lo trajo a casa y lo llevó a la cama. Un poco después, al despertar y aun bajo la influencia del alcohol, se dio cuenta de que su amiga había permanecido en la reunión sin que la acompañara. Decidió ir a buscarla inmediatamente; por lo tanto brincó de la cama, abrió la ventana de su cuarto en el segundo piso y se estrelló abajo. Un toldo, precisamente bajo la ventana, detuvo un tanto su caída, la cual, de todos modos le causó una profunda herida en su cabeza. Confuso y desorientado cuando volvió en sí empezó a caminar hacia la casa de un vecino, cruzando la calle. Entró por la puerta de atrás (en aquellos días pocas casas estaban cerradas en la noche), entró a la cocina, tomó una pieza de pollo del refrigerador y se sentó a comerla. Despertado por la conmoción, el sirviente japonés de la casa vino a investigar. Cuando entró a la cocina, se sintió congelado con un asombro en la mirada de que un extraño en pijamas con su cara sangrienta, calmadamente comía una pieza de pollo. El muchacho gritó aterrorizado. John voló, encontrando milagrosamente su camino a casa. En el patio me llamó. Yo desperté y lo hice entrar, preguntándome si estaba soñando. Entre tanto los vecinos habían llamado a la policía, que siguiendo la huella de sangre a nuestra casa, golpearon fuertemente en la puerta del frente. Tratamos de persuadirlos de que era un sonámbulo que había equivocado la ventana con una puerta; pero ellos insistieron en verlo. Mientras mis padres discutían con la policía, yo me subí a su cuarto y lo aleccioné de lo que tenía que decir a la policía. Bajo ninguna circunstancia debería admitir que estaba intoxicado. Cuando ellos lo vieron finalmente, su sola respuesta fue “Soy un sonámbulo”. “Yo soy un sonámbulo”. No pienso que ellos hayan creído una palabra de eso, su aliento hablaba por él; pero ellos con buen natural se portaron amables respecto a esto y simplemente le advirtieron que cuidara sus pasos. ¡Caminar dormido puede ocasionarle un verdadero problema!

Mi padre no se había sentido bien y mi hermano se había ido a Costa Rica. Incapaz de cuidar sus complicados negocios personalmente, me había elegido para hacer lo mejor que yo pudiera. Yo siempre odié el mundo de los negocios, pero estaba metido en ellos ahora hasta el pescuezo. Mientras tanto, la grande y gozosa alegría de Eerde había sido reducida a una sonrisa ahogada. Eso me preocupaba y me deprimía mucho, aunque había llegado a la conclusión de que nada se podía hacer acerca de ello sino esperar a que eventualmente se cruzara en mi camino otro girasol espectacular y tocara el botón milagroso.

A menudo iba a Ojai para tomar el almuerzo o la comida con Krishnaji; y “su familia”. Hablábamos mucho acerca de la difícil posición y la gran insatisfacción que había en mi vida en esa etapa, pero eso no tenía fácil solución, ni respuestas para una salida. Había sin embargo unas conversaciones interesantes a la hora de la comida. En una de ellas Rajagopal preguntó a Krishnaji escuetamente “¿Hay o no hay reencarnación, si o no?” -Krishnaji; pensó por un momento y luego dijo: “La reencarnación es un hecho pero no es la Verdad”.

A nuestras asombradas reacciones Krishnaji explicó la aparente contradicción de esta manera: “Aquello que reencarna es impermanente, y por lo tanto, no es la Verdad, la cual es permanente y eterna”.

La reunión del Campamento en Ojai había sido muy bien recibida, pero por alguna razón que no recuerdo, se aprobó que fuera la última. De aquí; en adelante Krishnaji sostendría pláticas semanales en el Robledal. Algunas personas que había conocido en Eerde habían venido a Ojai para esta reunión incluyendo a Ruth, quien mientras tanto se había casado con John Tettemer, un hombre extraordinario de unos treinta y cinco años mayor que ella, quien había pasado la mayor parte de su vida como monje en Roma, y dejó la Iglesia por un desacuerdo con respecto a un asunto del dogma. El tenía gran energía y vitalidad y a mí me gustó desde luego. Estaba muy interesado en las enseñanzas de Krishnaji, las cuales a menudo discutíamos con Ruth. Sorprendentemente, ella permanecía apartada de todo eso.

Durante esta última reunión del Campamento yo me ofrecí; voluntariamente a llevar a Krishnaji su almuerzo a Arya Vihara, preparado en los terrenos del Campamento. Siempre era un problema preservar la sopa sin que se derramara durante las cinco millas de viaje en auto. Un día mientras le entregaba su bandeja le pregunté en broma “¿No sería mucho más fácil si usted pudiera levitarse desde el Campamento y descender en el comedor?” -para mi sorpresa, él dijo muy seriamente: -“Tengo la llave para hacer todo eso, pero no me interesa”. Yo dije que sería maravilloso y muy práctico tener algunos de esos poderes. Él respondió con su habitual afirmación de que lo único que valía la pena era la liberación. Y para reforzar este punto me contó una pequeña historia sobre un gran yogui que él había conocido en la India, quien había desarrollado toda clase de “siddhis” y podía ejecutar cosas

sorprendentes, volverse invisible, hacer crecer las semillas de las plantas en unos pocos minutos y cosas por el estilo. Antes de dejar la casa del yogui, el gran mago le dijo a él, -"Yo daría felizmente todos mis "siddhis" (poderes) por un destello del Nirvana".

Un rumor flotaba sobre el campamento de que Krishnaji había heredado una gran suma de dinero de un amigo. Este era un rumor totalmente sin base, pero Rajagopal y Rosalind estaban muy temerosos porque habían oído pasos por fuera en la noche. Cuando llegué a Arya Vihara en mi diaria visita de la tarde me encontré afuera de la casa con Byron Caselberry armado con un hierro atiza-fuego, listo para abrirme la cabeza. Él no había reconocido mi carro en la obscuridad y no estaba dispuesto a exponerse. Entré con él a la casa y encontré a Rajagopal armado también con otro atizador. Dijo él que un vagabundo o ladrón había sido visto hacía unos pocos minutos y que Krishnaji había salido a la huerta de naranjos para hacerlo desistir de cualquier tontería. Yo dije que no deberíamos dejar a Krishnaji solo afuera, y Rajagopal, que era muy dominante, replicó que él estaba harto con las simpatías mal elegidas de Krishnaji y que ya había llamado a la policía. Me interné en la huerta y encontré a Krishnaji con una lámpara de mano buscando al hombre. Le urgí que volviera adentro conmigo porque el hombre podía ser violento. "Yo quiero advertirle que se vaya, que el asunto no vale la pena. Eso no vale la pena", repitió él. En ese momento yo lo hubiera abrazado. He aquí este hombre endeble con no más armas en su persona que una pequeña lámpara de mano, solo, en la oscuridad, determinado a convencer a un carácter posiblemente violento, que huyera antes de ser atrapado o golpeado por Rajagopal o Byron. Él continuó su búsqueda conmigo por un rato. Después ambos entramos a la casa. Rajagopal lo recibió con un fárrago de palabras duras diciéndole que él tenía talento especial para elegir sus simpatías. El asaltante debía ser duramente castigado. Krishnaji escuchó silenciosamente y como siempre hacía muchas veces cuando Rajagopal se volvía abusivo, simplemente se caló su gran sombrero mexicano y salió afuera.

Un poco después, antes de la partida de Krishnaji para Europa, volví de nuevo a almorzar en Arya Vihara. Rosalind estaba muy molesta porque la excelente cocinera vegetariana, que primero había estado en la Sociedad Teosófica, le había avisado que se iría. Krishnaji le recordó que la mujer había tomado el trabajo de la cocina sólo para estar cerca de él. Una vez que él iba a salir la próxima semana, ¿cuál era el interés de que ella continuara su trabajo en la cocina de Arya Vihara? Rosalind alegó que ella estaba muy bien pagada y muy bien tratada y que además, había otras gentes importantes en Arya Vihara además de Krishnaji. Él sonrió, me tomó por el brazo y me llevó a la cocina, donde ambos ayudamos a la cocinera disidente a lavar los platos.

Por este tiempo, un par de años después de Eerde y de una lista de trabajos insignificantes, decidí desoír el consejo de Krishnaji y matricularme en la Universidad de California en Los Ángeles.

Antes de irse Krishnaji me había pedido asistir al Campamento de Ommen durante las vacaciones de la escuela. Fue imposible para mí dejar a mi familia esta vez dada la delicada salud de mi padre. Algunos meses después oí decir que Krishnaji había tenido un grave trastorno por envenenamiento en Rumania. Le escribí una larga carta que prontamente fue contestada.

Junio 5 de 1931

Querido Sidney:

Muchas gracias por tu carta y espero que no te importe si te contesto escribiendo en máquina porque precisamente ahora estoy muy ocupado tratando de estar listo para tomarme un descanso antes de las pláticas.

Contestando a tu pregunta te digo que he estado bastante enfermo, pero ahora estoy casi bien. Creo que fue algo como un envenenamiento en Rumania y esto ha durado largo tiempo. Pero voy mejorando día a día.

He estado viajando a través de Alemania, Austria, Inglaterra y Escocia y volví aquí apenas hace un mes. Durante este mes de Junio voy a estar en una cabaña en Campamento y a descansar realmente antes de que las reuniones en el Campamento comiencen.

Me gustaría mucho verte, pero temo que esto no podrá ser este año, porque saldré para la India, Java y Australia. Saldré para la India como el primero de Octubre, me detendré en Grecia donde habrá reuniones en Atenas, después iré a Alejandra en Egipto, donde abordaré el barco a Port Said el día 21. Estaré cuatro meses en la India antes de ir a Java y a Australia. Espero estar en California más o menos por estas fechas el año próximo. Yo también sentiría placer en tener una plática contigo y espero que pasaremos un tiempo agradable cuando yo esté allí.

Me alegro mucho de que Mr. Field está mucho mejor y que el Dr. Strong le ha hecho mucho bien. Desde luego, imagino que él estará todavía muy delicado, pero confío que cuando yo lo vea en el próximo junio, él estará completamente bien. Hazle presente mi afecto y dile que veo con placer la perspectiva de volverlo a ver.

Mi cariño para John. Espero que él haya pasado una buena estancia en Costa Rica, y espero, también, que no se vuelva a caer por la ventana. Espero que la S.T. esté terminando con todo acerca de mí -Por ahora yo preveo que

seré el diablo negro que no será mencionado para nada en todas sus sagradas reuniones. ¡Buena suerte a todos ellos!

Querido Sidney, estoy muy contento de que me hayas escrito y espero que no te importe que te conteste usando la máquina de escribir. He estado pensando acerca de ti y tu familia en repetidas ocasiones. Cuando yo vaya a California en Junio próximo, espero que nos reuniremos. Estoy en el Campamento en una cabaña y vengo aquí, al castillo para mi almuerzo y comida. Es muy agradable aquí y desearía que tú también estuvieras.

Tuyo con todo mi cariño
Krishna

Favor de dar mi afecto a la familia.

June 5, 1951

My dear Sidney,

Thank you very much for your letter, and I hope you do not mind my having the answer typewritten as I am rather busy just now and am trying to get ready to take a holiday before the Gathering.

As you have asked, I have been rather ill, but I am nearly allright now. I think it was some kind of poisoning in Roumania and it has lasted for a very long time. But I am getting better all the time.

I have been touring through Germany, Austria, England and Scotland, and returned here about a month ago. During this month of June I am going to stay in a hut in Camp and really rest before the Gathering and Camp begin.

I should love to see you, too, but I am afraid it cannot be done this year, as I am going to India, Java and Australia. I leave for India about the first of October, stopping in Greece where there is going to be a Gathering near Athens, then going on to Alexandria in Egypt and catching the boat at Port Said on the 21st. I will stay four months in India before going to Java and Australia. I hope to be in California about this time next year. I, also, should love to have a talk with you and I hope we shall have some nice times together when I come there.

I am so very glad Mr. Field is very much better and that Dr. Strong has done him good. Of course I can imagine he must be still very delicate but I hope, when I see him again next June, he will be completely well. Please give him my love and tell him I am looking forward with pleasure to seeing him again.

Give my love to John. I hope he has had a good time in Costa Rica and I hope, too, that he has not fallen out of the window!

I am glad the T. S. is tightening up about me — I expect I shall presently be the Black Devil who is not mentioned at all in their sacred meetings. Good luck to them all!

My dear Sidney, I am so glad you wrote to me & hope you don't mind if my letter typewritten. I have been thinking of you & your family so often & when I come to Cal. next June I hope we shall have some time together. I stay at the Camp in a hut & come here to the castle for my lunch & dinner. It's lovely here & I wish you were here too.

With all my love yourself.

Krishna

Please give my love to the family.

Dos meses después mi padre murió del corazón. Aunque no inesperado, fue un gran choque para mí. Súbitamente me vi sepultado de pies a cabeza con los problemas sin fin de mi familia y con disminución de dinero. Continué asistiendo al colegio, pero las presiones de ser la cabeza de la familia y a la vez estudiante, se me fueron

haciendo muy pesadas, y tuve que salir de él. Me desquitaba esperando siempre volver a completar mi carrera escolar.

Algunos días después de la muerte de mi padre, Jadú Prasad, que había permanecido en Arya Vihara, murió de un infarto. Me había vuelto muy adicto a Jadú y sentí profundamente su pérdida. Escribí a Krishnaji y él prontamente me con testó:

Castillo de Eerde, Ommen O.
Holanda.
Septiembre 10 de 1931

Mí querido Sidney:

Estoy muy apenado acerca de tu pérdida.

He pensado en todos ustedes muchas veces desde hace tiempo y les envío mi cariño.

Como ya sabes, estaré en California al final de Octubre, por lo tanto, espero tener el placer de verlos a todos.

Es realmente triste lo que pasó a Jadú. Apenas puedo creer que haya muerto. Hace apenas unos días recibí carta de él en la cual se mostraba muy alegre y entusiasta sobre todas las cosas. Será una gran pérdida, ya que él era tan Inteligente y tan entusiasta.

Por favor expresa mi cariño a la familia y a John.

Mucho afecto para ti
Krishna

Telegrams KRISHNAMURTI, OMMEN.

Castle Eerde,
Ommen, O.
Holland.

September 10, 1931

My dear Sidney,

I am so grieved to hear about your loss. I have thought of you all many times since and send you my love.

As you know, I will be in California the end of October, so I hope I shall have the pleasure of seeing you all.

It is really awful about Jadu. I can hardly believe that he is dead. I only received some days ago a letter from him in which he was very cheerful and enthusiastic about things. He will be a great loss as he was so intelligent and so enthusiastic.

Please give my love to the family and to John. Much love to yourself.

Yours affectionately,

Krishna

78

Era cerca de la Navidad cuando Krishnaji volvió a Ojai, ese mismo año. En diferentes ocasiones él me había regalado varias hermosas corbatas. El siempre usó con sus elegantes trajes sastres las más finas corbatas, escogidas con exquisito gusto, y cada vez que yo le admiraba alguna, él inmediatamente se la quitaba y me la regalaba. Esto me causaba mortificación. No me gustaba pensar que él pudiera creer, cómo alguna gente lo hacía, que yo admiraba sus corbatas con segunda intención. De todas maneras sentí que debería compensarle por ellas y aunque no pensé que pudiera igualar la calidad y el estilo de las que él me había dado, le envié un par de corbatas italianas en seda, importadas, pensando que pudieran gustarle.

Algunos días más tarde recibí la siguiente carta de él, la cual me pareció encantadora por su franqueza y aquella única cualidad de inocencia que siempre le había distinguido. (Esta carta va traducida en hoja aparte inmediatamente).

Arya Vihara, Ojai, Calif. Diciembre 26 de 1931

Mí querido Sidney:

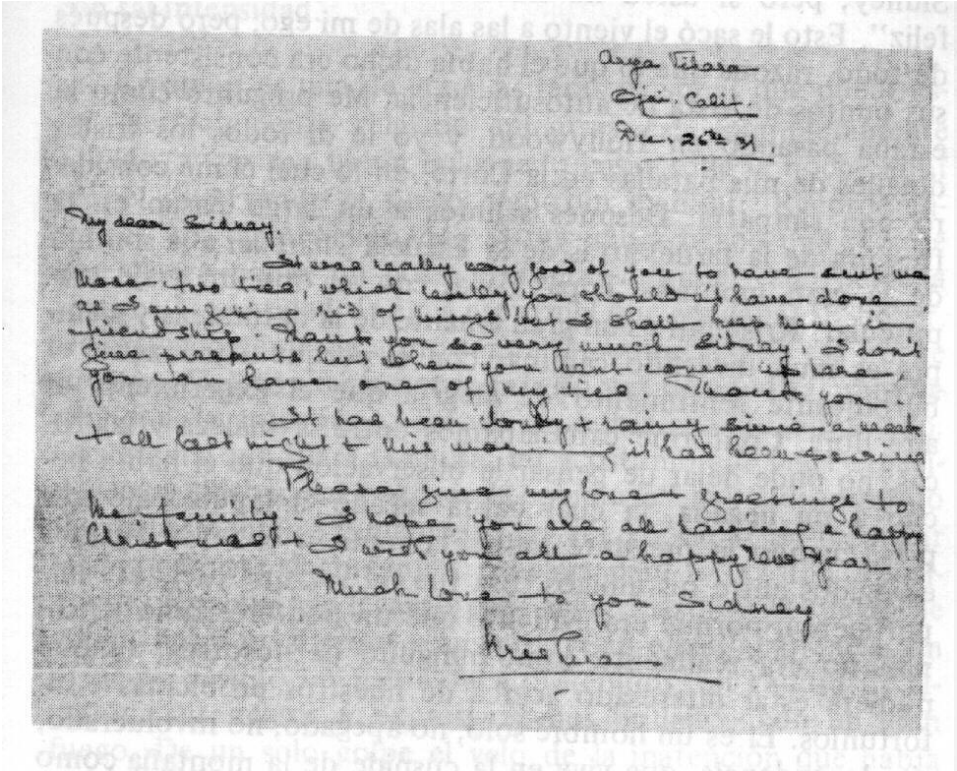
Realmente fue muy amable de tu parte el haberme enviado esas dos corbatas, lo que no debieras haber hecho, pues estoy disponiendo de todas mis cosas, pero las guardaré como recuerdo de amistad. Muchas, muchas gracias, Sidney.

No acostumbro hacer regalos, pero cuando tú vengas acá, puedes llevarte una de mis corbatas, gracias.

Ha estado nublado y lluvioso desde hace una semana y hoy en la mañana ha estado lloviendo a torrentes.

Por favor da mis afectuosos saludos a la familia. Espero que todos estén pasando una feliz navidad y deseo a todos un feliz año nuevo.

Mucho afecto para ti, Sidney
Krishna


Arya Vihara
Ojai, Calif.
Dec. 26th 31.

My dear Sidney.

It was really very good of you to have sent me those two ties, which really you shouldn't have done, as I am giving rid of things but I shall keep them in friendship. Thank you so very much Sidney. I don't give presents but when you want come up here, you can have one of my ties. Thank you.

It has been cloudy + rainy since a week + all last night + this morning it has been pouring.

Please give my love + greetings to the family. I hope you are all having a happy Christmas + I wish you all a happy New Year.

Much love to you Sidney

Krishna

Después de la muerte de mi padre y de todo el torbellino en que me vi envuelto, Krishnaji muy amablemente me llamó para invitarme a pasar una semana con él en Arya Vihara. Me dijo que Rosalind y Rajagopal, quienes se habían casado recientemente, iban a estar fuera esa semana y yo tenía la oportunidad de descansar y estar a solas con él. Hacer todo lo que a mí me agradara. Inmediatamente acepté la invitación. Estar en Arya Vihara por una semana con Krishnaji, lejos de Hollywood y de las sórdidas y repulsivas batallas legales para salvar la rápida pérdida del patrimonio familiar, lo vislumbré como un pedazo del paraíso.

La agradable temperatura y la fragancia de las flores de naranjo llenaban el pacífico valle de Ojai esa tarde. Cuando llegué a Arya Vihara Krishnaji estaba sentado solo en el pórtico del frente de su cabaña privada atrás de la casa principal. Había un sentimiento de gran paz y poder a su alrededor. Me expresó cuán feliz se sentía de que hubiera venido. Esta observación me daba oportunidad de hacerle una pregunta que a menudo me venía a la mente. Dije: “Krishnaji, ¿acaso la presencia de un amigo, alguien a quien usted tiene aprecio, lo hace más feliz que la presencia de alguien que pudiera venir del más ella?” Su sonrisa me hizo saber inmediatamente que él conocía el significado de mi pregunta. Me contestó, -”Yo soy verdaderamente feliz porque usted esté aquí, Sidney; pero si usted no hubiera venido, sería igualmente feliz”. Esto le sacó el viento a las alas de mi ego, pero después de todo, razoné que lo que él había dicho era consistente con sus puntos de vista de autosuficiencia. Me preguntó cómo la estaba pasando en Hollywood, y yo le di todos los tristes detalles de mis batallas en la Corte, en lo cual él me consideró con simpatía. Después salimos a un largo paseo en la frescura de la tarde, atrás de la Escuela Thatcher a la sombra de la gran montaña Topa Topa, con su obscuro traje crepuscular. Krishnaji es un gran amante de la naturaleza y siempre es muy divertido caminar con él porque usted siente el burbujeante sentimiento de alegría que él experimenta al aire libre. Conforme caminábamos entre la maleza y las rocas, no pude dejar de pensar la observación que él había hecho a mi llegada, la cual había sacado el tapete bajo mis pies, cuando le pregunté indirectamente si él tenía algunos escogidos entre sus amigos. Esa fue tal vez una pregunta impertinente, porque era evidente que un hombre como Krishnaji no era realmente como ninguno de nosotros, aunque pudiera estar interesado acerca de nuestros problemas e infortunios. Él es un hombre solo, no apegado, no involucrado, sin dependencia, que vive en la cúspide de la montaña como un águila solitaria.

Después de una deliciosa comida vegetariana, esa tarde entramos a la cocina para ayudar y secar los platos, una tarea que Krishnaji se había impuesto a sí mismo para ayudar a la cocinera. Después nos fuimos al salón con paneles de madera, donde Krishnaji prendió un fuego en la chimenea. Ambos nos sentamos en un diván observándolo sin un solo comentario. Hay algo maravillosamente relajante en la contemplación de las llamas danzadoras y los leños crepitantes en una chimenea. Esa noche, sin embargo, la atmósfera psíquica en aquel encantador bungalow de la vieja California, regalado a él por un amigo, no conducía a la relajación. El sentimiento se asemejaba más al generado por una dinamo gigante. Había una poderosa fuerza concentrada allí. Era casi físicamente palpable. Eso no me sorprendió porque muchas veces antes había sentido lo mismo en presencia de Krishnaji, aunque nunca con tal intensidad.

Krishnaji es una de aquellas raras personas que puede estar perfectamente relajado mientras esté completamente callado, y yo me había imaginado pasar toda la noche aquí con el observando el fuego como un maniquí. Recordé entonces una observación que él me había hecho una vez, de que él era como un pozo profundo del cual cada persona tomaba la cantidad de agua espiritual que era capaz de beber. Desgraciadamente, la atmósfera altamente cargada esa noche tuvo un curioso efecto sobre mí. En vez de agudizar mi sensibilidad, la entorpeció. Tal vez yo había comido demasiado. Cualquiera que fuera la causa, mí acostumbrada poca capacidad para "beber del pozo de la sabiduría" había disminuido alarmantemente. Simplemente no era yo capaz de formular cualquier clase de pregunta propicia para la ocasión. Finalmente, Krishnaji se levantó para echar más leña al fuego. Se volvió hacia mi directo y austero, regio en su apariencia; un príncipe vestido en pantalones desteñidos, en camisa de algodón, sus negros y expresivos ojos brillando con un gran fuego. De un solo golpe el velo de la inatención que había obscurecido mis percepciones desvaneció. Me sentí enteramente vulnerable.

-"¿Qué quieres hacer de la vida, Sidney?" -No estoy seguro Krishnaji. Pensé que lo sabia en Eerde mientras caminaba bajo los altos árboles con usted. Me sentí seguro de que podría enfrentar cualquier situación en la vida con serenidad y confianza. Sentí que nunca perdería esa inspiración. Ahora, al batallar con los abogados, los cobradores y sentado por semanas en la silla de los testigos en la Suprema Corte, me siento como si un camión me hubiera pasado encima".

-"Olvidase de Eerde, de lo que sentiste, pensaste e hiciste allí". Cuando divides la Vida entre los hermosos bosques de Eerde y el mundo de los feos negocios en Los Ángeles, creas un desesperado conflicto. Sigues un recuerdo y escapas a la realidad de tu vida ahora".

-"Usted me está diciendo que acepte plenamente mi situación presente sin quejarme".

-"No. Aceptar es una actitud de la mente. Comprender es ver, percibir al nivel más profundo y liberarse".

-"Yo comprendo y percibo esto, Krishnaji. Que estoy infeliz, y frustrado. Una vida sin conflicto, tal como esa de la que usted habla, me parece, en este instante de mi vida, totalmente fuera de mi alcance".

-"Eso es realmente fácil -dijo él despreocupadamente- pero tú complicas las cosas. Tú no permites que la Vida pinte el cuadro; tú insistes en hacerlo a tu propia manera".

-"Usted es un genio espiritual, Krishnaji. La mayoría de nosotros no tenemos ningún talento particular a ese respecto".

-"No, no. -Protestó él". Esta es sólo una excusa para no enfrentarte a ti mismo. El mero hecho de estar aquí tú conmigo ahora, demuestra que tienes el potencial".

-"Pensé que lo tenía" -dije, pensando en la gran risa de gozo que había experimentado. Eso se ha ido ahora. Este es el lado triste de todo esto. Usted tiene momentos en que piensa que se ha abierto paso, después, al día siguiente usted está de nuevo abajo. Hombres como Walt Whitman y Edward Carpenter, hablaron acerca de momentos de gran iluminación, pero los perdieron quedándose solamente con sus recuerdos".

-"Ellos trataron de apegarse a su experiencia, -dijo Krishnaji, como si él estuviera bien informado de la vida de aquellos grandes místicos. "No permitieron que esa realidad llegara a ellos espontáneamente".

-"¿Está usted en constante contacto con la Realidad que usted llama Liberación?"

-"No hay separación", -dijo él. Después, tras un momento "Yo soy un ejemplo". Yo he limpiado el pizarrón. La Vida pinta el cuadro".

Hubo un largo silencio. El fuego crepitaba en la chimenea y el viento soplaba entre los naranjos afuera. Después Krishnaji habló sobre un asunto que a menudo habíamos discutido antes: la importancia de ser un aristócrata espiritual, tema que evidentemente él tenía en la punta de sus dedos: el rechazar totalmente la decadente mediocridad en la cual se engolfa el mundo; de abandonarse enteramente a esa gran aventura espiritual, que es única para cada persona.

-"Usted ha tenido grandes maestros, -dije- Se ha dicho que ha recibido grandes iniciaciones y ha sido entrenado y guiado para su papel de Instructor del Mundo. ¿Es razonable esperar que nosotros que no hemos tenido ninguna de esas ventajas, podamos alcanzar lo que usted ha descubierto?"

-"Yo tomé el largo camino para encontrar la unión sencilla. Y por esto, porque yo la he alcanzado, usted también puede encontrar la unión sencilla".

Yo había escrito rápidamente algunas notas, las cuales Krishnaji pensó que eran inútiles. Hablamos algo más y después Krishnaji se caló su sombrero mexicano y salió advirtiéndome ir a la cama temprano porque yo necesitaba descanso. Pero esto probó ser una tarea nada fácil. Volví sobre mis notas y las extendí. Después busqué algunos de los interesantes libros que había en los anaqueles del salón. Mi mente estaba desbocada, no había posibilidad de dormir. Salí para dar un paseo, pero rápidamente volví a causa del frío de la noche. Arya Vihara es un lugar espectral por la noche. Me habían dicho que la Doctora Besant había sellado magnéticamente el lugar para defenderlo de "entidades astrales intrusas". Pero el hecho era que los ruidos nocturnos aquí eran notables. No hay duda de que eran causados por la expansión de las maderas en el día con el calor y la contracción de ellas con

el frío de la noche. E1 efecto, no obstante, era perturbador. Y sobre todo esto estaba la gran fuerza generada por Krishnaji, la cual no se iba con él. La casa se sentía como la central de una gran dinamo en una planta poderosa.

Me fui a la cama, cerré los ojos y traté de dormir. Imposible. Los crujidos, golpes ásperos y desiguales ya no me molestaban. Era ese inevitable y penetrante poder retador que llenaba la casa a lo cual me parecía imposible adaptarme. Cerca de las tres de la mañana, sin pizca de sueño, no podía ya hacer frente a aquello que un amigo mío que conocía bien a Krishnaji, había llamado "el rugiente Kundalini de Krishnaji". Me vestí y salí afuera para un largo paseo. E1 sol estaba saliendo sobre el Topa Topa cuando regresé. Había caminado millas, pero estaba tan lleno con la energía incansable que había "atrapado" en Arya Vihara, que sentía que hubiera podido caminar de regreso a Hollywood.

En el desayuno esa mañana Krishnaji me preguntó si había tenido una noche buena y descansada. Le conté todo lo que había sucedido. E1 se rió. "Yo pensé que si no hubiera salido a tomar el paseo tan rápidamente, me hubiera vuelto loco, como Fenn Germer". Fenn Germer era un joven devoto de Krishnaji, quien había trabajado para él en Arya Vihara y en Eerde y había tenido un trastorno nervioso por el que había tenido que ser llevado a un sanatorio mental.

-"E1 problema con Fenn fue que él había reprimido completamente el sexo. No creo que sea el mismo caso tuyo Sidney." El rió.

Permanecí varios días más en Arya Vihara, gozando la compañía de Krishnaji, la belleza única del valle y la agradable temperatura. Fueron días felices de descanso. Bien sea que yo me había ajustado al "rugiente Kundalini" de Krishnaji o tal vez que él, compasivamente, lo hubiera detenido en mi beneficio. No hubo ya más discusiones serias. Yo le ayudaba a él a limpiar el establo ocupado por una sucia vaca. Le ayudaba con los platos, hacia largas caminatas con él, hablábamos de cosas sin importancia, reíamos y leíamos el estrafalario correo. El correo de Krishnaji era muy voluminoso. Su secretario en Hollywood lo contestaba, pero las cartas divertidas las apartaba a un lado para mi edificación. Una carta muy chistosa estaba escrita sólo en las márgenes del papel. Afirmaba que ambos, el que escribía y Krishnaji eran "huevos eléctricos" empollados con objeto de salvar este mundo loco. Seguían una serie de sugestiones de cómo hacerlo, incluyendo instrucciones de cómo preparar ciertos alimentos y cuándo comerlos con miras a obtener la iluminación. Esta carta debería haber sido conservada. Solamente un cerebro totalmente revuelto pudo haberla escrito.

Ya en el carro, justamente antes de partir, pensando yo en el tesoro interno que había descubierto en Eerde pero que no había experimentado en Arya Vihara, dije: "Quiero redescubrir algo que primeramente descubrí en Eerde".

Krishnaji estuvo silencioso por un largo rato, durante el cual yo inquietamente pensaba que él podría preguntar qué era lo que yo había experimentado. Pero no lo hizo. Solamente dijo: "Sigue adelante, hazlo"

En estos días un gran acontecimiento ocurrió en Arya Vihara: Rosalind y Rajagopal llegaron a ser los orgullosos padres de una niña. Radha fue el centro de atracción. Krishnamurti fue relegado al fondo de la escena y parecía gozar esto. Se encariñó con Radha, levantándola en toda oportunidad y dándole un beso en la mejilla. Era muy divertido ver a Krishnaji en su nuevo papel de "tío cariñoso". Radha llegó a ser una niña adorable correspondiendo al amor de Krishnaji por ella. Lo llamaba Krinch.

Krishnaji volvió a Europa y a la India. Mis responsabilidades en casa como involuntaria cabeza de la familia aumentaron cuando mi hermano John se fue a Costa Rica. Yo continuaba pensando en "el milagro de Eerde" y con abatimiento me preguntaba si ello se convertiría en sólo un recuerdo el resto de mi vida. Pero la exhortación indirecta de Krishnaji en Arya Vihara: "Sigue adelante. . . hazlo" continuó hurgando en mi interior.

Las colinas de Hollywood, nada más a pocas cuadras al norte de mi casa, todavía no habían sido comercializadas, había tan sólo caminos sucios para llegar a ellas y algunos estrechos senderos nunca hollados que no llevaban a parte alguna. Aun no habían sido estropeadas ni se les había puesto trabas, y estaban llenas de aves canoras y toda clase de pequeña vida silvestre. Podía yo caminar por dondequiera, sentarme silenciosamente por una hora sin tratar de que atraer la experiencia de la visión anterior porque yo sabía que este método no funcionaba, sino nada más tratar de aquietar mi mente inquieta y mis emociones y aprender a estar en paz conmigo mismo. Mis sentidos se agudizaron, oía la melodía de los pájaros de la cual nunca había estado consciente, y veía las curiosas y pequeñas criaturas que me rodeaban y que nunca antes había notado. Muchos días pasaron, pero la presencia que yo anhelaba permanecía como algo extraño y distante.

Una tarde fijé la vista en un gavilán que volaba muy alto, probablemente al acecho de alguna inocente criatura en la tierra. Su vuelo era pura belleza. Recordé cómo, cuando era un niño en nuestras plantaciones de café de Costa Rica, acostumbraba permanecer tumbado de espaldas por largo tiempo observando esos soberbios pájaros volando en círculo lentamente y después, de súbito, caer sobre su descuidada pieza. Pensaba entonces que si uno pudiera volar como ellos, no necesitaría nada más en la vida. Ahora me sentía completamente absorto observando este vuelo perfecto. Cuando de pronto un gozo inesperado e imprevisto sobrecogió mi corazón. ¡Había regresado! ... yo

estaba extático. Dejé que me llevara alto y más alto en rítmicas olas de alegría, pero la altura y la intensidad de ello, de algún modo me hicieron regresar.

Yo sabía que estaba lidiando con una tremenda fuerza, enteramente nueva en mi vida, y aunque me daba cuenta de que debía abandonarme a ella por completo, algo me detenía de rendirme totalmente a ello.

En Eerde nunca hablé a Krishnamurti acerca de esto por razones que ya he explicado pero había siempre el pensamiento confortador de que podría ir a él si me sentía incapaz de manejar por mí mismo la situación. Aquí estaba solo por completo entre el entremezclado follaje de las colinas de Hollywood, entre conejos silvestres, ardillas gigantes y mapaches. ¿Qué sería de mí si momentáneamente perdía el conocimiento? Algunas veces sentí que eso podría realmente ocurrir ¡Aquello era tan potente! mi modo de sentir era que debía proceder cautelosamente, estar bajo "control" (este terrible concepto introducido en uno desde la niñez), antes de permitirme a mí mismo ser inexorablemente barrido dentro de profundidades desconocidas. Me prometí ir un poco más adelante y más profundamente cada día. Nada más importaba.

Desde ese día en adelante arreglé mi trabajo diario de manera de quedar libre de 3 a 4 por la tarde, con objeto de correr a pie al Cañón de Nichols, para subir a mi favorito lugar escondido en las colinas y esperar quietamente el placer de la gozosa Presencia.

Ella venía regularmente ahora, algunas veces tentativa y tímidamente, otras, en una especie de estupenda urgencia, dependiendo de mi habilidad para dejarme ir y para mantener una cierta cualidad de pasiva vitalidad. A veces llegaba en rítmicas olas, cada una más fuerte que la anterior, llevándome más y más alto, o quizá sería más exacto decir que más profundo y más profundo, una fuerza dinámica que a veces sentía casi insoportable, como si otra ola pudiera destrozar algo dentro de mí. En tales ocasiones tendría que salir de su camino principal, como si dijera, no estando ya completamente pasivo a ello, permitiéndole desenvolverse en un "tiempo", una velocidad que yo podría confortablemente manejar.

Una tarde, en mi camino a casa desde las montañas, me sentía tan lleno de esa deslumbrante alegría que todo lo que encontraban mis ojos, ya fuera un ser humano, un animal, un árbol o una roca, me provocaban un torrente de amor. La tierra y el cielo parecían mezclarse exquisitamente en una nueva relación, y mi cuerpo, conforme caminaba a lo largo del estrecho camino, lo sentía poseído de una vitalidad, armonía y equilibrio que nunca había experimentado antes. Mi mente era tranquila y transparente y como un cristal claro. Este era un soberbio recorrido. Y yo sabía que eso era tan natural, genuino y legitimo como la tierra bajo mis pies. Cuando llegué a casa ese día, una amiga de la familia que había venido para la comida, exclamó al verme "¡Miren a Sidney! miren su cara. ¡El debe estar enamorado!" Cuan cierto era lo que ella decía. Pero cuán imposible sería explicarle que esa no era la clase de amor en el que ella pensaba.

¿Qué tenía todo esto que ver con Krishnamurti? -podría usted preguntar. -Todo. A través de su extraordinaria personalidad, él había abierto una puerta dentro de mí que me llevaba a una nueva y excitante dimensión. Eso se había cerrado por un tiempo. Después se había reabierto maravillosamente. Lo que seguía, sin embargo, era impredecible y difícil de manejar, como son todas las experiencias profundamente conmovedoras, "espirituales", cuando no son propiamente entendidas y digeridas, me parece a mí. Usted descubre una excitante pero desconocida dimensión interior de infinitas posibilidades. Su mundo seguro y familiar es retado hasta su fundamento. Usted vuelve atrás para reflexionar y antes de conocerlo, usted ha perdido la verdad vital que al principio lo llevó hasta el umbral. Creo que experiencias de esta naturaleza son una de su clase en la vida de cada persona. Si usted no capta el momento y pasa a través de la abertura mágica que por señas lo ha llamado incuestionablemente sin reservas o vacilaciones, probablemente se cerrará, dejándole, a lo mejore una muy pequeña abertura para recordarle lo que pudo haber sido. La actitud es lo que importa. Mirando hacia atrás, yo admito que mi actitud cerró esa única corazonada que es la única brújula en su enfoque en este mar no cartografiado. Había otros senderos que me tentaban, otros intereses juveniles. La alegría deslumbrante es una amante celosa. Ella tendrá de usted todo o nada. No obstante, la experiencia deja una marca indeleble en la personalidad.

Cuando Krishnaji regresó de la India ese año, lo llamé a Arya Vihara ansioso de verlo, y esperando que en su única manera él pudiera, tal vez encender de nuevo la chispa latente que me había dado vida espiritual, significado y alegría hacia tan sólo un año. El dijo que vendría a Hollywood al día siguiente y me pidió encontrarlo en el bungalow de los cuarteles de la Estrella, en la calle Beachwood, donde yo ya había ido antes para oír una plática suya informal para un grupo de amigos.

Fue maravilloso verlo de nuevo, parecía estar en excelente salud y en el mejor ánimo, riendo con aquella risa espontánea e infantil que era tan deliciosa y contagiosa. Cada vez que oía yo un chiste o anécdota que pensaba que lo divertiría, la guardaba en la mente para contársela en nuestro próximo encuentro, sólo para oír esa risa borbotearte.

Era una tarde soleada y tibia cuando nos sentamos a la sombra de un gran limonero en el patio del bungalow, frente a frente uno del otro. Yo no estaba de humor para chistes de ninguna clase en esta ocasión, y él, según

parecía, estaba muy serio y pensativo. Me preguntó qué era lo que me molestaba. Toda la infelicidad y frustraciones de los pasados meses súbitamente me salieron a borbotones. Tragué saliva y sentí que si decía algo, las lágrimas aparecerían en mis ojos. Por lo tanto me senté silenciosamente frente a él por un largo tiempo. Finalmente yo solté impulsivamente algo sobre la dureza y deshonestidad del mundo de los negocios en el que yo había sido arrojado tras la muerte de mi padre, sin mencionar lo que estaba realmente carcomiéndome: el autoexilio de aquel mundo especial y encantado que él había abierto en mí hacía sólo un año. Imaginé que sabía lo que sería su contestación: que ese mundo estaba aquí y ahora dentro de mí, que yo lo había cubierto con mi propia estupidez y que tendría que descubrirlo otra vez por mí mismo si así lo quería. Palabras, palabras, pensé. Yo deseaba hacer manar esa fuente otra vez por los mismos medios mágicos por los cuales la había experimentado al principio -suavemente, sin es fuerzo, sin declararlo. De esa manera, el asunto más importante permanecía en silencio, sin ser expresado. Precisamente, yo tenía el sentimiento de que él sabía bien lo que me estaba devorando. Hubo otro largo silencio, después él me preguntó acerca del estado de mis finanzas. Le dije que estaba completamente quebrado, añadiendo esto a mis otros problemas. El llamó a Rajagopal, quien estaba dentro de su oficina, y le dijo que extendiera un cheque a mi favor por 500 dólares. Me sentí mortificado, pues nunca hubiera intentando que él me ayudara de sus propios fondos insuficientes. Rajagopal se mostró confundido y vacilante. Por la expresión de su rostro, parece que pensaba que esto era una clase de broma. Krishnaji, sin embargo, dio la orden otra vez con un tono de voz que no dejaba duda de lo que quería decir. Rajagopal volvió adentro. Aunque yo estaba inmensamente agradecido a su generosa oferta, sentí que no debería aceptar el préstamo de Krishnaji porque sabía que lo necesitaba para él mismo, pero hizo a un lado todas mis objeciones e insistió que tomara el dinero. Cuando Rajagopal volvió con el cheque, yo dije que necesitaría algún tiempo para pagarlo. Krishnaji me contestó que tomara todo el tiempo que necesitara. No había prisa. Tomó el cheque de la mano de Rajagopal y me lo dio. Con el cheque en mi bolsa, tomé sus dos manos en la mies y las lágrimas que yo había reprimido toda la tarde forzaron su salida.

La semana siguiente Krishnaji salió para Europa. Dos semanas más tarde Rajagopal por teléfono me pidió el pago inmediato de los 500 dólares. Le recordé que Krishnaji había dicho que podía tomarme algún tiempo para pagar el préstamo. El respondió que Krishnaji nada sabía acerca de los negocios y que él estaba allí para ver que nadie tomara ventaja. Una poderosa ola de cólera me asaltó pero antes de poder decir nada él estaba enviándome saludos para la familia y luego colgó. Yo decidí pedir prestado el dinero a alguien y pagarle inmediatamente. Tom, el verdulero que acostumbraba guiar su pequeño camión desde su granja en el Valle de San Fernando hasta Hollywood, colmado con todos los productos que cosechaba, vino en mi auxilio. El préstamo se pagó.

El recorrido de Krishnamurti a Sudamérica fue planeado para el siguiente año. El y yo habíamos hablado sobre ello a menudo y se entendió que yo debería ir con ellos como una especie de enlace entre él y la prensa. Era una elección lógica y nadie la había puesto en duda. Yo era íntimo amigo de Krishnaji, estaba interiorizado de su enseñanza y hablaba español fluidamente. Pero no tomé en cuenta la gran influencia que Rajagopal ejercía en Krishnamurti sobre los negocios del mundo. El dirigiría el recorrido y decidió que Byron Casselberry quien había tomado lecciones de español, los acompañara. Me sentí grandemente desengañado aunque no muy sorprendido. Sabía que yo no era gente de Rajagopal. Nunca lo había sido.

El viaje fue un gran desencanto para Krishnaji. Aunque habló en Chile, Uruguay, Brasil y Argentina, él sentía que en esos países no había suficiente preparación para oír sus pláticas y que dar una, dos o tres conferencias en cada ciudad que visitaba, no era bastante para captar sus enseñanzas. En la América Central y las Indias Occidentales el viaje fue cancelado. En julio 3 de 1935 Krishnaji escribió a mi hermana, Sra. Edith Field Povedano, quien era la representante en Costa Rica del Fideicomiso de la Estrella y encargada de los asuntos del viaje proyectado, como sigue:

"Querida Sra. Povedano:

Conozco su buena voluntad en haber preparado y arreglado todo para nuestra visita. Algunos de ustedes, estoy seguro deben haber hecho muchos sacrificios para arreglar todo para nuestra visita a su país. Sabiendo todo esto, y la gran frustración que será esto para usted, he decidido, después de mucha consideración no visitar los piases de la América Central y de las Indias Occidentales: (Cuba, República Dominicana y Puerto Rico) durante este viaje. Por favor no piense que esto fue una fantasía pasajera o una decisión por fatiga; sino que después de muy cuidadosa deliberación he llegado a esta conclusión. Conozco mucho su buena voluntad y sé que muchos de ustedes se sentirán muy desilusionados, pero si puedo pedirle, por favor trate de comprender la razón de este súbito cambio al posponer mi visita. Esta corta visita a Sud América me ha convencido de que es completamente fútil dar una o dos pláticas en cada lugar; y siento que aunque haya permanecido en algunos países varias semanas, habrá muy poca comprensión de lo que yo digo.

Por tanto, siento verdaderamente que sería malgastar su dinero y mi energía en visitar su país meramente por una o dos semanas aunque esto pueda ser una gran frustración. Estoy seguro de que usted apreciará por qué he llegado a esta decisión... Por supuesto, esto no quiere decir que no vaya a su país en el futuro. . .

Si puedo sugerir, antes de que yo visite su país, debe haber una preparación por la distribución del material escrito de mis recientes pláticas, para cuando yo vaya, lo que diga no sea enteramente nuevo y extraño".

Una preparación por medio de la distribución de sus pláticas traducidas era lo que se había hecho en Costa Rica durante dos años anteriores. Una de sus pláticas traducidas aparecía cada domingo en el suplemento literario de "La Tribuna" el principal periódico de Costa Rica entonces. Cada envío de sus libros era rápidamente vendido y había grandes discusiones de grupo en San José, capital del país. A estos grupos asistían muchos profesionales, intelectuales, artistas. En ninguna parte más en Latino América habían sido tan grandemente difundidas sus enseñanzas. Un Comité que trabajaba duro, de amigos devotos, había estado laborando por muchos meses para asegurar que sus palabras llegaran a la mayor parte de la gente. Ellos sentían que esta situación (de trabajo y difusión) en Costa Rica justificaba plenamente la visita allí de Krishnamurti. Yo estaba enteramente de acuerdo con ellos. Su amargo desencanto por la cancelación del viaje era incomprensible. En su opinión Krishnamurti había sido muy mal aconsejado.

Cuando el barco de Krishnaji llegó a Puntarenas, puerto del Pacífico en Costa Rica, en su camino hacia Estados Unidos, una gran delegación acudió al puerto, a 80 millas por tren desde San José, para encontrarlo. Esto al menos, no se les quitaría. Mi hermano John estaba entre ellos, así como mi hermana Edith quien había sido la organizadora nacional de la Orden de la Estrella de Oriente en Costa Rica por muchos años antes de su disolución. Krishnaji había anunciado de antemano que él no daría entrevistas a bordo del barco, pero un joven reportero novato, esperanzadamente había ido con los demás porque su patrón le había dicho que si él no conseguía la entrevista perdería su trabajo. John esperó hasta que todos los demás visitantes habían desembarcado y Krishnaji ya había dormido su siesta. Entonces John lo arrinconó y le explicó el dilema del reportero. Krishnaji inmediatamente concedió la entrevista citando a mi hermano y al reportero para una cerveza helada. Abstemio toda su vida, él por supuesto no la tomó.

IV

Las pláticas y discusiones anuales de primavera en el Robledal hablan seguido ininterrumpidamente por casi diez años, cuando me llegó como un choque, que la excitación apasionada por mi autodescubrimiento no jugaba ya una parte importante en mi vida. Me senté como enmohecido porque había llegado a un punto de saturación en los niveles verbal e intelectual de las enseñanzas de Krishnaji y necesitaba un respiro por algún tiempo. Por lo tanto llevaba a mi familia a el Robledal y después quietamente desaparecía en las montañas más allá de la arboleda hasta que todo se perdía de vista (apenas si podía oír el distante eco de la voz de Krishnaji) hasta que yo bajaba para recogerlos en un lugar convenido. En una de estas ocasiones me encontré con Krishnaji quien salía del Oak Grove con algunos amigos. Uno de ellos, una señora amiga mía me dijo: "¿No fue ésta una plática maravillosa?"

-"No lo sé -dije- no la oí". Contesté a su asombrada mirada volviéndome hacia Krishnaji. -"Estoy atravesando por una etapa, Krishnaji, en la que simplemente no puedo escuchar otra plática".

-Krishnaji rió. "¡Gracias a Dios por eso!" disparo su respuesta.

Antes de salir para Europa ese año, Krishnaji me pidió ir a almorzar en Arya Vihara. Después de su siesta de la tarde, él, Rajagopal y yo nos dirigimos a Matilija Hot Springs en el Valle, a donde Rajagopal quería ir para tomar un baño sulfuroso caliente para su artritis.

Nos pusieron en tres bañeras separadas llenas con el agua caliente y con un olor fuerte a sulfuro, a las que dividían en pequeños cubículos unos tabiques de madera. Además de cada bañera había una mesa pequeña con grandes vasos llenos de picante agua sulfurosa. Se suponía que era muy buena, muy purificadora, nos dijo el encargado. Yo tomé el vaso y olí el contenido. Instantáneamente decidí que era mejor no purificarme y lo regresé a la mesa. Rajagopal nos dijo que tuvo la misma reacción. Pero Krishnaji, siempre intentando descubrir algo nuevo, tomó un buen trago. Soñolientamente relajado y en parte adormecido por los vapores del sulfuro fui súbitamente sobresaltado por un terrible eructo en el cubículo de Krishnaji. "¿Está usted bien, Krishnaji?" -lo llame.

-"Acabo de tragar un poco de esta agua sucia" -me llegó su voz.

Todos reímos mucho a propósito de esto pero decidimos guardarlo para nosotros, porque historias como ésta tienen una forma de crecer en substancia y detalle hasta proporciones irreconocibles. Krishnaji, sin embargo, repitió la historia varias veces esa tarde a causa de su aliento sulfuroso.

El tema de la educación, siempre cerca del corazón de Krishnaji, era un asunto de vívida discusión en Arya Vihara años antes de que se formara la escuela del Happy Valley. Rosalind había reunido un pequeño grupo de estudiantes de primer año aquí, cuyos padres compartían los puntos de vista de Krishnaji sobre educación y consideraban un privilegio tener a sus hijos asistiendo a la escuela bajo el mismo techo de Krishnaji, aún cuando él conviviera con ellos solamente tres o cuatro meses durante el año. De cualquier manera su presencia se esparció y pareció ser el alma del pequeño grupo, dándoles guía moral y espiritual sin imponer reglas y regulaciones estrictas. La hija de Rosalind, Radha, su sobrino David Weideman y un encantador muchacho Sureño, Jimmy Schloss, quien años después se convirtió en el esposo de Radha, formaban el núcleo embrión del cuerpo estudiantil. Krishnaji tuvo un acierto especial para relacionarse con cada uno de los adolescentes, en un relajado espíritu de diálogo, el cual se revelaba por sí mismo en una cálida camaradería entre ellos y él. El jugaba los juegos con ellos, les ayudaba en sus tareas domésticas y salía a caminar en su compañía.

Recuerdo una vez cuando Krishnaji estuvo enfermo durante ese tiempo y estaba confinado a su cuarto, cuán interesados se mostraron todos acerca de él, observando estricto silencio durante sus períodos de descanso, siempre dispuestos a llevarle personalmente sus alimentos a su habitación. Yo los conocí a todos muy bien porque Rosalind a menudo me pedía ir a recibir a algunos de los nuevos al aeropuerto de Los Ángeles para llevarlos hasta Arya Vihara.

Cuando el grupo llegó a la adolescencia el proceso educativo se volvió más complejo y exigente. Fue en este punto cuando se decidió empezar a regularizar la escuela, la escuela del Happy Valley, con Krishnaji y su enseñanza como luz que la guiara. El terreno se compró, se erigieron los edificios, se contrataron maestros. Guido Ferrando, un distinguido educador, fue nombrado director y durante algún tiempo, bajo su sabia y sensitiva dirección, todo eso prosperó. Pero no duró mucho. Ferrando se salió de allí o fue forzado a hacerlo, y eventualmente a Krishnaji mismo lo hicieron a un lado. El ha dicho con sus propias palabras, “La escuela se deslizó entre nuestras manos”. Rosalind Rajagopal la tomó por su cuenta.

La escuela llegó inevitablemente a reflejar la personalidad de su nuevo director: un buen recolector de fondos y eficiente administrador, pero carente totalmente de la única cualidad esencial de un buen educador: -la habilidad de llegar más allá de las materias escolares para tocar el corazón del estudiante. Con tales auspicios al principio, no es de sorprender que la escuela llevada por su propio moméntum, se elevara por un tiempo sobre el promedio de la enseñanza de tales instituciones educativas. Eventualmente, sin embargo, la única cualidad de la experimentación con los nuevos valores y los enfoques educativos, surgida bajo la prometedora semilla de Arya Vihara, dio paso a las viejas y cristalizadas actitudes establecidas y a los valores implementados por un personal el cual, excepto por dos o tres de sus miembros, era incompetente y mediocre.

Krishnaji estaba en Ojai cuando se declaró la Guerra en Europa, en septiembre de 1939. En los meses que siguieron él había expresado sus fuertes puntos de vista en contra de la guerra ante grandes reuniones de público simpatizante durante sus pláticas en el Oak Grove. Pero con el fin de la guerra fría, la invasión de Flandes y la caída de Francia, Inglaterra bajo acoso, permaneció sola para luchar contra Hitler. Aunque no formalmente en guerra todavía, este país estaba rápidamente convirtiéndose en un beligerante con todos sus intentos y propósitos. Bajo el programa de Préstamo y Arriendo, una flotilla de barcos “libres” recorría el Océano Atlántico bajo la escolta naval de Estados Unidos para mantener abierta la peligrosa línea vital para Inglaterra. La crítica de la guerra y el disentir se había endurecido prácticamente. Todos estaban nerviosos. Yo tenía a mi cargo el Consulado de Costa Rica en los Ángeles en ese tiempo y personalmente sabía que el F.B.I. estaba sobre la pista de los “subversivos”, esto es: cualquiera que expresara puntos de vista en oposición al baño de sangre que se avecinaba.

Fue bajo esta nube de la histeria de la guerra contra la cual Krishnamurti hablaba en sus series del Oak Grove a fines de mayo de 1940.

Yo me preocupaba y me preguntaba si bajo las inusitadas circunstancias él suavizaría sus comentarios antibélicos No lo hizo. Expresó sus puntos de vista tan clara y francamente como si la guerra no existiera. “Este asesinato masivo este crimen llamado guerra -y matar a otro es el mayor de los delitos”. Desarmaba a los interlocutores hostiles con una quieta y hasta gentil manera de recordarles que su problema no era con la persona que disentía, sino con su propia innata hostilidad: “La guerra dentro de ustedes, -seguía diciendo- es la guerra en la que ustedes deberían interesarse, y no la guerra externa”. Mucha gente salía hablando encolerizada y duramente y a veces con insultos para él. Otros, de entre el público pro-Krishnamurti, replicaban en términos igualmente duros, hasta el punto que yo esperaba se desatara una ruidosa pendencia. Krishnaji permanecía calmado y recogido durante todo este tiempo, esperando silenciosamente hasta que la perturbación terminara.

Parado bajo la rama de un roble, yo admiraba su sangre fría en esas retadoras circunstancias, y me preguntaba si los oficiales que lo estaban viendo terminarían con sus pláticas. Los hombres del Servicio Secreto, uno de ellos conocido mío, estaban entre el público. Yo estaba seguro de que a ellos no les parecía bien lo que estaban oyendo. Sin suavizar sus ataques en alguna forma, Krishnaji terminó sus pláticas programadas en el Oak Grove sin ningún desfavorable incidente, dando la última en Julio 14, que fue la última conferencia pública, que daría en este país, o

en cualquiera otro durante toda la duración de la guerra. El estaba muy cansado después de años de continuos viajes y pláticas, y pensó que este sería un buen tiempo para tomar un largo descanso.

De esta manera, Arya Vihara fue su residencia permanente por los largos años de la guerra, aunque él visitaba amigos en California y fuera del Estado, incluyendo varios viajes a la península de Monterrey para visitar a su amigo Robinson Jeffers, el gran poeta de Carmel. Precisamente yo acababa de leer su poema épico "Querido Judas", y había hablado entusiastamente a Krishnamurti sobre ello. En él, Jeffers hacía una pintura de Jesús tan emotiva, tan humana y compasiva que casi me convirtió en cristiano. Krishnaji prometió leerlo. Sabiendo que Jeffers era un recluso y un hombre muy aislado pregunté a Krishnaji, tras una de sus visitas a él, qué habían hecho y de qué habían hablado. Krishnaji contestó: "Fuimos a dar un largo paseo por los bosques y no dijimos una sola palabra".

-El teléfono sonó. Era Krishnaji llamándome desde Ojai. Quería saber si podíamos hospedar a Koos van der Leenw. Explicó que el visitante había llegado inesperadamente y ellos tenían la casa llena en Arya Vihara. Le dije que con mucho gusto lo alojaríamos aunque él probablemente dormiría algo incómodo ya que no teníamos una cama suficientemente larga para él. Krishnaji se rió y dijo: -"A Koos no le importará, ya está acostumbrado a eso", observó.

Al día siguiente el alto y calvo filósofo Holandés llegó a nuestra casa en Hollywood usando un traje de boy scout, camisa kaki y pantalones cortos que lo hacían aparecer infinitamente alto. Me disculpé por la medida de la cama. Con su buen natural él dijo que había un clima tibio y que a él no le importaba dormir con sus pies fuera de la cama. Al día siguiente lo llevé a Santa Bárbara donde él permaneció por unas pocas semanas. Quería estar cerca de Ojai para ver a Krishnaji. No sé si él reprendió a Krishnamurti por la broma de la pasta de dientes en Eerde. El hecho es que él no lo olvidaría y no le hizo ninguna gracia. "Krishnaji será un gran maestro cuando madure" -me dijo en el camino a Santa Bárbara.

Algunas semanas después él estaba de regreso en Hollywood. Quería comprar un aeroplano al que pilotaría para hacer una gira de pláticas por Africa, que había planeado. Lo lleve a Lockheed Aircraft, cuyo Presidente. Rolare Gross era amigo mío. Koos escogió un pulido modelo bimotor y en mi presencia, dio a Gross un cheque por 80 mil dólares. El aeroplano voló a Holanda, donde Koos tomó posesión de él. Se embarcó para su gira de pláticas en Africa, como lo planeara y, a su regreso a Holanda chocó en Kenya y se mató.

Más tarde, en 1941, Krishnaji enfrentó el problema de conseguir una extensión de su permiso para permanecer en este país.

Normalmente esto hubiera sido un asunto fácil: él había conseguido extensiones previas sin dificultad. Pero ahora era diferente. No era un secreto que ciertos elementos en el Departamento de Migración estaban opuestos a ello, sin duda influenciados por informes que contenían crítica proporcionados por los hombres del Servicio Secreto, quienes lo habían estado observando bajo los árboles en el Robledal el año anterior, escuchando sus puntos de vista anti-bélicos. Krishnaji y yo habíamos hablado acerca de esto por teléfono. Amigos de él en Washington D.C., presionaron a los oficiales de Migración para conseguir la extensión, aunque ellos eludieron el punto.

Finalmente dijeron que querían un cierto affidavit firmado por personas que vivieran en la comunidad. Personalmente yo estaba clasificado en cero en la comunidad; pero era un hecho que era Cónsul de Costa Rica en los Ángeles, con jurisdicción sobre cinco estados del Oeste, una posición importante en un mundo transformado por la guerra, y mucha gente se impresionaba por las etiquetas. Krishnaji pensó que mi firma en el affidavit bajo tales circunstancias ayudaría. Así, felizmente, lo firmé. Esos documentos oficiales eran fríos e impersonales y el peligro tan alto, que decidí escribir directamente a las autoridades de Inmigración. Me sentí muy torpe escribiendo una "recomendación", para Krishnaji. Era ridícula tal ironía. pero de alguna manera se conectaba con un mundo tan desbarajustado. De todos modos Krishnaji se alegró de esto y por tanto yo la envié.

El resultado, es decir la extensión, estaba garantizada. Por tanto en Ojai su estancia estaba asegurada por el tiempo de ésta.

2123 North Beachwood Drive
Hollywood, Ca.
Nov. 13 1941

Querido Sidney:

Como mi permiso para permanecer en este país expira en febrero 7, de 1942 me han sugerido que recoja algunos affidavits para enviarlos a las autoridades de Inmigración; por tanto espero que a usted no le importe que le escriba pidiéndole si bondadosamente podría firmar los affidavits incluidos; pero si por alguna razón cualquiera siente que no debe hacerlo, yo lo comprenderé.

Estos affidavits tienen que ser enviados a las autoridades de Inmigración y ellos piden que el status de cada persona sea plenamente explicado. Por "status" ellos quieren decir ocupación o profesión, y sus demás datos en general.

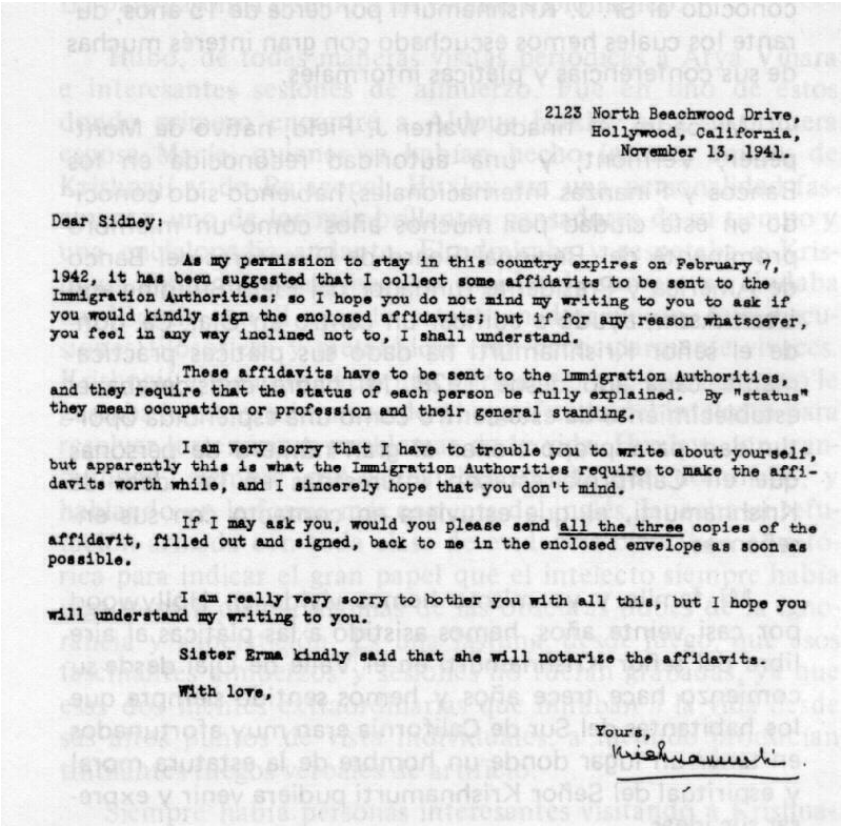
Me da mucha pena tener que molestarlo que escriba acerca de usted mismo, pero aparentemente esto es lo que las autoridades de Inmigración requieren para hacer válidos los affidavits, y sinceramente espero que usted no tenga inconveniente en hacerlo.

Si puedo pedirle por favor enviarme las tres copias de los affidavits llenas y firmadas y me los regrese en el sobre adjunto tan pronto como sea posible.

Realmente estoy muy apenado por molestarlo con todo esto, pero espero que usted comprenderá mis motivos para hacerlo. Sister Erma bondadosamente dijo que ella los llevará al Notario.

Afectuosamente.

KRISHNAMURTI



2123 North Beachwood Drive,
Hollywood, California,
November 13, 1941.

Dear Sidney:

As my permission to stay in this country expires on February 7, 1942, it has been suggested that I collect some affidavits to be sent to the Immigration Authorities; so I hope you do not mind my writing to you to ask if you would kindly sign the enclosed affidavits; but if for any reason whatsoever, you feel in any way inclined not to, I shall understand.

These affidavits have to be sent to the Immigration Authorities, and they require that the status of each person be fully explained. By "status" they mean occupation or profession and their general standing.

I am very sorry that I have to trouble you to write about yourself, but apparently this is what the Immigration Authorities require to make the affidavits worth while, and I sincerely hope that you don't mind.

If I may ask you, would you please send all the three copies of the affidavit, filled out and signed, back to me in the enclosed envelope as soon as possible.

I am really very sorry to bother you with all this, but I hope you will understand my writing to you.

Sister Erma kindly said that she will notarize the affidavits.

With love,

Yours,
Krishnamurti

Noviembre 18, 1941

A LAS AUTORIDADES DE INMIGRACION:

Ha sido mi buena fortuna y la de mi familia haber conocido al Sr. J. Krishnamurti por cerca de 15 años, durante los cuales hemos escuchado con gran interés muchas de sus conferencias y pláticas informales.

Mi padre, el finado Walter J. Field, nativo de Montpelier, Vermont, y una autoridad reconocida en los Bancos y Finanzas internacionales, habiendo sido conocido en esta ciudad por muchos años como un miembro prominente del Regional Board de Directores del Banco de América y Presidente fundador del Field Building and Loan Assn., ayudó a edificar un centro en Ojai, Ca., donde el señor Krishnamurti ha dado sus pláticas prácticamente cada año desde 1928. Mi padre consideraba el establecimiento de este centro como una espléndida oportunidad para proporcionar al gran número de personas que en California estaban interesadas en las ideas de Krishnamurti, el que estuviera en contacto con sus enseñanzas.

Mi familia y yo mismo hemos vivido en Hollywood por casi veinte años, hemos asistido a las pláticas al aire libre del señor Krishnamurti en el Valle de Ojai desde su comienzo hace trece años y hemos sentido siempre que los habitantes del Sur de California eran muy afortunados en tener un lugar donde un hombre de la estatura moral y espiritual del Señor Krishnamurti pudiera venir y expresar sus ideas.

Atentamente.

Sidney T. Field
CONSUL DE COSTA RICA.

Los frecuentes viajes a Arya Vihara disminuyeron durante los años de la guerra. El trabajo del Consulado, además de escribir asuntos colaterales, me tenían muy ocupado y el agudo racionamiento de gasolina me impedía manejar, a pesar del hecho de que yo era capaz de conseguir cupones extra para gasolina debido a mi status diplomático.

Hubo, de todas maneras visitas periódicas a Arya Vihara e interesantes sesiones de almuerzo. Fue en uno de éstos donde primero encontré a Aldous Huxley y a su primera esposa María, quienes se habían hecho íntimos amigos de Krishnaji y de Rajagopal. Huxley era una personalidad fascinante, uno de los más brillantes pensadores de su tiempo y una enciclopedia andante. El admiraba y respetaba a Krishnaji como un gran maestro espiritual, aunque no dudaba en discutir con él cuando estaba en desacuerdo. Sus discusiones filosóficas y metafísicas eran particularmente vivaces. Krishnaji a menudo hacia una afirmación que barría, como le gustaba hacerlo, minimizando el significado del intelecto para resolver los enormes problemas de la vida. Huxley, con tranquilidad, siempre con la palabra exacta que dominaba, y hablando en la forma más correcta del inglés, lanzaba su refutación armada con toda clase de evidencia científica e histórica para indicar el gran papel que el intelecto siempre había jugado para disipar algunas de las obscuras nubes de la ignorancia y superstición. Es una lástima, desde luego, que esos fascinantes almuerzos y sesiones no fueran grabadas, ya que esas dos mentes extraordinarias que miraban a la vida desde sus altos puntos de vista individuales, a menudo producían titilantes fuegos verbales de artificio.

Siempre había personas interesantes visitando a Krishnaji en Arya Vihara durante su larga residencia en los tiempos de la guerra. Entre ellos estaba la actriz vienesa Luisa Rainer, quien nunca profesó algún interés particular por las ideas de Krishnaji aunque lo admiraba y pensaba que con su extraordinaria presencia y personalidad podría ser un actor sensacional. Su interés especial en Arya Vihara era Rosalind. Las dos habían hecho una amistad estrecha. Aunque no era hermosa, según los cánones de Hollywood, ella tenía una cálida vivacidad un instinto despierto para avanzar en su carrera. Su amistad conmigo inevitablemente caía sobre los chismes de Hollywood. Aunque tenía un aspecto no romántico y muy práctico ¡gasolina! porque en mi posición consular tenía más cupones que ella y podía llevarla en mi coche a Arya Vihara cuando ella había acabado su dotación. Y por lo contrario cuando a mi se me había terminado el propio suplemento y sentía necesidad de ir a Ojai para ver a Krishnaji, la persuadía de comprar cupones en el mercado negro a precios de inflación con un contacto que solamente trataba con miembros del cuerpo Consular. Era este un magnífico arreglo: ella tenía el dinero y yo tenía las conexiones.

Hacia el final de la guerra mis viajes a Ojai fueron más frecuentes y no motivados sólo por Krishnamurti. Me había casado con una joven actriz inglesa, Daphne Moore, quien recientemente había llegado a Ojai con otros miembros del Chekov Theater Group of Connecticut donde fundaron el “Ojai Valley Players” bajo la dirección de Iris Tree.

Cuando le dije a Krishnaji que me había casado, pareció algo sorprendido, lo que no era raro considerando que él nunca había tenido una gran opinión del matrimonio. No obstante, él me deseó suerte, pero el consenso de opinión en Arya Vihara fue que esto no funcionaría, y así fue; pero yo estaba determinado a probar que estaban equivocados. Justamente en esos días había salido del Consulado de Costa Rica debido a un cambio de gobierno en aquel país, y había tomado un empleo como escritor en los Estudios de Walt Disney, viajando de ida y vuelta entre Ojai y Burbank hasta que pude encontrar un apartamento en Ojai. Era una exhaustiva forma de vivir.

A Krishnaji le simpatizaba la excéntrica e inconvencional Iris Tree y asistía a algunas de las representaciones del “Ojai Valley Players” en el alto Ojai. Ella había sido una actriz prominente en el Teatro en Inglés y conocía mucha gente del medio teatral. Su modesta casa, a corta distancia de Arya Vihara, se convirtió en la meca para visitas de celebridades de Hollywood. Charlie Chaplin, Greta Garbo, Yul Brynner, Angela Lansbury, John Huston y muchos otros. Confesaban profesar un gran interés en las ideas de Krishnaji pero yo sentía que lo que ellos buscaban era refrescar sus enormes egos con la enseñanza, porque se mantenían a una conveniente distancia de él. Una excepción fue el director de películas, Rubén Mamoulian que había dirigido varias de las películas de Greta Garbo. Yo lo conocía desde antes en Hollywood y él me preguntó si le podía arreglar una entrevista con Krishnaji. Así lo hice.

Nos sentamos en el prado atrás de Arya Vihara, Krishnaji, Mamoulian, Rosalind y yo. Mamoulian nos dijo que él acababa de leer un libro acerca de la Guerra Civil, e inmediatamente se engolfó en su tema favorito: “La violencia en algunos casos está justificada”.

-“Usted no cree en la esclavitud, ¿no es así?” -preguntó a Krishnaji.

-“No, no creo en ella”.

-¿Habría usted tomado las armas si ese hubiera sido el único camino para libertar a los esclavos americanos?, ¿o se hubiera usted rehusado a hacer cualquier cosa violenta y sumarse así a la causa de la esclavitud?

“No puedo contestar a una pregunta hipotética y abstracta con una declaración positiva” -respondió Krishnaji. Mi respuesta a cualquier pregunta relativa a la conducta debe provenir de un momento viviente al cual la pregunta esté relacionada. De otra manera ello es solamente un juego intelectual”.

La discusión continuó por algún tiempo con Mamoulian insistiendo en su juego intelectual y Krishnaji sosteniendo su punto de vista. Durante todo esto, Mamoulian fumaba su grande y oloroso puro, contaminando por completo la atmósfera. Krishnaji, siempre el perfecto anfitrión, sufrió la molestia sin ninguna queja. En su casa, algunos años después, el director de películas me preguntó cual de los libros de Krishnaji le convendría leer. Yo mencioné “Liberarse de lo Conocido” se lo mandé. Desde entonces nunca he vuelto a saber de él. Contrastando con esto, recientemente di el mismo libro la uno de mis delincuentes juveniles quien estaba comenzando a inquirir sobre los valores morales. Pocos días después el chico me escribió desde su lugar de confinamiento resumiendo toda su reacción sobre el libro con una sola palabra. “Comencé a leer Liberarse de lo Conocido ¡WOW!”

No es difícil comprender por qué Krishnaji se sale de su camino para llegar a la más joven generación.

La bien conocida controversia con Rajagopal no surgió súbitamente. Se había estado tramando desde hacia algún tiempo causando mucho malestar a Krishnaji a pesar de sus genuinos y repetidos esfuerzos para poner el asunto en términos amigables.

En el otoño de 1966, cuando él vino a Ojai para las pláticas en El Robledal, se hospedó en su cabaña de Arya Vihara. Lo llamé allí para hacer una cita para verlo. Alain Naudé, quien había sido de mucha ayuda para Krishnaji en Saanen, contestó el teléfono. Le expliqué que yo era un viejo amigo de Krishnaji y quería verlo. No llamó a Krishnaji al teléfono y sus modales fueron reservados y abruptos. Le di mi número de teléfono y le pedí que por favor le dijera a Krishnaji que me llamara cuando le fuera conveniente. Nunca tuve una llamada de alguno de ellos. Así, pensé que nada más esperaría para verlo después de alguna de las pláticas en El Robledal. Pero esto no fue fácil este año. Una inusitada multitud lo cercaba después de la plática. El parecía sentirse a disgusto con ellos y rápidamente se retiraba y entraba en su carro. Una vez yo corrí hacia él cuando era conducido fuera de El Robledal. Nos saludamos uno al otro levantando la mano y yo pensé, bueno, esto será por este año.

Al llegar a la última plática, no obstante, él corrió hacia mi hermano John y le dijo que me dijera que lo fuera a ver a Arya Vihara por la tarde de cierto día. Rápidamente a las dos de la tarde del día señalado llegue a Arya Vihara. Había 8 o 10 personas en la sala, todos viejos amigos de él. Alain Naudé vino para anunciar que Krishnaji se presentaría pronto. Naudé vino seguido por Mrs. Mary Zimbalist, quien encantó a los presentes. Después de una larga espera Krishnaji apareció. Se veía incómodo y enfermo, un sentimiento que persistió durante toda la visita. Nunca lo había visto de este modo. Había muy poco del calor y vibración que uno siempre asociaba con él. Estaba distante, incomunicativo. Después de media hora de charla social, se paró y nos despidió. Yo volví a casa esa tarde con un gran sentimiento de tristeza. La expresión del rostro de Krishnaji y su manera de ser me mostraban claramente que su estancia en Arya Vihara este año había sido una gran prueba para él.

Unos cuantos días después de nuestra visita él salió para Nueva York y nunca volvió a su vieja casa de Ojai hasta después de la decisión de la Corte sobre Rajagopal, cuando la propiedad le fue devuelta vía la Fundación Krishnamurti.

Antes del regreso de Krishnamurti a Ojai yo había oído una grabación hecha por un amigo mutuo, Albert Blackburn, en Saanen, Suiza, en 1968, de una conversación con Krishnaji en la cual éste suplicaba a Rajagopal llegar a una amigable resolución en su controversia. La actitud de Krishnaji era enteramente conciliadora. Estaba perfectamente claro que todo el asunto era extremadamente insatisfactorio y penoso para él y que aunque estaba firme en su resolución de separarse de Rajagopal y de su control en la Krishnamurti Writings, Inc., estaba aun más ansioso de hacerlo sin ninguna alharaca y sin recurrir a medios legales.

Conociendo algunos de los factores que llevaron a la ruptura final, pensé que la paciencia y actitud amistosa de Krishnaji hacia Rajagopal eran verdaderamente notables. Este último, sin embargo no consintió en escuchar el cassette, aun cuando Albert Blackburn me dijo que repetidamente le había pedido a Rajagopal hacerlo. Aún más sorprendente, fue la actitud de algunos amigos de Rajagopal en Ojai, quienes también rehusaron escuchar esta reveladora grabación, en la cual Krishnaji presentó su caso por primera vez. Rajagopal inexorable en su rechazo a ponerse de acuerdo con las peticiones de Krishnamurti, y en justa imparcialidad dijo que él tenía unas buenas bases para su posición. El sostendría que Krishnaji le había dado a él derechos de autor de todas sus propiedades literarias y por tanto no estaba obligado a responder a cualquier pregunta relacionada con la controversia. Esto es verdad. Krishnaji, totalmente despreocupado de los asuntos mundanos, había firmado un documento en Poome, India, en 1957, a este respecto:

“Yo, por este documento doy la propiedad de todos mis escritos anteriores a esta fecha así como la de todos los que sigan a partir de ella a la Krishnamurti Writings Inc., de Ojai, California, USA; Londres, Inglaterra y Madrás, India.

Además, autorizo a Mr. D. Rajagopal, Presidente de la Krishnamurti Writings, Inc. para hacer cualquier arreglo que sea necesario con respecto a la publicación de todos los libros y artículos que yo he escrito o pueda

escribir. El tiene mi completa autorización para hacer contratos o arreglos en mi nombre o autorizar contratos que sean hechos en mi nombre relacionados con la publicación de mis escritos.

Este documento se hace por duplicado y de buena fe.

Más tarde Krishnaji dándose cuenta del error que había cometido en esto, hizo que su abogado llevara el asunto a la Corte, la que declaró nulo y sin valor el arreglo sobre los derechos de autor dado a Rajagopal.

Rajagopal, no obstante, rehusó aceptar esta decisión.

Aumentó la tensión entre Krishnamurti y Rajagopal, que este último se rehusó a aceptar a Krishnaji como miembro del Consejo de Directores de la Krishnamurti Writings, Inc. después de que Krishnamurti previamente había abandonado esta posición.

Poco tiempo después del incidente de la grabación, yo recibí una carta de siete páginas del finado James Vigeveno, quien vivía en Ojai. Este caballero, que era un hombre de mucho éxito en el negocio de artículos de arte y que asimismo había sido muy devoto de Krishnaji, ahora salía con una ultrajante explosión contra su anterior ídolo. La carta a que me refiero fue enviada por correo a todas las personas que figuraban en la lista de corresponsales de la Krishnamurti Writings, Inc.

Citaré solamente ciertos párrafos de esa carta abusiva y repetitiva. Una apropiada respuesta a ella requeriría todo un libro, así como una completa transcripción del largo periodo del litigio que siguió hasta terminar la controversia Krishnamurti-Rajagopal.

Ojai, Cal., Julio de 1969

A MIS AMIGOS Y A TODOS AQUELLOS QUE HAN SIDO HERIDOS

Desde 1927, hacen ahora cuarenta y dos años, cuando por primera vez encontré a Krishnamurti, siempre he sido su gran admirador y amigo y he estado desde entonces profundamente interesado en sus enseñanzas. Durante estos años yo he trabajo mucho para él, he sido administrador y posteriormente Vicepresidente de la Krishnamurti Writings, Inc. hasta el final de 1966. . . Pero hacia 1960 las cosas empezaron a cambiar.

La tensión se volvió más y más fuerte y un rompimiento abierto entre Krishnamurti y Rajagopal fue proclamado en todo el mundo; Krishnamurti, que nunca había querido tener que ver con organizaciones, ahora las dirigía personalmente, con la ayuda de Mr. Naude. También hizo a un lado a los representantes de la Krishnamurti Writings, Inc. en todo el mundo y naturalmente todos aceptaron el nuevo estado de cosas: una organización llamada “La Fundación Krishnamurti”.

En octubre 31 de 1968, Krishnamurti me llamó por teléfono y me dijo:

“Yo no quiero hablar a solas con Rajagopal, quiero reunirme con los miembros de la Krishnamurti Writings, Inc. Rajagopal y usted. De no ser así, yo estoy fuera del asunto. Si no nos reunimos antes del 3 de noviembre, los abogados se harán cargo del asunto. Quiero que en la reunión estén presentes: Rajagopal y los miembros del Consejo, y a mí me acompañarán Mrs. Zimbalist, Mr. Naudé y Mr. y Mrs. Lilliefelt. Pero en ninguna circunstancia me reuniré con Rajagopal solo”.

Después de esta conversación yo hablé con Rajagopal. Rajagopal desistió de su insistencia de hablar a solas con Krishnaji y accedió a enviar el siguiente telegrama a Krishnamurti el 2 de noviembre de 1968:

“En respuesta a su deseo de hablar con los directores de la Krishnamurti Writings, Inc., yo puedo arreglar una reunión entre usted personalmente y los Directores de la Krishnamurti Writings, Inc. en su oficina de Besant Road. Por favor infórmenos de la fecha y la hora que desee, a su regreso de Claremont, cuando más de los miembros puedan estar disponibles. Firmado James Vigeveno”.

El 5 de noviembre recibí la siguiente respuesta:

“Siento mucho que Rajagopal y los Directores rehusen mi proposición para reunirnos todos nosotros. Yo no asistiré solo a una reunión. El asunto está ahora fuera de mis manos. Krishnamurti”.

. . .James Vigeveno

El resto de la carta contiene una serie de acusaciones sin base, distorsiones y verdades a medias, todo lo cual no tiene caso citar en este libro.

Conozco a Krishnamurti desde mi niñez y me he dado cuenta de su relación con Rajagopal y de la extraordinaria generosidad, consideración, lealtad y verdad con las que Krishnamurti siempre lo ha tratado, me sentí ultrajado por la ridícula e insultante manera en que Vigeveno defendía a Rajagopal.

Pero, ya es bastante sobre la explosión de Vigeveno.

Mi contestación a su carta, es colérica también, pero mirando hacia atrás en las circunstancias, pienso que está plenamente justificada.

1533 North Orange Grove
Hollywood, Ca. 90046
Agosto 16, 1969

Sr. James Vigeveno
Besant Road
Ojai, California

Querido señor Vigeveno:

Acuso recibo de su carta "A MIS AMIGOS Y A TODOS AQUELLOS QUE SE HAN SENTIDO HERIDOS":

"Durante los pasados diez años Krishnamurti ha pedido repetidamente al Sr. Rajagopal, Presidente de la Krishnamurti Writings Inc. le informe y le consulte sobre su actuación y negocios. El Sr. Rajagopal se ha rehusado constantemente a hacerlo y ha negado a Krishnamurti el acceso a sus propios manuscritos y archivos en la Krishnamurti Writings. Además, Krishnamurti ha sabido recientemente que a través de estos años se han hecho cambios en la Krishnamurti Writings Inc. excluyéndolo a él de toda opinión en sus negocios. Krishnamurti trató muchas veces de llevar los asuntos amigablemente con el Sr. Rajagopal y otros miembros de la Dirección de la Krishnamurti Writings, pero no tuvo respuesta. . . El dinero dado a la Krishnamurti Writings para su trabajo a la fecha está incluido en esa organización y no está a su disposición".

Esto, como indudablemente a usted le consta, es una cita de una declaración de Krishnamurti publicada en el Boletín de Verano de la Fundación Krishnamurti. Esta es la clave de la controversia Krishnamurti-Rajagopal.

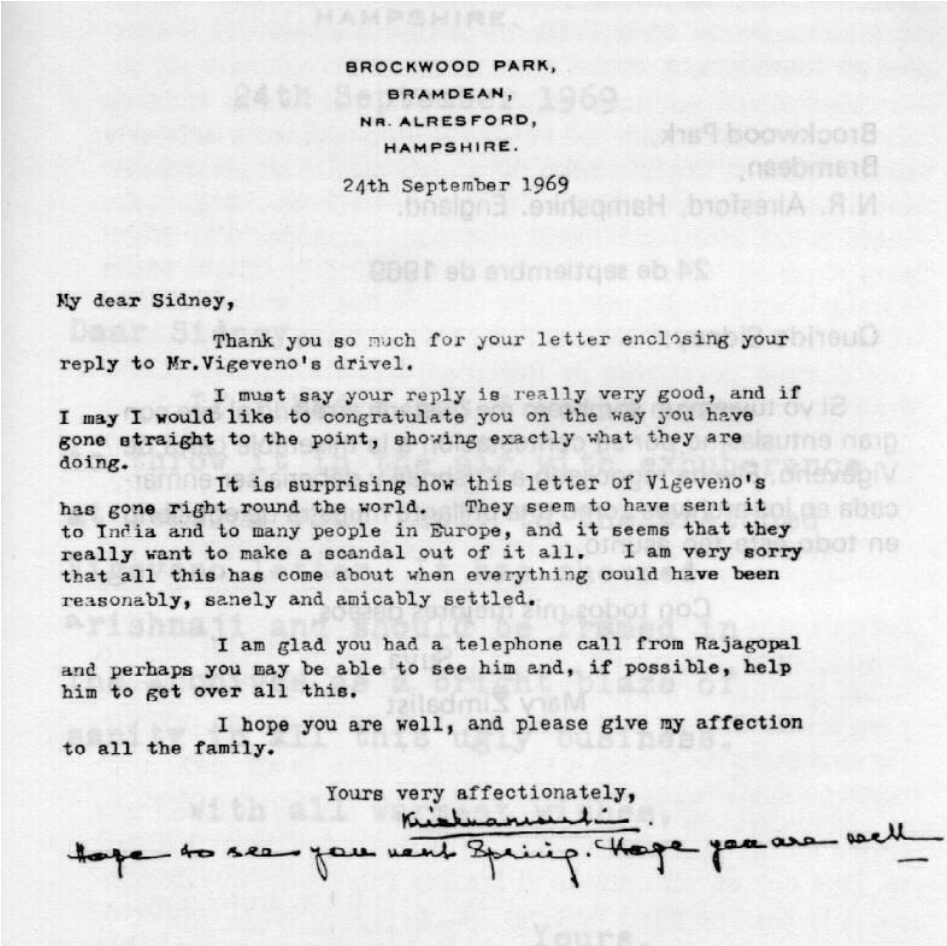
Así pues, siendo lo ya dicho en el párrafo anterior el meollo de la situación, todos hemos esperado una declaración oficial de su grupo, en lugar de eso nos hemos encontrado con su "white paper". En este extenso documento usted evadió cuidadosamente el punto central y llenó siete largas páginas con un ataque insultante a la persona de Krishnamurti mismo. No creo que este enfoque pueda ayudar a su causa.

Sinceramente suyo
Sidney Field

Pocos días después de ser enviada al correo esta carta, recibí una llamada telefónica de Rajagopal desde Ojai. Parecía ser que Vigeveno, que era su vecino llegó muy trastornado a él llevándole mi carta, queriendo saber por qué Rajagopal pensaba que yo alguna vez podría convertirme a su causa. Excitado, Rajagopal empezó por decirme que Vigeveno, "ese fino e inteligente caballero" que siempre se había considerado mi amigo, estaba terriblemente herido por las cosas que yo había dicho, añadiendo que lo menos que yo podía hacer en estas circunstancias, era llamarlo inmediatamente o escribirle disculpándome. Rajagopal apelaba a nuestra vieja amistad para detener mi juicio hasta que él pudiera explicar el asunto.

"Todo esto es un malentendido" -dijo Rajagopal. "Yo amo a Krishnaji y también lo ama James Vigeveno".

“¿Es esta carta la manera en que usted y Vigeveno expresan su amor a Krishnamurti?” La contestación fue pedirme ir a verlo, para que él pudiera decirme toda la verdad y explicarme todas las cosas.



BROCKWOOD PARK,
BRAMDEAN,
NR. ALRESFORD,
HAMPSHIRE.

24th September 1969

My dear Sidney,

Thank you so much for your letter enclosing your reply to Mr.Vigeveno's drivel.

I must say your reply is really very good, and if I may I would like to congratulate you on the way you have gone straight to the point, showing exactly what they are doing.

It is surprising how this letter of Vigeveno's has gone right round the world. They seem to have sent it to India and to many people in Europe, and it seems that they really want to make a scandal out of it all. I am very sorry that all this has come about when everything could have been reasonably, sanely and amicably settled.

I am glad you had a telephone call from Rajagopal and perhaps you may be able to see him and, if possible, help him to get over all this.

I hope you are well, and please give my affection to all the family.

Yours very affectionately,
Krishnamurti.
Hope to see you next Spring. Hope you are well

-“Yo iré mañana en la mañana” -le dije.

-“Déme una semana de tiempo -respondió Rajagopal-. Tengo que prepararme”.

¿Quién necesita una semana para explicar a un viejo amigo la seria ruptura de sus cuarenta años de relación con Krishnaji? Este fue el final de nuestra conversación.

Los amigos que habían leído mi carta a Vigeveno me sugirieron enviar una copia de ella a Krishnaji, quien estaba entonces en Brockwood. Así lo hice.

Un par de semanas más tarde recibí la respuesta de Krishnaji y también una carta de Mary Zimbalist, miembro de la Fundación Krishnamurti de América, quien estaba en la escuela de Brockwood con él en ese tiempo.

Brockwood Park,
Brandean,
N.R. Alresford, Hampshire. England.

24 de septiembre, 1969

Mí querido Sidney:

Muchas gracias por su carta incluyendo su respuesta a la bobería de Mr. Vigeveno.

Debo decir que su respuesta es realmente muy buena, y si puedo hacerlo, me gustaría felicitarlo por la forma en que ha ido usted directamente al punto, mostrando exactamente todo lo que ellos están haciendo.

Es sorprendente cómo esta carta de Vigeveno ha circulado alrededor del mundo. Parece que ellos la han enviado a la India y a muchas personas en Europa, y eso significa que realmente quieren hacer un escándalo de todo ello. Me apena mucho que todo esto haya sucedido cuando todas las cosas pudieron haber sido arregladas de una manera razonable, sana y amigable.

Me alegro que usted haya tenido una llamada telefónica de Rajagopal y tal vez usted pueda verlo y si es posible ayudarlo a recapacitar sobre todo esto.

Espero que esté usted bien y por favor de le mis recuerdos a toda la familia.

Suyo muy afectuosamente,
Krishnamurti

P.D. -Espero verlo en la próxima primavera. Espero se encuentre bien.

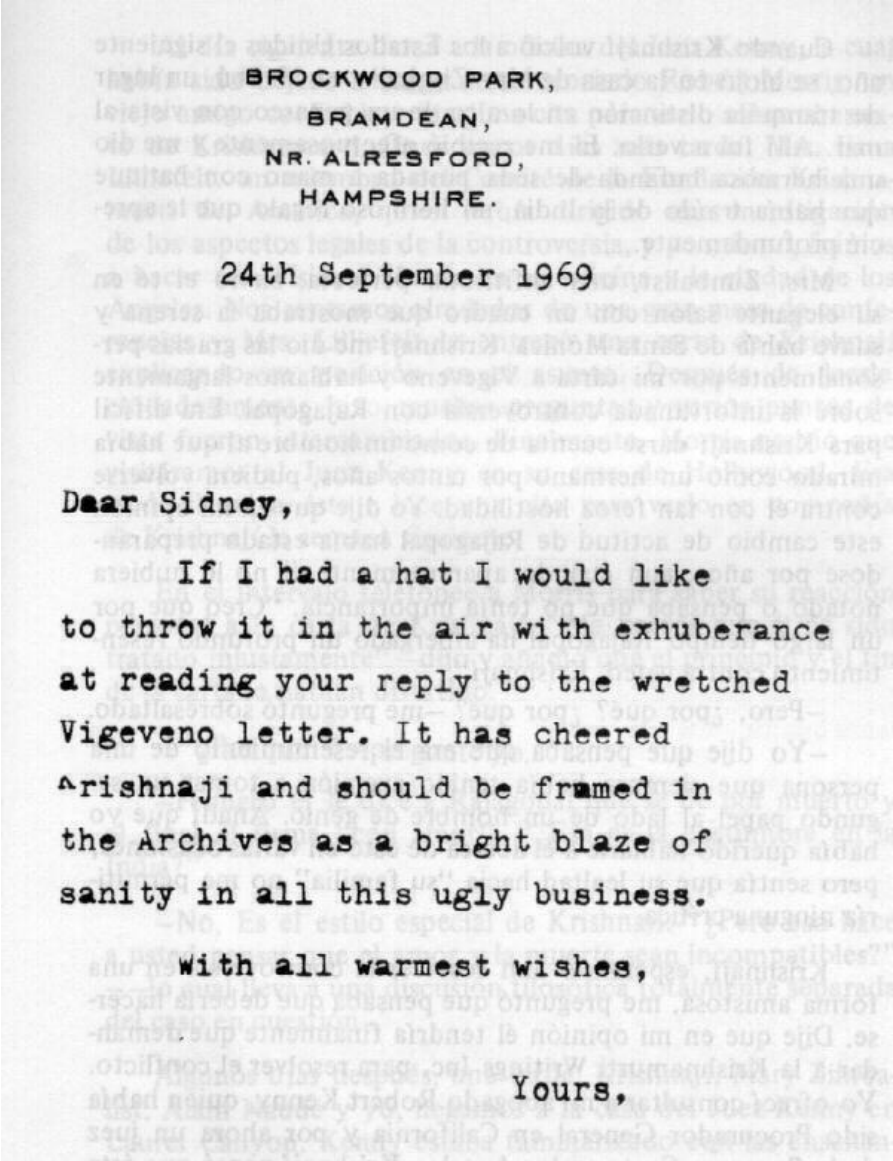
Brockwood Park,
Brandean,
N.R. Alresford, Hampshire. England.

24 de septiembre, 1969

Querido Sidney:

Si yo tuviera un sombrero me gustarla arrojarlo al aire con gran entusiasmo por su contestación a la miserable carta de Vigeveno. Ella ha regocijado a Krishnaji y debería ser enmarcada en los archivos como una brillante muestra de equilibrio en todo este feo asunto.

Con todos mis mejores deseos,
Suya,
Mary Zimbalist



BROCKWOOD PARK,
BRAMDEAN,
NR. ALRESFORD,
HAMPSHIRE.

24th September 1969

Dear Sidney,

If I had a hat I would like to throw it in the air with exhuberance at reading your reply to the wretched Vigeveno letter. It has cheered Krishnaji and should be framed in the Archives as a bright blaze of sanity in all this ugly business.

With all warmest wishes,

Yours,

Cuando Krishnaji volvió a los Estados Unidos el siguiente año, se alojó en la casa de Mrs. Zimbalist en Malibú, un lugar de tranquila distinción en lo alto de un peñasco con vista al mar. Allí fui a verlo. El me recibió afectuosamente y me dio una hermosa bufanda de seda pintada a mano con batique que había traído de la India, un hermoso regalo que le aprecié profundamente

Mrs. Zimbalist, una anfitriona perfecta, sirvió el té en su elegante salón con un cuadro que mostraba la serena y suave bahía de Santa Mónica. Krishnaji me dio las gracias personalmente por mi carta a Vigeveno y hablamos largamente sobre la infortunada controversia con Rajagopal. Era difícil para Krishnaji darse cuenta de cómo un hombre al que había mirado como un hermano por tantos años, pudiera volverse contra él con tan feroz hostilidad. Yo dije que en mi opinión este cambio de actitud de Rajagopal había estado preparándose por años, aun cuando aparentemente él no lo hubiera notado o pensaba que no tenía importancia. “Creo que por un largo tiempo Rajagopal ha albergado un profundo resentimiento contra usted, Krishnaji”.

-Pero, ¿por qué?, ¿por qué? -me preguntó sobresaltado.

-Yo dije que pensaba que era el resentimiento de una persona que siempre había tenido aversión a tomar un segundo papel al lado de un hombre de genio. Añadí que yo había querido hablarle a él acerca de esto en varias ocasiones, pero sentía que su lealtad hacia “su familia” no me permitiría ninguna crítica.

Krishnaji, esperando aun resolver la controversia en una forma amistosa, me preguntó que pensaba que debería hacerse. Dije que en mi opinión él tendría finalmente que demandar a la Krishnamurti Writings Inc. para resolver el conflicto. Yo ofrecí consultar a mi abogado Robert Kenny, quien había sido Procurador General en California y por ahora un juez de la Suprema Corte en los Ángeles. Krishnaji pensó que ésta era una buena idea y acordamos que yo haría una cita con el Juez de la Suprema Corte en los Ángeles y se lo comunicaría.

Al día siguiente llamé a la oficina del Juez Kenny, la cual había sido dejada a cargo de su asociado Robert Morris, un viejo amigo confiable e hice una cita para verlo sobre el asunto de Krishnamurti. Unos pocos días más tarde, Mrs. Ema Lilliefelt un miembro del Comité de la Fundación Krishnamurti de América, quién había dirigido una investigación de los aspectos legales de la controversia, y yo mismo, fuimos a hacer una visita a Morris en su oficina a la ciudad de los Ángeles. Nos sentamos alrededor de una gran mesa de conferencias y Mrs. Lilliefelt le

entregó una carta de Krishnaji explicando su posición en el asunto. Después de leerle cuidadosamente hizo muchas preguntas y varios puntos de vista fueron intercambiados. Finalmente, Morris sugirió que visitáramos al Juez Kenny en su casa de Hollywood. Esa tarde llamé a éste e hice una cita para verlo en compañía de Krishnaji la semana siguiente.

En el intervalo telefonee a Morris para saber su reacción personal a la carta de Krishnaji. “Me parece que él ha sido tratado injustamente” -dijo y añadió que el principio y el fin de la carta lo habían divertido.

-“¿Por qué?” -pregunté yo.

-Primero él le dice a Rajagopal que se de por muerto y al final él firma “con amor”. “¿Esa es la costumbre en la India?”

-No. Es el estilo especial de Krishnaji. “¿Pero eso hace a usted pensar que el amor y la muerte sean incompatibles?” -lo cual lleva a una discusión filosófica totalmente separada del caso en cuestión.

Algunos días después. una tarde, Krishnaji, Mary Zimbalist. Alain Naudé y yo, llegamos a la casa del Juez Kenny en Laurel Canyon. Kenny estaba familiarizado con las enseñanzas de Krishnaji y fue para él un placer encontrarse con él. Después de haber sido enterado de toda la situación, su opinión legal fue que Krishnaji, o la Fundación Krishnamurti de América tenía amplia base para instituir procedimientos legales contra la Krishnamurti Writings Inc. pero que tomaría tiempo antes de llegar a una audiencia, tal vez dos años Krishnamurti se sobresaltó al oír esto, añadiendo que la erección de una escuela en Ojai para implementar sus enseñanzas y su concepto de la educación, tenía la más alta prioridad, pero él no podría seguir adelante con esto porque los fondos y las propiedades que los amigos le habían donado a él a través de los años, para propagar su enseñanza como él lo creyera conveniente, se veían obstruidos por la Krishnamurti Writings Inc. Kenny respondió enfatizando la necesidad de entablar un proceso desde luego. Explicó que la ley da al defendido el derecho de mantenerse posponiendo una audiencia sobre diferentes bases poniendo reparos, en terminología legal, los cuales pueden demorar una resolución legal por años.

Krishnaji estaba impresionado por la erudición y encanto personal de Kenny y lamentaba que a causa de su posición como Juez de la Suprema Corte no pudiera encargarse del caso. Conforme se presentaban las cosas, los abogados de Mary Zimbalist tomaron el caso a su cargo el cual se demoró a causa de numerosos reparos por parte del defendido ¡durante cuatro años!

Por este tiempo, el verano de 1969, Krishnaji había publicado en el BOLETIN órgano oficial de la Fundación Krishnamurti de América, una declaración respecto a su rompimiento con Rajagopal:

DECLARACION DE KRISHNAMURTI

Muchas personas han escrito expresando su interés acerca de la disolución de la Krishnamurti Writings Inc. y preguntando por qué había sucedido esto.

Krishnamurti siente que el público debería ser informado, ya que ellos, por los pasados cuarenta años respaldaron este trabajo e hicieron substanciosas contribuciones a la Krishnamurti Writings Inc., a este respecto.

Durante los pasados diez años, Krishnamurti ha pedido repetidamente al Sr. Rajagopal, Presidente de la Krishnamurti Writings Inc., le informe y consulte acerca de su política y negocios. El Sr. Rajagopal constantemente ha rehusado hacer esto y ha negado a Krishnamurti el acceso a sus propios manuscritos y archivos en la Krishnamurti Writings Inc. Además, Krishnamurti ha sabido recientemente que a través de los años se han hecho cambios en la Krishnamurti Writings Inc. excluyéndolo a él de toda voz y voto en estos asuntos. Krishnamurti trató muchas veces de arreglar el asunto amigablemente con el Sr. Rajagopal y los miembros del Comité de la Krishnamurti Writings Inc. aunque inútilmente.

El siente mucho que haya sido necesario solicitar fondos una vez más, pero el dinero dado a la Krishnamurti Writings Inc. para su trabajo está por ahora detenido en esa organización y no está a su disposición.

Todas las precauciones han sido tomadas en la Fundación Krishnamurti en Inglaterra y la Fundación Krishnamurti de América para asegurar que un problema similar jamás ocurra en el futuro.

V

Durante los años del litigio vi a Krishnaji a menudo, a veces una vez a la semana en la casa de la señora Mary Zimbalist en Malibú donde él pasaba varios meses del año descansando y preparándose para sus conferencias públicas en Santa Mónica y más tarde en Ojai.

Después de informarme acerca de la última maniobra legal de Rajagopal para posponer la audiencia, y de reiterarme su deseo de llevar el asunto amigablemente, caminábamos por un estrecho sendero pedregoso hacia los arrecifes de la playa, vagábamos descansadamente a lo largo de la playa conforme el océano se tragaba el sol resplandeciente dando al cielo tonalidad de esplendor flamígero.

Yo siempre me divertía mirando cómo Krishnaji jugaba con las olas que lamían la orilla, como un niño, permitiendo que una ola rodara rápidamente hacia nosotros, perder fuerza en la rompiente y volverse a una distancia de unas cuantas pulgadas de sus pies que él brincaba en esa forma. El encontraba un verdadero placer en esto. Yo trataba de imitar su pequeño juego, pero no siendo tan rápido y ligero como él, generalmente fracasaba en moverme lo suficientemente rápido y era mojado. Una vez, sin embargo, Krishnaji mismo fue de plano cogido por una gran ola mientras su atención fue momentáneamente dirigida hacia un perro amigo de él, según dijo, quien vino saltando felizmente a saludarlo. Empapado de la cabeza a los pies se reía con ganas y continuamos nuestro juego de evitar las olas, hasta que nos detuvimos como siempre por una cadena amarrada a una cerca prohibiendo la entrada, puesta por una casa grande en la orilla del agua, forzando a aquellos que tenían el derecho legal a lo largo de una playa no obstruida a tener que entrar en el agua y nadar para pasar al otro lado. Krishnaji siempre se sentía disgustado al toparse con estos ilegales y arrogantes procederes, violando los derechos de los ciudadanos y nos preguntábamos cuánto habrían pagado estos ricos y probablemente políticamente importantes propietarios "por debajo de la mesa" para obtener que las cosas siguieran así.

Yo nunca lo molesté con problemas personales en estos paseos informales por la playa. Me parecía que era suficiente estar con él, caminando en silencio, jugando a saltar las olas riendo por alguna cosa trivial o haciendo alusión casual acerca de un crepúsculo espectacular, o sobre los pequeños pajaritos zancudos escurriéndose sobre la arena mojada, o las gaviotas dando vueltas y volando en círculos llamándose unas a otras, o el repentino y sonoro choque de una oleada contra una roca negra, dejando a ésta envuelta en un remolino de chorreante espuma, o la vista de una blanca vela en la distancia. Eran unos atardeceres maravillosos, de simple y quieto deleite, de comunión sin palabras entre uno y otro y con el ambiente. Podía yo comprender bien cómo Robinson Jeffers caminó con él por una hora en los bosques de la península de Monterrey sin decir una sola palabra.

Mi hermano John murió en los primeros días de enero de 1972. Esto fue completamente inesperado y un gran choque para mí. El conoció a Krishnaji durante tanto tiempo como yo y muchas veces lo divirtió con sus historias y aventuras personales. Krishnaji acababa de llegar de Europa y estaba viviendo en Malubú en la casa de Mrs. Zimbalist. Le telefoneé para darle las tristes nuevas diciéndole que deseaba verlo. El me invitó que viniera al día siguiente a almorzar con él. Me dio sus condolencias muy afectuosamente. A la hora de la mesa fui directamente al punto: "¿Sobreviviría John a su muerte corporal en alguna forma más sutil? Sí o no". Hubo un momento de silencio. -"Mi sentir corporal -agregué- es que él está al lado mío precisamente ahora".

-"Por supuesto que él está precisamente aquí al lado de usted" -dijo Krishnaji-. "El está muy cerca de usted y continuará estándolo por algún tiempo".

Dos horas después todavía estábamos sobre el asunto de la muerte y el más allá. El se refirió a que la parte de la personalidad que sobrevive a la muerte del cuerpo es como un eco en lugar de un cuerpo astral, como los teósofos le llamaban, el eco de la persona que vivió sobre la tierra, dependiendo la duración de su vida en el otro lado, de la fuerza de su personalidad individual en la tierra. "El eco de la doctora Besant por ejemplo -dijo él- durará por largo tiempo puesto que ella tenía una muy fuerte personalidad".

-"Su punto de vista aquí es muy similar al de los teósofos" dije.

-"Con una importante diferencia" -dijo él- "No hay substancia permanente que sobreviva a la muerte del cuerpo. Ya sea que el ego dure un año, diez años o un millón de años. Finalmente tiene que terminar".

La conversación fue una de las más reveladoras e iluminadoras que nunca había tenido con Krishnaji, o algo que yo le hubiera oído sobre este asunto de la muerte y la supervivencia.

Al terminar esto, Mrs. Zimbalist hizo notar que era una lástima no haber grabado esta conversación, ya que aguijoneado por mi insistente preguntar e indagar y ayudado por la simpatía de Mrs. Zimbalist Krishnaji había explorado lo que para nosotros era una nueva dimensión, sobre este fascinante tema.

Krishnaji tiene una extraordinaria capacidad para recordar, cuando él quiere hacer uso de este don, y unos pocos días después, urgido por Mrs. Zimbalist: él, Alain Naudé y Mrs. Zimbalist recrearon toda la conversación que fue grabada, con Naudé preguntando a Krishnaji esencialmente las mismas preguntas que yo había hecho. Esto se hizo en un ambiente mucho más quieto, naturalmente, y siendo las preguntas de Naudé más frías e intelectuales. Ellas no tenían la urgencia y la fuerte emoción de mi enfoque, porque yo estaba herido en aquella ocasión. De todas maneras, me sentí fascinado cuando oí la grabación. Esta no había sido publicada aún, pero aquellos pocos que la habían oído han señalado su fuerte impacto. Krishnaji me ha dado permiso para publicarla en conexión con este breve trabajo y aparecerá en el apéndice.

Algunos meses más tarde, Rajagopal y el Comité de directores de la KWINC demandaron a Krishnamurti, a la Fundación Krishnamurti de América y sus Directores, reclamando que estaban interviniendo con los derechos de Rajagopal para publicar las enseñanzas de Krishnamurti como había sido convenido. Era evidente que Rajagopal no tenía intención de manejar el asunto amigablemente.

Los abogados de la Fundación Krishnamurti presionaron para una inmediata audiencia, pero Rajagopal, por medio de sus abogados, se mantuvo posponiéndola, lo cual desconcertó a todos los que nos habíamos imaginado al

principio de esta infortunada situación, que él estaría de lo más ansioso por aclarar él mismo los cargos que habían sido hechos en su contra y tan pronto como fuera posible.

Durante los años 1973-74 vi a Krishnamurti en promedio como tres veces al mes cuando él vivía en la casa de Mrs. Zimbalist en Malibú. Generalmente llegaba en las últimas horas de la tarde, y dábamos un largo paseo por la playa o subíamos a las montañas que había detrás de la residencia de Mrs. Zimbalist, en la vecindad de la recién terminada Universidad de Pepperdine, cuya arquitectura de barracas de un color café sucio, no era admirada por Krishnaji. "No deberían haberlas hecho tan feas -dijo él mientras se había detenido para contemplarlas. ¡El triunfo de la mediocridad!"

Nos detuvimos por un momento para observar la escuadra de football en la práctica de primavera. El los observó con gran interés por un momento, después se volvió a mi y exclamó: "¡Imbéciles educados!" Siguió comentando tristemente la enorme cantidad de dinero gastada anualmente para que resulten estas mediocridades.

Hablamos de la India. Los amigos en los Estados Unidos y en la India, eran conscientes de que él siempre decía lo que pensaba sin importarle las consecuencias, se le había advertido no visitar la India por las crecientes reglas represivas respecto a los que disentían y a cualquiera que se atreviera a criticar la política de Indira Ghandi. Krishnaji lo hizo de todos modos después de que Mrs. Ghandi quien era una amiga personal desde hacía muchos años le aseguró que no sería interferido respecto a lo que él expusiera. Y a partir de ese año Mrs. Ghandi había hecho el anuncio de que empezaría a haber elecciones libres en todo el país.

Yo pregunté a Krishnamurti qué era lo que había hecho que se efectuara un cambio súbito en las leyes dictatoriales de Mrs. Ghandi. -"Las masas continúan empobreciéndose mientras los pocos se vuelven más ricos" -contestó él. -"Hay corrupción en todos los niveles del gobierno. La India está en mala forma".

-"¿Vio usted a Mrs. Ghandi esta vez?"

-"Sí, tuve una larga conversación con ella".

-"¿Tuvo su conversación algo que ver con la decisión de tener elecciones libres?"

-Krishnaji pensó por largo rato, con una leve sonrisa en su rostro. Después dijo: "Tal vez".

A Krishnaji siempre le divirtió la manera en que la gente de todo el mundo está continuamente llevada por sus llamados líderes. El ciego conduciendo al ciego. Yo no estaba enteramente de acuerdo con él entonces. Ciertamente algunas personas eran mucho más peligrosas que otras, argüí, reflexionando que yo pensaba que era esencial tratar de crear una atmósfera en la Sociedad donde la inteligencia tuviera alguna oportunidad de funcionar, independientemente de que la gente fuera libre en el sentido que Krishnamurti le da a la palabra. El estuvo de acuerdo conmigo en este punto, diciendo que mientras lo realmente importante era librarse a sí mismo de todo condicionamiento, usted no se queda atrás sin hacer nada tan solo porque no está interiormente libre.

Entonces me preguntó si yo estaba aun entre el personal del Centro Consultivo de California del Sur del Dr. Ben Weininger. El conecta bien al Dr. Weininger y a menudo había hablado con él sobre el valor de la Psicoterapia, el cual generalmente empequeñecía, aunque admitiendo que justamente el hablar con alguien sobre su problema, a menudo ayudaba.

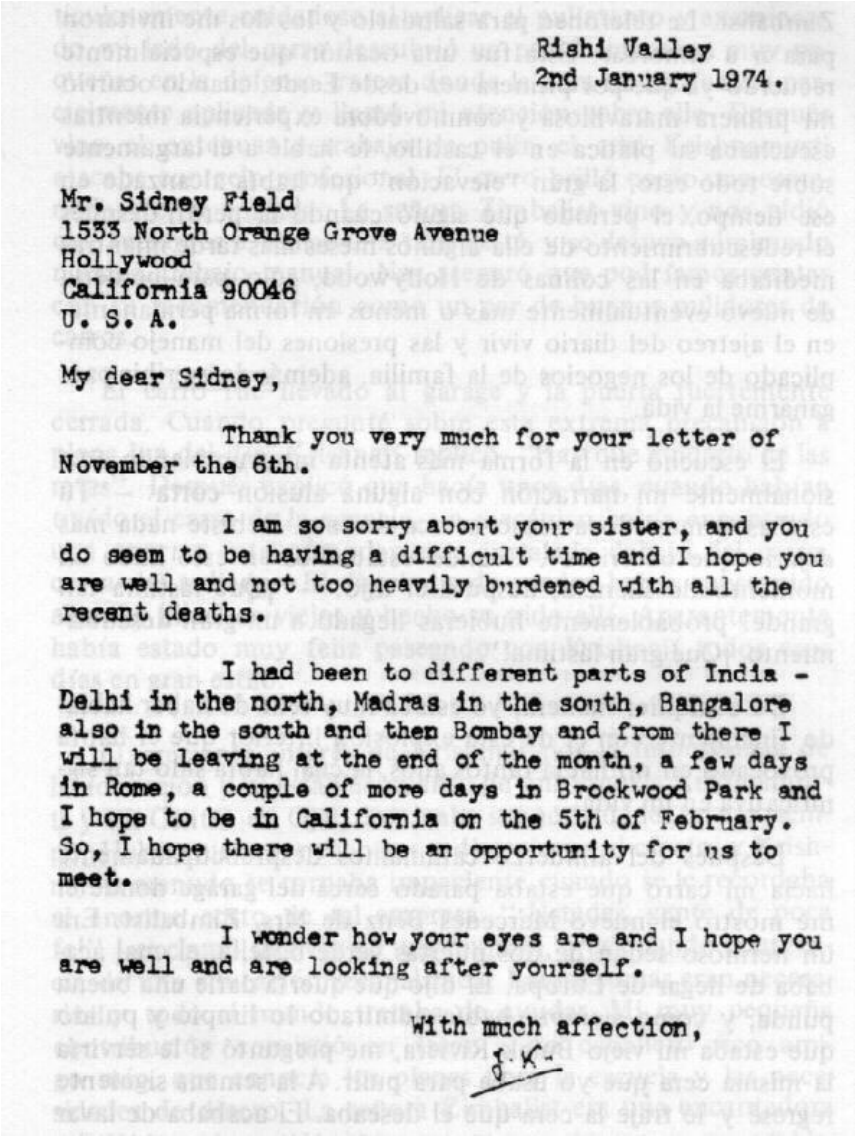
"Sí, aun estoy en ese Centro oficialmente", -dije, aunque estoy ahora en el grupo más candente, con un manojo de adolescentes rebeldes y coléricos en el Salón Juvenil".

-"¿Usted los aconseja? -preguntó.

-"La mayoría de las veces los escucho. Ellos han sido aconsejados tantas veces y se les ha hablado sobre su vida, pero pocas veces ha habido alguno que realmente los escuche".

Krishnaji no negó el valor de esta clase de terapia aunque tan sólo como ayuda temporal. El habla de una transformación radical del individuo como la única verdadera y permanente psicoterapia y me recordó una historia que me había contado hacía algunos años de un hombre que él curó de una enfermedad física, y quien más tarde terminó en la cárcel.

Seguimos caminando rápidamente hacia abajo para llegar a la casa, cuando Krishnaji abruptamente se detuvo a la mitad de la calle, se agachó y recogió algo debajo de sus pies. Lo sostuvo gentilmente en su mano y me lo mostró, era un insecto, y siguió dándole una seria plática sobre los peligros de tenderse en una calle donde los camiones van y vienen. Cruzó la calle y lo depositó sano y salvo entre unas flores silvestres que estaban a la orilla. Al pasar por las pulidas rejas que guardaban el colegio Krishnaji lanzó una rápida mirada en su dirección y dijo: "La educación es la clave de todo esto, ... pero no de esta clase". Después él habló de las escuelas que había fundado hacía muchos años en Rishi Valley y en el Norte de la India, la escuela en Brockwood Park en Inglaterra, la escuela que quería edificar en Ojai. Este asunto lo llenaba de entusiasmo. Veía en la educación la clave para una gran transformación de la sociedad.



Rishi Valley
2nd January 1974.

Mr. Sidney Field
1533 North Orange Grove Avenue
Hollywood
California 90046
U. S. A.

My dear Sidney,

Thank you very much for your letter of November the 6th.

I am so sorry about your sister, and you do seem to be having a difficult time and I hope you are well and not too heavily burdened with all the recent deaths.

I had been to different parts of India - Delhi in the north, Madras in the south, Bangalore also in the south and then Bombay and from there I will be leaving at the end of the month, a few days in Rome, a couple of more days in Brockwood Park and I hope to be in California on the 5th of February. So, I hope there will be an opportunity for us to meet.

I wonder how your eyes are and I hope you are well and are looking after yourself.

With much affection,
J.K.

Yo sabía que Krishnaji tenía un inusitado poder de curación cuando quería usarlo, aunque le desagradaba hablar de eso, y cuando volvimos a casa le pedí si podía ayudarme con mis ojos que estaban terriblemente irritados debido principalmente, pienso yo, por el pesado smog que a menudo cubre a los Ángeles. Inmediatamente accedió a mi petición y me pidió me sentara en una silla dura y él se paró detrás de mí, sus manos colocadas sobre mis ojos por un minuto o así, después las dirigió hacia mi frente y mi cabeza, repitiendo este procedimiento por diez o quince minutos. Después de eso mis ojos se sintieron maravillosamente frescos y claros y yo con una deliciosa sensación de bienestar y paz interior. Krishnaji fue de lo más generoso con este tratamiento de curación por magnetismo cuando estuve en Malibú y me imaginé que mis ojos nunca me volverían a molestar, pero durante su larga estancia fuera del país, el smog, la tensión y presión de la vida de la ciudad, más largas horas escribiendo por la noche, los afectarían de nuevo hasta su regreso.

Hacia el final de 1973 murió mi hermana Flora. Krishnaji la conoció muy bien. Ella era su gran admiradora. Le escribí acerca de ello y rápidamente me contestó y me preguntó sobre mis ojos.

Rishi Valley, 2 de enero de 1974

Señor Sidney Field
1533 North Orange Grove Ave.
HOLLYWOOD CA. 90046
USA

Mí querido Sidney:

Muchas gracias por tu carta de noviembre 6.

Estoy muy triste por tu hermana y debes de haber tenido un tiempo difícil, espero que estés bien y no demasiado agobiado por todas las muertes recientes.

Yo he estado en diferentes partes de la India, Delhi en el norte, Madrás en el Sur, Bangalore también al Sur y después Bombay y desde allí saldré al final del mes para estar unos pocos días en Roma, un par de días más en Brockwood Park, y espero estar en California para el 5 de febrero.

Espero que allí tendremos una oportunidad de vernos.

He estado pensando cómo estarán tus ojos, espero que estés bien y que te cuides.

Con mucho afecto.
J.K.

En febrero Krishnaji regresó a Malibú a la casa de Mrs. Zimbalist. Le telefoneé para saludarlo y los dos me invitaron para ir a almorzar. Esta fue una ocasión que especialmente recuerdo ya que por primera vez desde Eerde,

cuando ocurrió mi primera maravillosa y conmovedora experiencia mientras escuchaba su plática en el castillo, le hablé a él largamente sobre todo esto, la gran "elevación" que había alcanzado en ese tiempo, el periodo que siguió cuando la perdí, después el redescubrimiento de ella algunos meses más tarde mientras meditaba en las colinas de Hollywood, sólo para perderla de nuevo eventualmente más o menos en forma permanente en el ajetreo del diario vivir y las presiones del manejo complicado de los negocios de la familia, además de escribir para ganarme la vida.

El escuchó en la forma más atenta interrumpiendo ocasionalmente mi narración con alguna alusión corta. -"Tú estabas demasiado animoso acerca de esto. Debiste nada más dejarlo que ocurriera". Cuando estábamos en esto hubo un momento de silencio, después él dijo: -"¡Qué lástima tan grande! probablemente hubieras llegado a un gran descubrimiento ¡Qué gran lástima!"

De cualquier manera, yo estaba muy feliz de haber hablado finalmente con él de esta explosión interior que él había provocado en mí hacia tantos años, la cual había sido tan significativa en mi vida.

Después del almuerzo caminamos despreocupadamente hacia mi carro que estaba parado cerca del garaje donde él me mostró el nuevo Mercedes Benz de Mrs. Zimbalist. Era un hermoso sedan de dos puertas verde botella, el cual acababa de llegar de Europa. El dijo que quería darle una buena pulida, y como siempre había admirado lo limpio y pulido que estaba mi viejo Buick Riviera, me preguntó si le sentiría la misma cera que yo usaba para pulir. A la semana siguiente regresé y le traje la cera que él deseaba. El acababa de lavar el Mercedes y estaba esperándome. Inmediatamente hicimos la aplicación, pasamos la lata de cera atrás y adelante del lado del carro que cada uno escogió. Krishnamurti era meticulosamente cuidadoso al aplicar el pulimento y examinando mi lado del carro descubrió un par de manchas muy pequeñas en la defensa trasera donde la cera no había sido parcialmente aplicada y llamó mi atención sobre ello. Después vino el extenuante trabajo de pulir, el cual Krishnamurti atacaba con celo profesional. El carro brilló como una esmeralda recién cortada. La señora Zimbalist vino y nos pidió que fuéramos a tomar una taza de té, y se detuvo admirando nuestro trabajo manual. Nos aseguró que podríamos contar con su recomendación como un par de buenos pulidores de carros.

El carro fue llevado al garaje y la puerta fuertemente cerrada. Cuando pregunté sobre esta extrema precaución a plena luz del día, Krishnaji replicó, "Hay que cuidarlo de las ratas". Después explicó que hacia unos días, cuando habían traído el carro de la agencia, un mecánico había encontrado una enorme rata cómodamente instalada debajo del carro, cerca del radiador. El discriminado roedor había conseguido algunos hilachos viejos y hecho su nido allí. Aparentemente había estado muy feliz paseando con Krishnaji todos esos días en gran estilo.

El creciente interés de Krishnaji por la importancia de la educación y el establecimiento de una escuela Krishnamurti y un Centro en Ojai, dominaba sus actividades en ese tiempo. Hubo muchos encuentros y discusiones al efecto, y Krishnaji a menudo se tornaba impaciente cuando se le recordaba el enorme costo de tal empresa. "¡Ustedes, gente de poca fe!" -exclamó una vez en una reunión, presionando la urgencia de una educación recanalizada. Largas sumas eran necesarias y todo el mundo trataba de ayudar. Mi muy pequeña contribución consistió en traer a un caballero rico amigo mío, que conocía los planes para la escuela y las necesidades de dinero. La señora Zimbalist era una encantadora anfitriona y la ocasión se presentó para hacer una agradable tarde social. Pero el caballero en cuestión estaba mucho más interesado en proponer su propio mezquino proyecto más bien que el de Krishnaji. Aquel propuso que teniendo un Seminario en Saanen asistido por prominentes lideres en educación, en psiquiatría, en artes, etc., un grupo que él había reunido a su alrededor, podía compartir la plataforma con Krishnaji discutiendo los problemas mundiales. La contestación de Krishnamurti fue corta y precisa. "En Saanen -dijo- sólo este perro ladra". El contribuyente potencial bebió un gran sorbo de té y la conversación se volvió notablemente fría. De esta manera se terminó abruptamente mi esfuerzo por recabar fondos.

Vi a Krishnaji esa primavera varias veces más, principalmente en la serie de pláticas que dio en Libby Park en Ojai. El se encontraba en perfectas condiciones de salud y parecía gozar mucho la vida.

Le pregunté cómo iba el asunto de Rajagopal y que me contara sobre la última dilación, y entonces apareció una sombra de tristeza en sus ojos.

Al final de una tarde de abril fuimos a dar una vuelta a lo largo de la playa de Malibú. Una fría brisa marina nos azotaba el rostro.

Krishnaji estaba más comunicativo esta vez que como lo había estado en el anterior paseo por la playa. La playa estaba inusitadamente desierta, aun las gaviotas marinas eran escasas. El gran espacio vacío y en calma. El mar azul era esplendoroso. - "Yo supongo que si uno pudiera ver clarividentemente, este lugar no aparecería tan vacío" dije. "Gentes, elementales del mar. . . !

-El interrumpió: -"El lugar está lleno de ellos. Pero yo no les pongo atención".

-"¿Acaso los ve usted cada vez que venimos aquí?"

-"Solamente cuando yo quiero".

Ya que este punto había sido traído a colación aproveché la oportunidad para preguntarle sobre los Protectores Invisibles. - "¿Tales gentes existen realmente?"

-“¿Por qué no? -dijo él. Cualquier persona decente en este mundo ayudaría a otro cuando éste lo necesitara. ¿Por qué no del otro lado? ¿Qué hay tan especial en ello?”

Ya que él estaba de humor tan comunicativo pensé tomar ventaja de ello y preguntarle de plano qué pensaba él que hubiera sido de su vida si la Sra. Besant y C.W.L. no lo hubiera tomado a su cuidado en sus primeros años, y no lo hubieran patrocinado.

-Él quedó pensativo y silencioso por un largo rato. Luego dijo: “Probablemente hubiera muerto por mala nutrición”.

-“¿Piensa usted que hubiera sido un hombre liberado sin el ambiente que ellos le proporcionaron?”

Una contestación mucho más rápida: “Si. Eso hubiera tomado más tiempo, pero el resultado final hubiera sido el mismo. Probablemente hubiera llegado a ser un sanyasi. La dirección era esa. Nada podría haberla torcido finalmente”.

Después dijo algo que me sorprendió porque sonaba distinto de su carácter. -“Uno de los astrólogos mejor conocidos en la India -dijo él- hizo mi horóscopo cuando yo era muy chico y dijo que yo sería un Jivanmukta (hombre liberado)”. -Él rió alegremente como si quisiera restar importancia a tan grande predicción.

Quise continuar este inusitado diálogo, pero una sorpresiva ola que súbitamente se levantó de no sé dónde, cayó sobre nosotros. Aunque rápidamente brincamos fuera de su camino, nos empapó de pies a cabeza. Krishnamurti se rió con ganas, una risotada que siempre oía yo con placer por su cualidad de puro deleite. El momento para pláticas serias había pasado. El paseo por la playa había terminado. Nos dirigimos a casa en lo más elevado del risco.

En Diciembre 26 de 1974, el Juez Richard Heaton de la Suprema Corte, anunció un arreglo fuera de la Corte, que había sido alcanzado entre la Fundación Krishnamurti y Rajagopal y su K & R Foundation. Ambas partes acordaron que ninguna elaboraría nada fuera del acuerdo o arreglo que se había dado a conocer y aprobado por el Juez Heaton.

No obstante pronto se vio claro que Arya Vihara era una de las propiedades que habían sido transferidas a la Krishnamurti Foundation pues Krishnaji, quien había regresado de la India más pronto que de costumbre. estaba haciendo planes para regresar a su primera casa de Ojai. También fue evidente que la propiedad del Oak Grove había sido cedida a la Krishnamurti Foundation, porque ya se había anunciado que las pláticas de primavera en 1975 iban a tener lugar en el Oak Grove.

Esto por edicto oficial establecía que la larga y cansada controversia había sido ajustada. Pero los labios de los litigantes fueron sellados igual que sus estipulaciones.

Esto es, hasta el 27 de diciembre de 1974 en que “The Ventura County, Calif. Star Free Press” publicó un articulo anunciando el amistoso arreglo.

EL ARREGLO KRISHNAMURTI, ALCANZADO

El largo litigio entre el filósofo hindú Jiddu Krishnamurti y algunos de sus primeros seguidores sobre la posesión de sus escritos y propiedades, terminó en la Suprema Corte de Ventura.

El Juez Richard C. Heaton aprobó el acuerdo en una breve audiencia el martes.

Fue expedido un comunicado de prensa de acuerdo con las partes, con una estipulación aprobada por la Corte, de que ninguna de ellas haría alguna exposición posterior. Como una parte del arreglo, ambos, Krishnamurti y los Directores de la Krishnamurti Writings Inc. estuvieron de acuerdo en cerrar los alegatos hechos de uno contra otro y hacer caso omiso de todas las reclamaciones legales. Asimismo que la KWINC será disuelta, sus posesiones y funciones serán divididas entre la Fundación Krishnamurti de América (La organización que el filósofo había fundado como un propuesto sucesor de la KWINC) y K. & R. Foundation. Este último constituido por J. Rajagopal de Ojai y otros. La estipulación también prevé que “todo escrito previo, comprensiones o acuerdo entre las partes quedan obsoletos”.

VI

El largo exilio de Krishnamurti de su casa de Ojai, Arya Vihara, se terminó. Parados sobre el alto risco en el jardín de la señora Zimbalist abarcando la vista del mar en el último atardecer, hablamos del esfuerzo innecesario y el dinero que había sido gastado para llegar a un acuerdo que hubiera podido ser logrado años antes quieta y amigablemente. Una sombra de tristeza cruzó por los obscuros y luminosos ojos de Krishnaji, después súbitamente ellos se llenaron de luz y de humor cuando una liebre saltó como una flecha frente a él en dirección a un pequeño huerto de vegetales cerca de allí, donde apetitosas verduras estaban en crecimiento. El me dijo que había estado tratando de mantener fuera de allí a la persistente pequeña criatura, de hecho había estado poniendo sus ojos sobre ella en la tarde cuando la pícara de piel suave se arrastraba para llegar a su ensalada fresca del jardín pero

evidentemente la alerta cola de algodón también había estado clavando sus ojos sobre Krishnaji, porque ella dio un diestro rodeo final alrededor de él mientras hablaba conmigo y corrió derecho hacia la suculenta lechuga.

Esta fue una maniobra desafiante. La observamos con admiración y reíamos. Pronto el lanudo pequeño ladrón estuvo fuera de nuestra vista, y probablemente fuera del alcance, así que lo dejamos allí con su dieta vegetariana. El tenía esto en común con nosotros.

Caminando de regreso a mi carro le lije que me sentía muy feliz de que él hubiera vuelto a Arya Vihara, pero que también sentía algo de tristeza. Se volvió y me miró sorprendido. -"No podré verlo a usted tan a menudo, Krishnaji. Ojai está mucho más lejos de Hollywood que Malibú".

"Usted siempre puede verme cuando lo desee".

Estábamos cerca de la entrada principal. El se excusó un momento, entró a la casa y me pidió que lo esperara. Cuando regresó un momento más tarde, trajo una hermosa boina que él había usado en Europa. "¿Te quedará bien? No ha sido muy usada", dijo disculpándose.

Me quedó perfectamente. Le di un apretado abrazo costarricense.

Al detenernos cerca del carro, él miró hacia las distantes colinas con su nuevo tapete de mostaza silvestre -de amarillo intenso gentilmente ondeando en la brisa. -"¡Qué hermosura! exclamó él. ¡Qué hermosura!" Estuvo totalmente absorto en la escena ante él. Le eché una mirada y lo envidié. ¡Qué maravilloso sería ser conmovido hasta la médula dejándose llevar por la emoción ante una colina cubierta de mostaza! Cuando me iba, Krishnaji me hizo una pregunta que ya varias veces me había hecho: si yo finalmente había ya acometido la tarea de escribir la memoria de nuestra larga amistad, la cual había prometido escribir.

-"La he comenzado" -dije en forma vacilante, consciente de que sólo había hecho unas cuantas líneas y había pospuesto el verdadero trabajo.

-"Eres perezoso. Ve a trabajar en ello". -Dijo firmemente.

Cuando llegué a casa tomé las breves líneas y empecé seriamente a reunir todo.

La señora Zimbalist eventualmente vendió su casa de Malibú y edificó una residencia igualmente hermosa en Ojai, cerca de la cabaña de Krishnaji, conectando ambas. Con ese entusiasmo infantil y borbotearte interés que era tan típico de él, me mostró la antigua cabaña renovada que yo conocía tan bien en los viejos días señalándome encantado todas las nuevas y modernas mejoras. Había sido todo hermosamente redecorado, pero segura teniendo las mismas características de lo antiguo una sencillez que rayaba en lo austero. Lleno de sol y de aire y con una sensación de paz y de reposo. Krishnaji pasaba varios meses del año allí, descansando de sus extenuantes giras de conferencias, programas en Europa y la India, y preparándose para las pláticas y discusiones de primavera en el Robledal.

VII

Krishnamurti, un genio espiritual sin par en el mundo ahora, ha estado "cantando su canción" por casi 50 años, enfatizando ahora una cierta nota, después otra y todavía otra. Miles y millones de gentes a través del mundo lo han escuchado, y si sus palabras les han traído nueva visión interna o ninguna, confusión, desengaños o claridad y propósitos, cualquiera haya sido la respuesta individual, no hay duda de que su principal tema ha sido constante y claro de principio a fin: liberar al individuo de la pesada carga de su ambiente, de su pensamiento condicionado, sus temores heredados, sus prejuicios paralizantes.

El ha dicho: "Están acostumbrados a escuchar la canción de otros y así sus corazones están vacíos y siempre lo estarán porque ustedes llenan sus corazones con la canción de otro; esa no es su canción; por lo tanto ustedes son meramente gramófonos cambiando los discos de acuerdo al humor, pero no son músicos. Y especialmente en tiempos de grandes trabajos y penalidades tenemos que ser músicos. Cada uno de nosotros; tenemos que recrearnos con nuestra canción, lo cual significa liberar, vaciar el corazón de aquellas cosas que han sido reunidas por la mente. Por lo tanto, tenemos que comprender las creaciones de la mente, y ver la falsedad de esas creaciones. Entonces, cuando el corazón esté vacío, -no como en su caso, lleno con cenizas- porque cuando el corazón está vacío y la mente quieta, entonces hay una canción, la canción que no puede ser destruida o pervertida porque no ha sido compuesta por la mente".

Muchos de nosotros lo hemos escuchado por toda una vida. Hemos discutido con él nuestros problemas, sobrecargándolo con nuestros íntimos "yoes"; hemos sido inspirados y renovados, hemos desechado muchos temores y prejuicios, hemos alcanzado alguna madurez. Algunos de nosotros probablemente hemos tenido atisbos de esa extradimensión que Krishnamurti ha llamado lo Desconocido. Pero estoy seguro de que, ninguno de nosotros ha tomado el fuego que quema en él. No estamos cantando nuestro propio canto. ¿Por qué es esto? ¿Es Krishnamurti único en su clase? Otros grandes maestros espirituales en el pasado parecen haber sido de esta clase: Buddha, Cristo, Lao-Tze. Krishnamurti probablemente rechazaría esta idea como una simple excusa una

justificación para no abordarla nosotros mismos con completa atención. De todas maneras, yo una vez le pregunté por qué parecía no haber otro Krishnamurti en el mundo, aun cuando él había estado luchando por media canturria. Me contestó. “Un árbol necesita espacio a su alrededor para crecer hasta ser un gran árbol. No puede alcanzar su pleno crecimiento si está muy cerca de otro gran árbol”.

Quizá nosotros hemos estado abrumando al gran maestro, psicológicamente hablando, en nuestro muy urgente intento para cruzar al reino del no ego al cual él se refiere como el Ultimo Bien. Quizá, parafraseando sus propias palabras, porque nuestra mente-corazón no canta, en vez de eso perseguimos al cantor, perdiendo de esta manera el significado esencial del canto.

¿Acaso el legado espiritual de Krishnamurti al mundo sea otro Krishnamurti en el futuro para dar de nuevo voz al canto apasionado? Más realistamente, esto es como si hubiera una lenta y gradual transformación de la psiquis en algunas pocas gentes, aquí y allá, un pasivo y no enjuiciado estado consciente de sensitividad de la mente que percibe las cosas tal como son, una cualidad interna del espíritu que me aventuraría a llamar, “el ardiente escuchar”, término que el poeta John Keats usaba con gran visión interior en una estrofa de su largo poema Endymion:

And truly I Would rather be struck dumb
Than speak against this ardent listlessness:
For I have thought that it might bless
The world with benefits unknowingly;
As does the nightingale, up perched high.
And cloistered among con and bunched leaves.

Y en verdad preferiría de pronto enmudecer
Que pronunciarme en contra de este ardiente escuchar
Porque he pensado que podría bendecir
Al mundo con beneficios desconocidos;
Como lo hace el ruiseñor, parado en lo alto
Y enclaustrado entre hojas frescas y entrelazadas.

APENDICE

UNA CONVERSACION
Krishnamurti, Alain Naudé, Sra. Mary Zimbalist
Enero 14 de 1972

Krishnamurti
Alain Naudé
Sra. Zimbalist

Krishnamurti: Decíamos que el otro día Sidney Field vino a verme. Su hermano John murió recientemente. Ustedes lo conocieron. Sidney estaba muy interesado en saber si su hermano estaba viviendo en un nivel diferente de conciencia; si se encontraba allí John como una entidad para nacer a una próxima vida. Y si yo creía en la reencarnación, y qué significaba eso. Y así por el estilo tenía cantidad de preguntas. Sidney estaba pasando por un tiempo muy difícil por la muerte de su hermano a quien él amaba y a quien nosotros conocimos durante años y años. Y así, partiendo de esta conversación dos cosas se presentaron. Primera, ¿hay un ego permanente? Si existe tal cosa como algo permanente, entonces ¿cuál es su relación del presente al futuro? Porque si usted admite o acepta o cree o afirma que hay un ego permanente, entonces la reencarnación. . .

Alain N. -Es inevitable.

Krishnamurti. -No inevitable. Yo no diría inevitable. Es plausible, porque el ego permanente, para mí, sí es permanente, puede ser cambiado en diez años. Puede encarnar en forma diferente en diez años.

Alain N. -Todos hemos leído esto en los escritos hindúes. Leímos acerca de niños que recordaban la vida pasada. Sobre una niña pequeña quien dijo: "¿Qué estoy haciendo aquí? Mi casa está en otra aldea. Yo estoy casada, etc. etc. Tengo tres hijos". Y en muchos casos yo creo que esto ha sido verificado.

K. -Yo no sé. Así, allí está eso. Si no hay entidad permanente, entonces ¿qué es la reencarnación? Ambas involucran tiempo. Ambas involucran un movimiento en el espacio. Siendo el espacio el ambiente, las relaciones, las presiones, existiendo todo eso dentro de ese espacio, tiempo.

A. -Dentro del tiempo y de las circunstancias temporales.

K. -Esto es la cultura, etc.

A. -Dentro de alguna especie de ambiente social.

K. -Así, ¿hay allí un yo permanente? Evidentemente no. Pero Sidney dijo: "Entonces ¿por qué siento que John está conmigo? Cuando entro al cuarto sé que él está allá. Yo no me estoy engañando, no lo estoy imaginando -lo siento a él allá como siento a mi hermana quien ayer estaba en ese cuarto. Esto es tan claro y tan definido como esto.

A. -Y también, señor, cuando usted dice "evidentemente no". ¿Explicaría usted eso?

K. -Pero, espere, si él dice mí hermano está allí, yo dije: "por supuesto que él está allí", porque ante todo, usted tiene sus asociaciones y memorias de John y esas son proyectadas, y esas proyecciones son sus recuerdos.

A. -Así, lo que el John que está contenido dentro de usted es eso.

K. -Es eso. Y cuando John vivía estaba asociado con usted. Su presencia está con usted. Mientras que él estaba viviente, usted podía no haberlo visto en todo el día, pero su presencia estaba en ese cuarto.

A. -Su presencia estaba allí y quizá esto es lo que la gente quiere decir cuando habla de una aura.

K. -No, el aura es diferente. No nos adelantemos aún.

K. - ¿Puedo interrumpir? Cuando usted dice que él estaba en ese cuarto sea vivo o muerto, ¿estaba allí algo externo a su hermano y su hermana que estaban allí o estaba eso en su conciencia?

K. -Estaban ambas, en su conciencia y fuera de su conciencia. Yo puedo proyectar a mi hermano y decir que él estaba conmigo la noche pasada, sintiendo que estaba conmigo. Eso puede emanar de mí, o John, que murió hace diez días -su atmósfera, sus pensamientos, su manera de conducirse, aún permanecían allí aún cuando físicamente él ya podía no estar allí.

A. -El moméntum psíquico.

K. -El calor físico.

Z. -¿Está usted diciendo que allí hay una especie de energía, para decirlo de un modo diferente, la cual se desprende de los seres humanos?

K. -Hay una fotografía de un estacionamiento tomada cuando hubo allí muchos carros y la foto los mostraba, aunque en realidad allí no había carros, la forma de los carros que habían estado allá, fue lo que mostraba la fotografía.

A. -Sí, yo la vi.

K. -Esto es calor que el carro había dejado, quedó sobre el negativo.

A. -Y también, un día, cuando estábamos todos viviendo en Gstaad, la primera vez que fui su huésped en Gstaad, estábamos viviendo en "Les Capris", usted salió para América primero que nosotros y yo fui a su departamento. Usted estaba allí y a la vez camino de América, y su presencia estaba allí extremadamente fuerte.

K. -Así es eso.

A. -Su presencia era tan fuerte que uno sentía que podía tocarla. Esto no fue simplemente porque yo hubiera estado pensando en usted antes de entrar al departamento.

K. -Por tanto, hay tres posibilidades; Yo proyecto hacia afuera mi recuerdo y mi conciencia, o bien pesco la energía residual de John.

A. -Como un aroma que pudiera perdurar.

K -El pensamiento de John o la existencia de John está aún allí.

A. -Esta es la tercera posibilidad.

Z. -¿Qué quiere usted decir por "La existencia de John"?

A. -¿Qué John está realmente allí como antes de morir? -La tercera posibilidad.

K. -Yo vivo en un cuarto por cierto número de años. La presencia de ese cuarto contiene mi energía, mis pensamientos mis sentimientos.

A. -Ello contiene su propia energía y cuando nos cambiamos a una nueva casa a veces toma tiempo antes de que podamos deshacernos de la persona que estuvo antes allí, aunque usted no la hubiera conocido.

K: -Así, esas son las tres posibilidades. Y otra es el pensamiento de John, porque John se apegaba a la vida. Los deseos de John están allá en el aire, no en el cuarto.

A: -En forma inmaterial.

K: -Sí, ellos están allí justamente como un pensamiento.

A: -¿Y esto quiere decir que John está consciente y allí hay un ser que es autoconsciente llamándose a sí mismo John pensando esos pensamientos?

K: -Lo dudo.

A: -Pienso que es lo que la gente que cree en la reencarnación postularía.

K: Vea lo que ocurre, señor. Esto hace cuatro posibilidades y la idea de que John, cuyo cuerpo físico se ha ido, existe en pensamiento.

A: -¿En su propio pensamiento o en el de alguien más?

K: -En su propio pensamiento.

A: - ¿Existe como una entidad pensante?

K: -Existe como una entidad pensante.

A: -Es un ser consciente.

K: -Esto es (escuchen esto, es muy interesante) John continúa porque él es el mundo de la vulgaridad, de la codicia, de la envidia, de la bebida y de la competencia. Este es el patrón común del nombre. Eso continúa y John puede ser identificado con eso o es eso.

A: -John es los deseos, los pensamientos, las creencias, las asociaciones.

K: -Del mundo.

A: -Las cuales están encarnadas y son materiales.

K: -Lo cual es el mundo en el cual está cada uno.

A: -Es algo grande lo que usted está diciendo. Sería muy bondadoso que usted pudiera explicarlo un poco más. Cuando usted dice que John persiste, que John continúa, porque es la continuación de lo vulgar en él -siendo lo vulgar lo mundano, lo material y las asociaciones.

K: -Eso es, temor, deseo de perder, posesión.

A: -Deseo de ser una entidad.

K: -Así es, porque eso es una cosa común del mundo. Él es del mundo y el mundo por esto encarna.

A: -Usted dice que el mundo encarna.

K: -Tome como ejemplo la masa del pueblo. Ellos están atrapados en esa corriente y esa corriente sigue. Yo puedo tener un hijo quien es parte de esa corriente y en esa corriente está también John como un ser humano atrapado en ella. Y mi hijo puede recordar algunas de las actividades de John.

A: -Pero usted está diciendo algo diferente.

K: -Sí.

A: -Usted está diciendo que John está contenido en todas las memorias que todas las distintas gentes tienen de él. A ese respecto podemos ver que él existe. Porque yo recuerdo a un amigo mío muerto no hace mucho y era muy claro para mí pensar en eso que de hecho él estaba muy, muy vivo en las memorias de todas las gentes que lo habían amado.

K: -Así es precisamente.

A: -Por lo tanto, él no estaba ausente del mundo, él estaba aún en la corriente de los acontecimientos a los cuales llamamos el mundo, y que son las vidas de diferentes seres quienes se habían asociado con él. En este sentido vemos que él puede quizá vivir para siempre.

K: -A menos que él rompa con eso, salir fuera de la corriente. Un hombre que no es vulgar (permítaseme usar esa palabra, vulgar representa todo esto: codicia, envidia, poder, posición, odio, deseo, todo eso. Llamemos a eso vulgar) A menos que yo me libre de lo vulgar, continuaré representando el conjunto de la vulgaridad, la total vulgaridad del hombre.

A: -Sí, yo seré esa vulgaridad por perseguirla y de hecho encarnar en ella dándole vida.

K: -Por lo mismo, yo encarno en esa vulgaridad. Esto es: primero puedo proyectar a John, mi hermano.

A: -En mi pensamiento, mi imaginación o recuerdo de él. El segundo punto, yo puedo recoger su energía kinética que aún se encuentra a su alrededor.

K: -Su aroma, su gusto, su manera de hablar.

A: -La pipa que estaba aún sin fumar sobre el escritorio la carta a medio terminar.

K: -Todo eso.

A: -Las flores que recogió en el jardín.

K: -Tercero. El pensamiento permanece en el cuarto.

A: -¿Permanece el pensamiento en el cuarto?

K: -Los sentimientos.

A: -Uno pudiera decir que es el equivalente psíquico de su energía kinética.

K: -Sí.

A: -Su pensamiento permanece casi como un olor material, como un olor físico.

K: -Así es.

A: -La energía del pensamiento permanece como un viejo saco que usted ha colgado.

K: -El pensamiento, la voluntad, si él tiene una muy fuerte voluntad, deseos y pensamientos activos, eso también permanece.

A: -Pero eso no es diferente del tercer punto. El tercer punto es que el pensamiento permanece, el cual es voluntad, el cual es deseo.

K: -El cuarto punto es el del río de la vulgaridad.

A: -Esto no es muy claro.

K: -Mire, señor, yo vivo una vida ordinaria, como millones y millones de gentes.

A: -Sí, persiguiendo metas, esperanzas y temores.

K: -Yo vivo esa acostumbrada vida. Un poco más refinada, un poco más elevada o más baja a lo largo de la misma corriente. Yo sigo esa corriente. Yo soy esa corriente. Yo, siendo esa corriente, estoy abocado a continuar en esa corriente, la cual es la corriente del "yo". No soy diferente de los millones de las otras gentes.

A: -Por lo tanto, está usted diciendo, señor, que aún muerto yo continúo porque las cosas que era yo mismo, continúan.

K: -En el ser humano.

A: -Por lo tanto, yo sobrevivo. Yo no era diferente de las cosas que llenaba y preocupaban mi vida.

K: -Así es.

A: -Desde luego que estas cosas que llenaban y preocupaban mi vida, sobreviven por decirlo así, yo sobrevivo puesto que ellas lo hacen.

K: -Correcto. Es el cuarto punto.

A: -La pregunta es acerca del quinto. Hay una entidad consciente, pensante, que sabe que es consciente cuando todo el mundo dice: "Allí va el pobre viejo John" aun cuando lo han puesto en la tierra, hay una entidad consciente que inmaterialmente dice: "Muy gracioso, ellos han puesto este cuerpo en la tumba pero yo tengo consciencia de estar vivo".

K: -Sí.

A: -Esta es la pregunta que pienso que es difícil de contestar.

K: -Sidney ha hecho esta pregunta.

A: -Porque nosotros vemos que todo mundo existe en estas otras formas después de la muerte.

K: -Usted está haciendo la pregunta, ¿acaso John cuyo cuerpo fue quemado, cremado acaso esa entidad continúa viviendo?

A: -¿Acaso esta entidad continúa teniendo conciencia de su propia existencia?

K: -Yo pregunto si hay un John separado.

A. -Usted dijo al principio "¿Hay tal cosa como un ego permanente?" Usted dijo: "Evidentemente no".

K: -Cuando usted dice que John, mi hermano, está muerto y pregunta si está viviendo, viviendo en una conciencia separada, yo pregunto si él estuvo alguna vez separado del río.

A: -Sí.

K: -¿Sigue usted lo que estoy diciendo, señor?

A: -¿Hubo allí un John vivo?

K: -Cuando John estaba vivo, era diferente del río?

A: -La corriente llenaba su conciencia de sí mismo. Su conciencia del mismo era la corriente conociéndose a sí misma.

K: -No, señor. Vaya despacio. Esto es algo complicado. El río de la humanidad es cólera, odio, celos, búsqueda de poder posición, trampas, corrupción, contaminación. Esta es la corriente. De ese río es mi hermano John. Cuando él existió físicamente, tenía un cuerpo material, pero psicológicamente era todo eso. Por lo tanto, ¿fue él alguna

vez diferente de esto? ¿De esta corriente? O, ¿tan sólo físicamente diferente y por lo tanto, pensaba que él era diferente. ¿Sigue usted mi punto?

A: -Había una entidad que era autoconsciente…

K: -Como John.

A: -El era autoconsciente y la corriente estaba en relación con él.

A: -Mi mujer, mi hijo, mi amor.

K: -Pero ¿era John enteramente diferente de la corriente? Este es mi punto. Por lo tanto, lo que está muerto es el cuerpo. Y la continuación de John es parte de esa corriente. Yo, como su hermano, querría pensar de él como separado porque él vivió conmigo como un ser separado físicamente. Internamente él perteneció a la corriente. -Por lo tanto, ¿había allí un John que fuera diferente de la corriente? Y, si él era diferente, entonces ¿qué ocurre? Yo no sé si usted sigue esto.

A: -Hay una corriente desde fuera y hay una corriente desde dentro. La vulgaridad que se ve en la calle, es diferente al hombre que se siente a sí mismo estar actuando en el momento de esa vulgaridad. Yo insulto a alguien. Esto es vulgaridad. Usted ve esa vulgaridad desde afuera y dice que ese es un acto vulgar. Yo que estoy insultando a alguien, veo el acto en una forma diferente. Yo siento la vida autoconsciente en el momento en que insulto. De hecho, yo insulto porque hay una conciencia actuando como un "yo". Me estoy protegiendo a mí mismo, por tanto, insulto.

K: -Mi punto es, esto es lo que está ocurriendo con cien millones de gentes. Millones de gente. Mientras yo estoy nadando en esa corriente, ¿soy acaso diferente? ¿Es el verdadero John diferente de la corriente?

A: -¿Existió alguna vez un John?

K: -Este es todo mi punto.

A: -Hubo una determinación consciente la cual se sintió a sí mismo ser John.

K: -Sí, pero yo puedo imaginarlo. Yo puedo inventar que soy diferente.

A: -Había imaginación, pensamiento, llamándose a sí mismo John.

K: -Sí, señor.

A: -Ahora, ¿acaso ese pensamiento sigue llamándose a él mismo John?

K: -Pero yo pertenezco a esa corriente.

A: -Usted siempre pertenece a la corriente.

K: -No existe entidad separada como John, quien fue mi hermano y quien ahora está muerto.

A: -¿Está usted diciendo que allí no había individuo?

K: -No, esto es lo que nosotros llamamos permanente. El ego permanente es esto.

Z. -El cual pensamos que es individual.

K: -Lo individual, lo colectivo, el "yo".

A: -Sí, la creación del pensamiento, la cual se llama a sí mismo "yo".

K: -Sí, eso es de esa corriente.

A: -Así es.

K: -Por lo tanto, ¿acaso hubo alguna vez un John? Hay solamente un John cuando él esté fuera de la corriente.

A: -Así es.

K: -Así, primero estamos tratando de descubrir si hay un ego permanente que encarna.

A: -La naturaleza del ego es impermanente.

K: -La reencarnación es en toda el Asia y entre la gente moderna que cree en ella, digamos, que hay un ego permanente. Usted emplea muchas vidas hasta que pueda ser disuelto y absorbido en Brahma y todo eso. Ahora, ¿existe, desde el principio una entidad permanente una entidad que dura por siglos y siglos? No hay tal entidad permanente y esto es evidente. Me gusta pensar que soy permanente. Mi permanencia se identifica con mis muebles mi esposa, mi marido, las circunstancias. Estas son palabras e imágenes del pensamiento. Realmente yo no poseo esta silla. La llamo mía.

A: -Exactamente. Piensa usted que es una silla y usted se la apropia.

K: -Me gusta pensar que la poseo.

A: -Pero esto es nada más una idea.

K: -Así, observe esto: No existe "yo" permanente. Si hubiera un "yo" permanente éste sería esta corriente. Ahora bien, dándome cuenta que yo soy como el resto del mundo, que no hay un K. separado o un John como mi hermano, entonces yo puedo encarnar si yo salto fuera de la corriente. Encarnar en el sentido de que el cambio puede tener lugar fuera de la corriente. En la corriente no hay cambio.

A: -Si hay permanencia ésta es fuera de la corriente.

K: -No, señor, la permanencia, la semipermanencia, es la corriente.

A: -Y por lo tanto, no es permanente. Si esa fuera permanente no sería la corriente. Por lo tanto, si hay una entidad. entonces esa debe existir fuera de la corriente. Por lo tanto, aquello que es verdad, la cual es permanente, no es algo.

K: -No está en la corriente.

A: -Correcto.

K: -Cuando Naudé muera, mientras que él pertenece a la corriente, esa corriente y su fluir es semipermanente.

A: -Sí, eso sigue. Es una cosa histórica.

K: -Pero si Naudé dice, yo encarnaré, no en la próxima vida, ahora, mañana, lo cual quiere decir: yo me saldré de la corriente, él no pertenece ya a la corriente, por lo tanto, no hay nada permanente.

A: -No hay nada que reencarne; por lo tanto, aquello que reencarna, si la reencarnación es posible, no es permanente de ninguna manera.

K: -No, esa es la corriente.

A: -Eso es muy temporal.

K: -No lo ponga de esa manera.

A: -Una entidad separada no es real.

K: -No, mientras yo pertenezca a la corriente.

A: -Yo realmente no existo. . .

K: -No hay entidad separada. Yo soy el mundo.

A: -Esto es así.

K: -Cuando yo me salgo del mundo, ¿hay un "yo" que continúa?

A: -Exactamente. Eso es hermoso.

K: -Así, lo que estoy tratando de hacer es justificar la existencia de la corriente.

A: -¿Es eso lo que estamos haciendo?

K: -Por supuesto, cuando yo digo que debo tener muchas vidas y por lo mismo debo ir a través de la corriente.

A: -Entonces, lo que tratamos de hacer es tratar de establecer que somos diferentes de la corriente.

K: -No lo somos.

A: -No somos diferentes de la corriente.

K: -Así, señor ¿qué ocurre entonces? Si no existe un John permanente, o Naudé o Zimbalist, ¿Qué ocurre? Recuerde usted, señor, creo haber leído en la tradición Tibetana o en alguna otra tradición, que cuando una persona muere, cuando está agonizando el sacerdote o el monje se acerca y envía toda la familia fuera, cierra la puerta y dice al hombre moribundo -"Mire usted, está muriendo -déjese ir- deje todos sus antagonismos, todas sus mundanalidades toda su ambición, déjelo ir, porque usted va a encontrarse con una luz en la cual usted será absorbido si usted lo permite. Si no, usted regresará. Lo cual es regresar a la corriente. Estará de nuevo en la corriente.

A: -Sí.

K: -Así, ¿qué ocurre a usted si se sale de la corriente?

A: -Usted se sale de la corriente, usted cesa de ser, pero de todas maneras, el "yo" que usted era, era solamente creado por el pensamiento.

K: -El cual es la corriente.

A: -La vulgaridad.

K: -La vulgaridad. ¿Qué ocurre si usted sale de la corriente? El salirse es la encarnación. Sí, señor, pero esto es una cosa nueva en la que usted está entrando. Es una nueva dimensión que viene a ser.

A: -Sí.

K: -Ahora, ¿qué ocurre? ¿Sigue usted esto? Naude se ha salido de la corriente. ¿Qué ocurre? Usted no es un artista. No es un hombre de negocios. No es un político. Toda esa identificación es parte de la corriente.

A: -Todas las cualidades.

K: -Todas las cualidades. Cuando usted descarta todo eso ¿qué ocurre?

A: -Usted no tiene identidad.

K: -La identidad está aquí. Digamos por ejemplo, Napoleón o cualquiera de esos llamados líderes mundiales, ellos mataron, ellos asesinaron, ellos hicieron todos los errores imaginables, ellos vivieron y murieron en la corriente, ellos eran de la corriente. Esto es muy sencillo y muy claro. Hay un hombre que sale de la corriente.

A: -¿Antes de la muerte física?

K: -Por supuesto, de otra manera no habría caso.

A: -Por lo tanto, otra dimensión nace.

K: -¿Qué ocurre?

A: -El final de la dimensión que es familiar para nosotros es otra dimensión, pero esa no puede nombrarse en forma alguna porque toda postulación está en términos de la dimensión en la que estamos.

K: -Sí. Pero suponga que usted, viviendo ahora. . .

A: -Se sale de ella.

K: -Se sale de la corriente, ¿qué ocurre?

A: -Esto es muerte, señor.

K: -No, señor.

A: -Esto es muerte, pero no muerte física.

K: -Ve usted, usted se sale de ella, ¿qué ocurre?

A: -Nada puede decirse sobre lo que ocurre.

K: -Espere, señor. Ve usted, ninguno de nosotros sale del río y estamos siempre desde el río tratando de llegar a la otra orilla.

A: -Es como una gente hablando de un profundo sueño cuando despierta.

K: -Esto es así señor. Pertenecemos a esta corriente todos nosotros. El hombre pertenece a la corriente y desde la corriente quiere llegar a la otra orilla, sin dejar nunca el río. Ahora el hombre dice muy bien, yo veo la falacia de todo eso lo absurdo de mi posición.

A: -Usted no puede hablar de otra dimensión desde la vieja dimensión.

K: -Por tanto, dejo ésta. Así, la mente dice: "¡Fuera!" Él se sale y ¿qué ocurre? No lo verbalice.

A: -Lo único que se puede decir sobre esto en términos de la corriente, es silencio. Porque éste es el silencio de la corriente y también puede decirse que es la muerte de la corriente. Por lo tanto, en términos de la corriente esto a veces se llama olvido.

K: -Usted sabe lo que significa salir de la corriente. No carácter.

A: -No memoria.

K: -No, señor, vea -No carácter porque en el momento en que usted tiene carácter, eso es de la corriente: en el momento en que usted dice que es virtuoso -o no virtuoso-, usted es de la corriente. Salirse de la corriente es

salirse de esta total estructura. Así, la creación, como la conocemos, está en la corriente, Mozart, Beethoven, -¿sigue usted?- los pintores, todos ellos están aquí.

A: -Yo pienso quizá, señor, que algunas veces, los que están en la corriente, están vivificados, como si dijéramos, con algo que es de más allá.

K: -No, no, no puede ser. No diga estas cosas porque yo puedo crear en la corriente. Puedo pintar maravillosos cuadros. ¿Por qué no? Puedo componer las más extraordinarias sinfonías, toda la técnica. . .

A: -¿Por qué son ellas extraordinarias?

K: -Porque el mundo las necesita. Existe la necesidad, la demanda y el suplirla. Yo estoy diciendo a mí mismo qué ocurre al hombre que realmente sale fuera. Aquí en el río, en la corriente, la energía está en conflicto, en contradicción, en lucha, en vulgaridad; pero esto va a seguir todo el tiempo.

A: -Yo y usted.

K: -Sí. Esto sigue todo el tiempo. Cuando él se sale de allí no hay conflicto, no hay división como mi país y su país.

A: -No división.

K: -No hay división. Así ¿cuál es la calidad de ese hombre, de esa mente que no tiene sentido de división? Esto es pura energía, ¿no es así? Por tanto nuestro interés es esta corriente y el salir de ella

A: -Esta es meditación, esta es verdadera meditación, porque la corriente no es vida. La corriente es totalmente mecánica.

K: -Yo debo morir a la corriente.

A: -Todo el tiempo.

K: -Todo el tiempo y por lo tanto debo negar, no negar, yo no debo estar mezclado con John quien está en la corriente.

A: -Uno debe repudiar las cosas de la corriente.

K: -Eso significa que yo debo repudiar a mi hermano.

A: -Debo repudiar tener un hermano. ¿Ve usted lo que esto significa?

K: -Veo que mi hermano pertenece a esto y como me he salido de la corriente mi mente está abierta. Pienso que esto es compasión.

A: -Cuando la corriente es vista desde esto que no es de la corriente.

K: -Cuando el hombre de la corriente sale de ésta y mira, entonces él tiene compasión.

A: -Y amor.

K: -Así, vea usted, señor, la reencarnación que es encarnar una y otra vez, está en la corriente. Esto no es muy consolador. Yo vengo a usted y le digo: “Mi hermano murió ayer” y usted me dice esto. Yo lo llamo a usted un hombre terrible y cruel. Pero usted está llorando por usted mismo, usted está llorando por mí, por la corriente. Esto es el motivo por lo que la gente no quiere saber. Yo quiero saber dónde está mi hermano, no lo que él es.

EPILOGO

EL ARREGLO FINAL

Felizmente, la larga controversia Krishnamurti-Rajagopal fue recientemente arreglada amigablemente fuera de la Corte en Ventura, California.

Según un artículo de primera plana en el "Ojai Valley News" de agosto 2 de 1986, el litigio que duró por un periodo de diez años comprendiendo tres demandas separadas, ha sido resuelto. En el "Arreglo" los artículos establecen:

"Cada parte está de acuerdo con las otras partes y se mantendrán ellas sin agresión de y contra cualesquiera reclamaciones basadas o surgidas en conexión con el segundo en disputa".

Krishnamurti se hubiera sentido muy feliz. Esto es lo que siempre deseó. Rajagopal, celebrando el acontecimiento se dice que dijo: "Todos éramos amigos al empezar esto, todos somos ramas del mismo árbol".

Esto es perfectamente cierto y todos nos regocijamos de poder ser amigos de nuevo y dedicar nuestras energías a la difusión del gran mensaje de Krishnamurti.

INDICE

Prefacio	11
I	13
II	25
III	69
IV	97
V	143
VI	143
VII	147
Apéndice	151
Epílogo	171

Contraportada

SIDNEY FIELD POVEDANO

Nacido en San José, Costa Rica, de padre norteamericano y madre española. Allí asistió a escuelas particulares hasta la edad de 15 años cuando en unión de su familia llegó a Hollywood, inscribiéndose en la "Hollywood High School".

Tenía 16 años cuando por primera vez se encontró con Krishnamurti en la casa de sus padres, y fue invitado por él para asistir a la temporada de precampamento al Castillo de Eerde en Holanda.

En esta ocasión viajó por Europa y volvió a Hollywood para asistir al colegio. Poco tiempo después fue corresponsal extranjero en el Servicio Internacional de la Ciudad de México, para el cual él escribió una columna semanal en inglés sobre asuntos del cine y de su gente. Más tarde entró a los Estudios de Walt Disney como escritor, en donde trabajó en varias de las mejores películas.

Fue miembro del servicio diplomático de Costa Rica hacia el final de la II Guerra Mundial y fue destinado a los Ángeles como Cónsul, con jurisdicción sobre 5 Estados del Oeste. Entró como miembro al Centro Consultor del Sur de California fundando por el Dr. Ben Weininger, como Consejero y posteriormente pasó tres años como Tutor Voluntario y Consejero en los Ángeles, en el "Juvenile Hall" centro de reclusión temporal para menores con problemas con la ley. Por este tiempo se casó con una joven actriz inglesa que vivía en Ojai. Desde Ojai viajaba diariamente con boleto de ida y vuelta a Burbank. Después de su divorcio se estableció en Hollywood donde trabajó en la mayoría de los estudios cinematográficos. Ha escrito dos novelas y un drama y por ahora se encuentra ocupado en escribir varios proyectos literarios.